

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

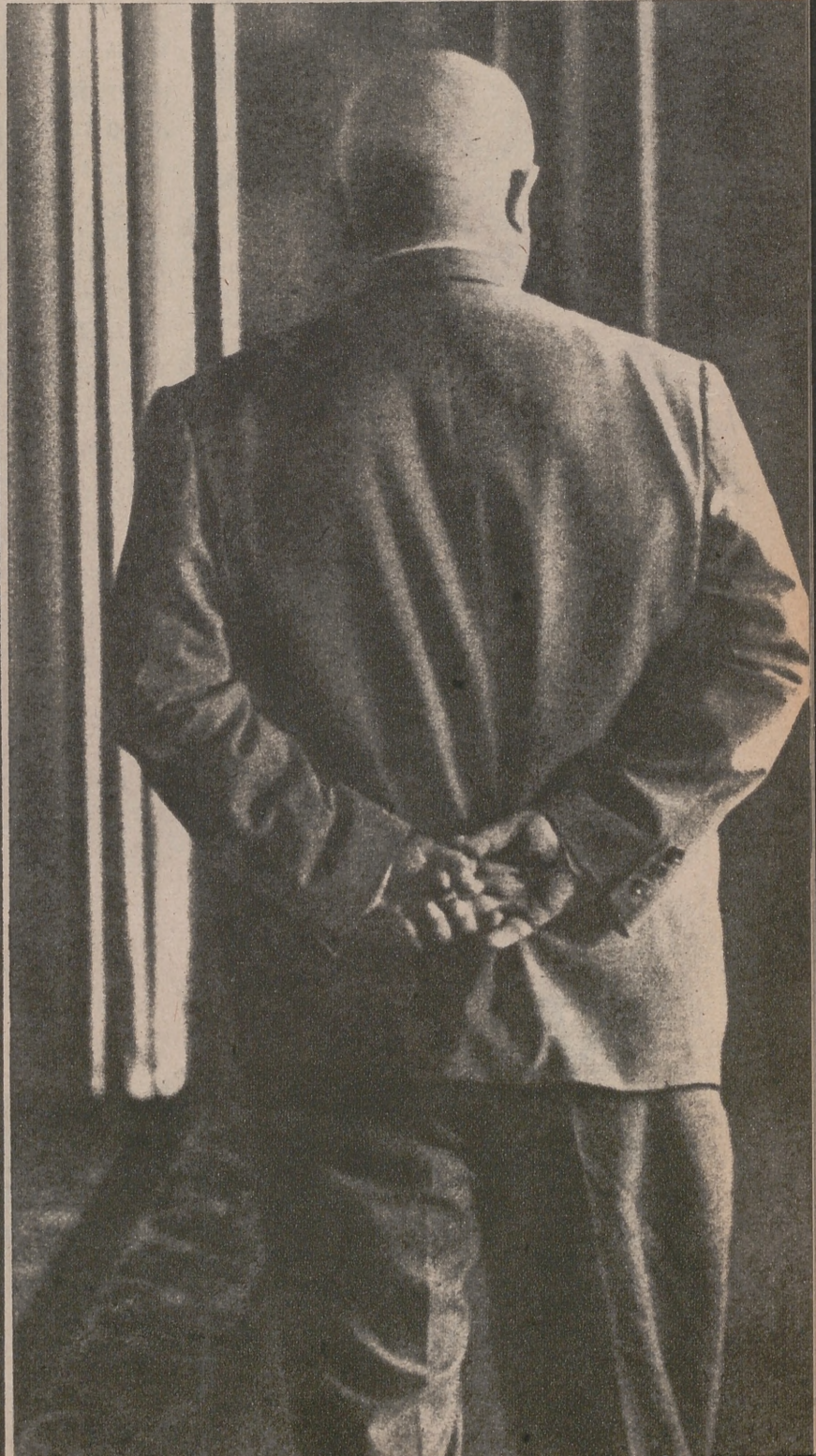
Madrid, 20-26 septiembre 1959 - Dirección y Administración: Pinar, 5-II Epoca - Núm. 564 Depósito legal: M. 5.869 - 1959

PRIMER
ENCUENTRO

“K”,
UN
ADVERSARIO

QUE
CONVIENE

CONOCER





El peso de la comida

Unas veces por exceso; otras, por mal estado gástrico, las digestiones se hacen laboriosas. Vulgar, pero gráficamente, se les da el nombre de "El peso de la comida". La realidad es que cuesta trabajo encauzar el proceso digestivo y la operación precisa el bien conocido y mundialmente famoso "Antiácido Efervescente". La eficacia de esta bebida tónica, depurativa y refrescante, está reconocida en todas partes. La fruta, de postre, tiene esa primordial finalidad. La "Sal de Fruta" ENO reúne, y hasta mejora en muchos casos, las beneficiosas propiedades digestivas de la fruta en sazón. Ensáyela en cuanto note molestias. Su jornada será más grata y fecunda.

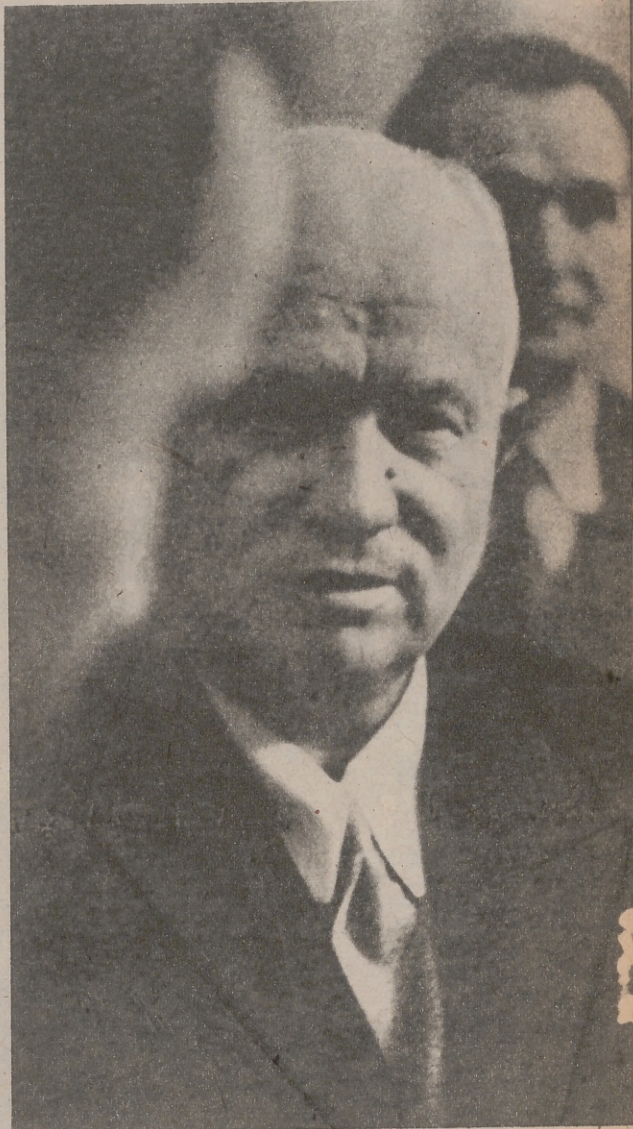
**"SAL DE
FRUTA" ENO**
MARCAS

REGIST



FACILITA EL PROCESO DIGESTIVO

PRIMER ENCUENTRO



"K", UN ADVERSARIO QUE CONVIENE CONOCER

ANTES de emprender el vuelo con destino a Norteamérica, Krustchev reunió a toda su parentela en la "datcha" que posee cerca de Moscú. Nada menos que una familia de once personas se concentraba con carácter extraordinario bajo aquel techo.

Krustchev quería impresionar a la opinión pública extranjera. Fingía una vida familiar y pensaba que las fotografías hechas en la "datcha" despertarían sentimientos favorables en el país norteamericano. Era la primera vez que un jefe de Gobierno soviético iba al extranjero con su mujer y sus hijos.

La innovación es importante.

Krustchev ha querido romper el secreto que venía envolviendo la vida privada de los dirigentes de la U. R. S. S. Por primera vez también se daban informaciones pintorescas acerca de un viaje oficial. Krustchev se ponía frente al objetivo de los fotógrafos y simulaba acatar sus instrucciones.

—Pueden hacerme fotografías como quieran. Sin americana o con americana.

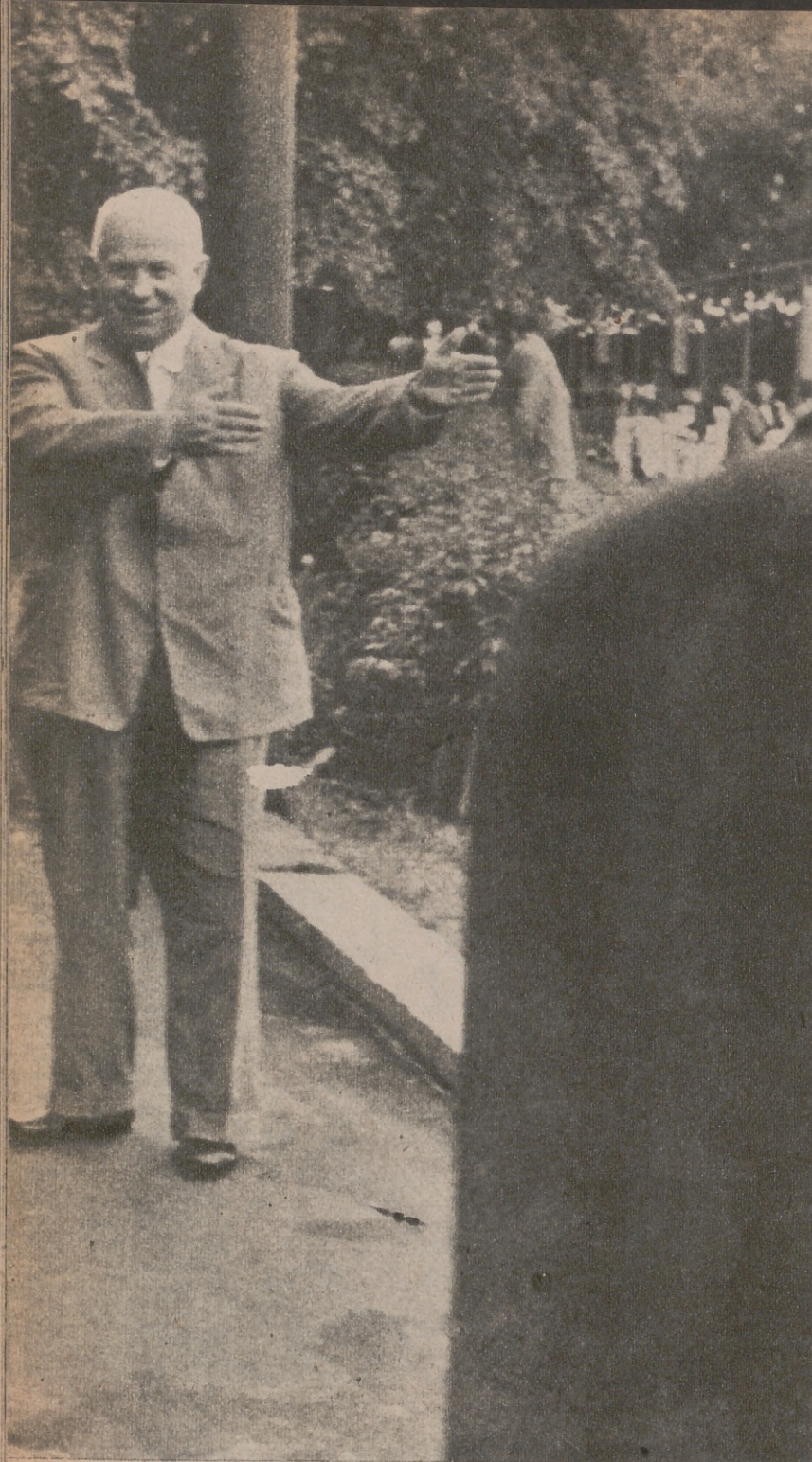
Mientras decía estas palabras en su "datcha" rusa se ponía y se quitaba aquella prenda de vestir con aire de fingida amabilidad.

—Todo menos dejarme retratar

de uniforme. Voy a Estados Unidos para hablar de paz y no de guerra.

El uniforme del general Krustchev, salpicado generosamente de condecoraciones, quedaba, pues colgado en el armario del dormitorio.

Oficialmente, según las manifestaciones del dirigente soviético, el viaje a Estados Unidos sería de paz. La realidad era que aun vestido de paisano iba a Estados Unidos a tantear fuerzas, a pulsar resistencias y a estudiar posibilidades. Las conversaciones con el Presidente Eisenhower tendrían, en el fondo, un marcado acento de signo militar.



El dirigente soviético tiene surtido repertorio de ademanes

Se hablaba, en definitiva, de la seguridad del mundo libre.

La ceremonia de recibimiento oficial en la base aérea de Andrews, cerca de Washington, había sido ensayada meticulosamente. A ella se dedicaban treinta minutos; ni uno más ni uno menos.

Un cordón de vigilancia estaba desplegado alrededor del lugar donde se detuvo el avión que transportaba a Krustchev y su familia. Al abrirse la puerta, una guardia de honor, compuesta de unidades del Ejército de Tierra,

de las Fuerzas Aéreas y de los marinos, hacían los saludos de ordenanza.

El Presidente Eisenhower esperaba al pie de la escalerilla. Entre su séquito estaba el vicepresidente Nixon con su esposa. Tras breves saludos, Eisenhower llevó a su huésped hasta el lugar donde esperaban las autoridades. Hubo himnos nacionales con veintuna salvas de cañón. Después, las alocuciones de bienvenida.

Concluida la ceremonia Krustchev subió a un automóvil, último modelo de la industria norteamericana. Su techo era de cristal. Veinte minutos más tarde, el dirigente soviético llegaba a Blair House, residencia asignada

para su hospedaje en Washington. De esta manera, y según el ceremonial previsto, Krustchev iniciaba su programa de visita a los Estados Unidos.

FRAC Y CORBATA BLANCA

El mismo día de su llegada a Estados Unidos, martes 15, estaba prevista una comida en la Casa Blanca. Antes figuraba en el programa la primera reunión Eisenhower-Krustchev.

En el anecdotario del viaje, esa comida de gala de la Casa Blanca suministró los primeros comentarios. Según el protocolo, Krustchev tenía que comparecer vestido de frac. No había precedente de que el dirigente soviético se hubiera puesto nunca la corbata blanca y aquella prenda. Cuando llegó al acto parecía envarado, sin movimientos y grotesco.

—La comida que dé yo en la Embajada soviética será de "traje a elegir"—comentaba Krustchev a la entrada de la Casa Blanca.

Para la esposa del dirigente soviético todas las fórmulas de cortesía eran aún más difíciles. Se trata de una mujer de cincuenta y nueve años, corpulenta, con cabellos grises y el aire de una madre ucraniana. Tiene el rostro alargado y la mirada fría y triste. Una mujer, en resumen, incapaz de conocer los secretos y el juego de un moderno vestuario femenino. Para ella un traje-cillo negro o gris es el único recurso.

Se dijo que para el viaje por el otro lado del Atlántico había encargado a una modista de Londres el equipo. A última hora, no sabía cómo colocarse aquellas "obras" de la industria occidental.

Ante las mujeres norteamericanas, Nina Petrovna apareció desgarbada, sin elegancia y sin atractivos.

—En moda femenina, los rusos no tardarán siete años en alcanzar a Norteamérica, como vienen anunciando. Se tratará más bien de siete siglos—opinaban por las calles de Washington las norteamericanas que veían a la Petrovna.

EL HUMO DE LAS LOCOS-MOTORAS

Para el miércoles 16 el programa del viaje tenía prevista una visita al Centro de Experimentación Agrícola de Beltsville, en los campos de Maryland, a 30 kilómetros de Washington.

Para este desplazamiento se había previsto un "tren-automóvil", semejante a los que se usan en Norteamérica para la campaña presidencial. Era ésta la primera oportunidad de Krustchev de ver la pujante estampa del agro norteamericano.

Ese mismo día, por la tarde, después de la conferencia en el Club Nacional de Prensa, el programa dejaba tres horas para recorrer los alrededores de la capital federal. Y con la cena que Krustchev ofrecía en la Embajada soviética en honor del matrimonio Eisenhower, se cerraba su primera estancia en Washington.

De allí, en tren especial, a Nue-



va York, el jueves 17. Este tren estaba compuesto de cinco unidades para el primer ministro soviético y de cinco más para la Prensa. Se trataba otra vez de un tren típico en todos los desplazamientos presidenciales. Había, sin embargo, una variante, el último coche suele ser con plataforma exterior, desde la cual los candidatos pueden dirigirse a los electores. A Krustchev le reservaron, en cambio, un coche-salón panorámico, sin plataforma para la oratoria.

—Es muy buena idea suprimir eso de los discursos por las estaciones. Los oradores se intoxican con el humo de las locomotoras —comentó Krustchev acerca del cambio de material ferroviario.

EISENHOWER, MILITAR DE HONOR

Ante la visita de Krustchev a los Estados Unidos, los comentaristas han puesto de relieve las especiales y relevantes aptitudes diplomáticas del Presidente Eisenhower. La carrera de este estadista puede dividirse en cuatro períodos. El primero de ellos arranca desde su nacimiento, en 1890, en una humilde granja ganadera de la región central del país. Desde esa época hasta su designación en 1942 para el cargo de comandante de las Fuerzas Americanas en Europa, la formación del Presidente es esencialmente castrense. Educa así sus facultades en la exactitud, en

La política internacional exige hoy viajes y gestiones directas

la nobleza y en el concepto del honor. Este es un excelente aprendizaje para las futuras misiones que el destino le tenía reservadas.

El segundo período de su vida se extiende hasta el año 1952, cuando es proclamado candidato republicano para la Presidencia de los Estados Unidos. En este tiempo desempeña la Jefatura de las Fuerzas Aliadas en la invasión de Europa. Posteriormente, sus excepcionales dotes militares y políticas le llevan a mandar las Fuerzas de la O. T. A. N. Su pre-

paración para la ingente tarea de la Presidencia de los Estados Unidos, es completa.

El tercer período de su vida, hasta que llega a la Casa Blanca, es breve, si se quiere amargo, pero siempre victorioso. Eisenhower es ya un político experimentado, prestigioso y competente.

El último período de su vida pública comprende los siete años como Presidente de la nación norteamericana. Su principal colaborador en materias internacionales fue Foster Dulles. Fallece el secretario de Estado en momentos en que la política soviética parece arrinconar las normas dictadas por Stalin para propugnar fórmulas de acercamiento entre los dos bloques. En teoría, Moscú proclama el final de la guerra fría y aboga por un replanteamiento de las relaciones entre Oriente y Occidente.

La visita de Krustchev a Norteamérica viene a constituir el punto álgido de esa política internacional. Para preparar el viaje, Moscú hubo de recurrir a alrear en términos peligrosos el problema de Berlín y el de la reunificación germana. Los esfuerzos para redimir el conflicto provocado por las amenazas y las intransigencias soviéticas se materializan en la pasada Conferencia de Ginebra, reunida en el mes de mayo.

Ya antes de que los ministros de Asuntos Exteriores de las cuatro potencias hicieran acto de presencia en la ciudad suiza, Krustchev estaba cansado de repetir que la solución de los problemas pendientes podría venir únicamente de un cara a cara entre él mismo y el Presidente norteamericano. Amenazando con la baza de Berlín, las reuniones de Ginebra se cerraron con resultados negativos. Mejor dicho, con resultados nulos.

Ante esta situación y las reiteradas insolencias de Krustchev con respecto al problema alemán, sólo quedaba abierta la vía de las conversaciones con la primera potencia mundial: los Estados Unidos.

Por si la táctica soviética era provocar la fisura en la unidad occidental, el Presidente Eisenhower abrió el prólogo de las conversaciones con el primer ministro soviético poniéndose en camino de Europa para consultar y reafirmar la solidaridad occidental. Eisenhower estuvo en Bonn, y en Londres, y en París. El Presidente norteamericano no sólo dialogó con las autoridades de esas capitales, sino que también pidió opinión a sus otros aliados. La presencia de

España fue reclamada por el estadista norteamericano.

Castiella llegó a Londres, y en una cordial entrevista con Eisenhower fue parte activa a la hora de establecer las directrices a seguir en el nuevo capítulo de las relaciones internacionales. Con ello, el Presidente Eisenhower cumplía su propósito de reafirmar la unidad occidental, de ser leal con sus aliados y de marchar de común acuerdo para la salvaguarda de los intereses comunes.

El Presidente Eisenhower obraba así como un militar de honor, como un político prudente y como un amigo sincero de sus aliados.

PAZ CON ACENTO CASTRENSE

El Caudillo, en el mensaje dirigido al Presidente Eisenhower, enjuició la actual fase de la política internacional con sabia clarividencia. Puso de relieve que el Presidente norteamericano, al recibir a Krustchev tenía marcada la misión de explorar las intenciones de Moscú. Pocas veces con más exactitud se puede diagnosticar el momento internacional.

Efectivamente, tras todo el abundante repertorio de frases propagandísticas y actitudes para la galería de los dirigentes soviéticos, alientan las conocidas intransigencias comunistas, con sus amenazas en hechos y en palabras.

Mientras Krustchev preparaba sus maletas para llegar a Washington, el comunismo internacional atizaba el fuego de la agresión en Laos. La India veía amenazadas sus fronteras por los chinos de Pekín. En el Tibet los invasores se venían revolviendo amenazadoramente contra los territorios colindantes. En Asia, el reverso de las palabras de paz de Krustchev era la reactivación de la guerra fría con todos sus requisitos y circunstancias agravantes. Africa, algunos países, tampoco quedaba al margen de la agresividad y de la subversión soviéticas. En algunas regiones del continente americano, la mano de Moscú no estaba ausente tampoco.

A la vista de tales realidades sería ingenuo creer en el Krustchev que deja en su "datcha" de Moscú la guerrera militar. Si se habla de paz con ocasión del viaje, es con acento que tiene mucho de castrense. El Caudillo había acertado plenamente al tomar el pulso a la hora interna-

Mientras Krustchev deambulaba por los Estados Unidos, la opinión pública internacional respaldaba sin reservas al Presidente Eisenhower. Su prestigio personal y su limpia trayectoria política ponían a salvo al estadista norteamericano de todo comentario mal intencionado y de toda alarma injustificada.

En Occidente se ha comprendido todo el alcance de esos contactos personales con un hombre como Krustchev, que había anunciado meses atrás que "enterraría a la nación norteamericana". Krustchev ha tenido oportunidad de recorrer los Estados Unidos a lo largo y a lo ancho. Podrá contemplar y meditar sobre el desarrollo agrícola del país, sobre su industria y sobre el bienestar de la nación americana. Podrá convencerse de que sus palabras de amenaza no podrán nunca llegar al campo de las realidades sin exponer a Rusia a la total aniquilación. No podrá Krustchev regresar a Moscú sin aprender claramente esa importante lección.

En este aspecto, aunque ya es sabido, el periplo de Krustchev es útil y beneficioso. Pero esa realidad no ha podido ser tan abiertamente aceptada por los pueblos que sufren directamente la esclavitud impuesta por Moscú. Es decir, por los países satélites que podrían interpretar esa fotografía de Krustchev junto al Presidente norteamericano como una manifestación de abandono por parte de Occidente. Este sentimiento puede ser el mismo también entre las numerosas filas de refugiados que viven en los Estados Unidos. Por eso, muestras de desagrado no podían estar ausentes a lo largo del itinerario de Krustchev por los Estados Unidos.

Justo es, sin embargo, recordar aquí que la invitación a Krustchev no ha ido acompañada de ningún acto ni manifestación que pueda hacer pensar en el abandonismo de los países juzgados por Moscú. Todavía está fresca en la memoria de todos una campaña nacional desarrollada en los Estados Unidos para pedir a Dios por la independencia de tantas víctimas del comunismo. Esa decisión fue clara, terminante y expresiva.

Alfonso BARRA

Gaceta de la Prensa Española

PUBLICACION ESPECIALIZADA EN MATERIAS DE INFORMACION

Administración: Pinar, 5. - MADRID



Su Excelencia el Jefe del Estado, en el acto de inauguración de la fábrica de abonos de Puentes de García Rodríguez

PUENTES DE GARCIA RODRIGUEZ: FIESTA MAYOR

300.000 TONELADAS ANUALES DE ABONOS EN EL COMPLEJO INDUSTRIAL INAUGURADO POR EL CAUDILLO

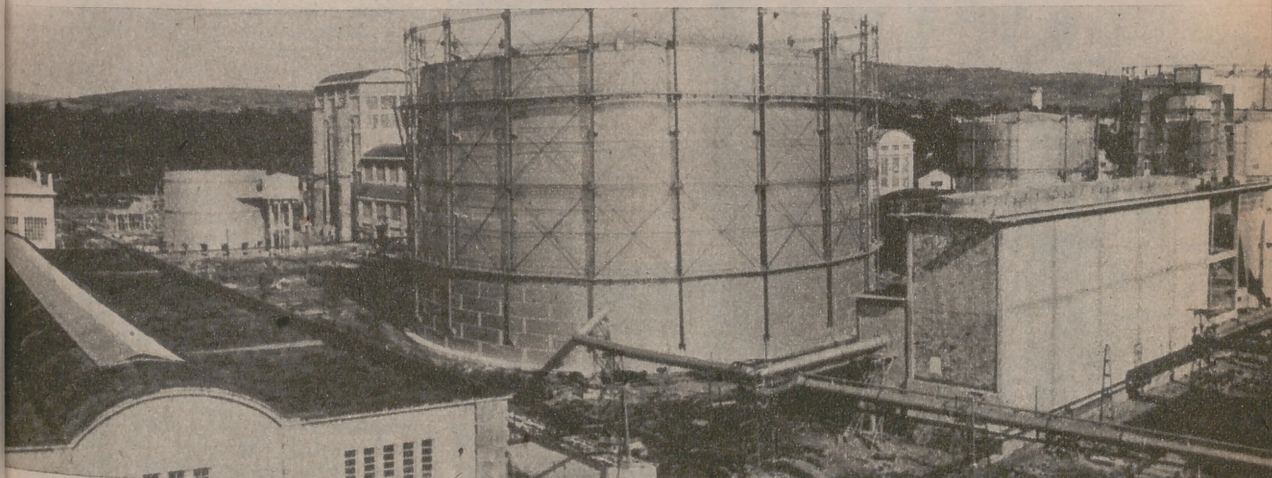
UNA COMARCA QUE HOY ES FUENTE DE RIQUEZA

PUENTES de García Rodríguez está a menos de cien kilómetros de distancia de La Coruña, capital de la provincia. Exactamente sesenta kilómetros por la

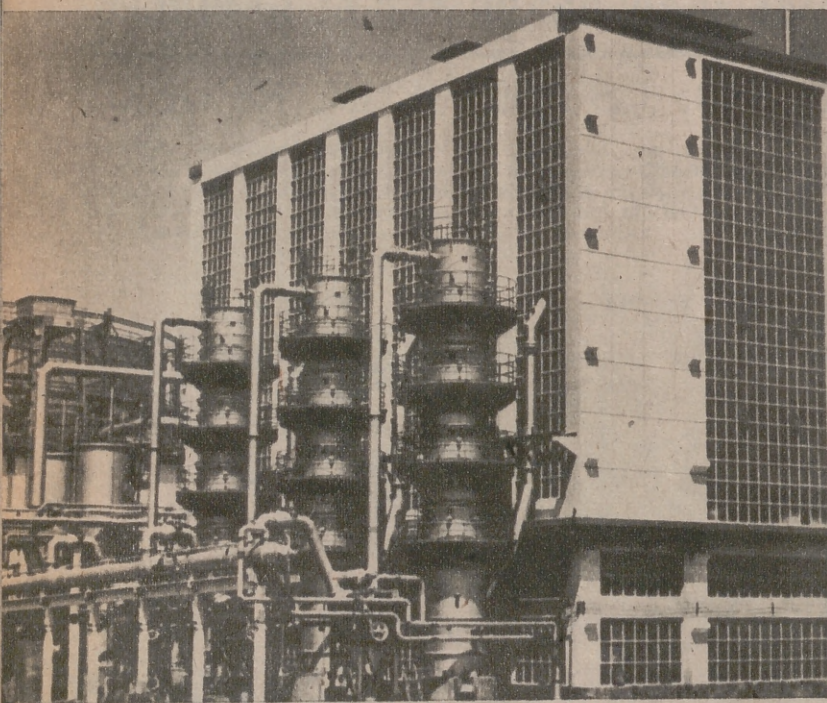
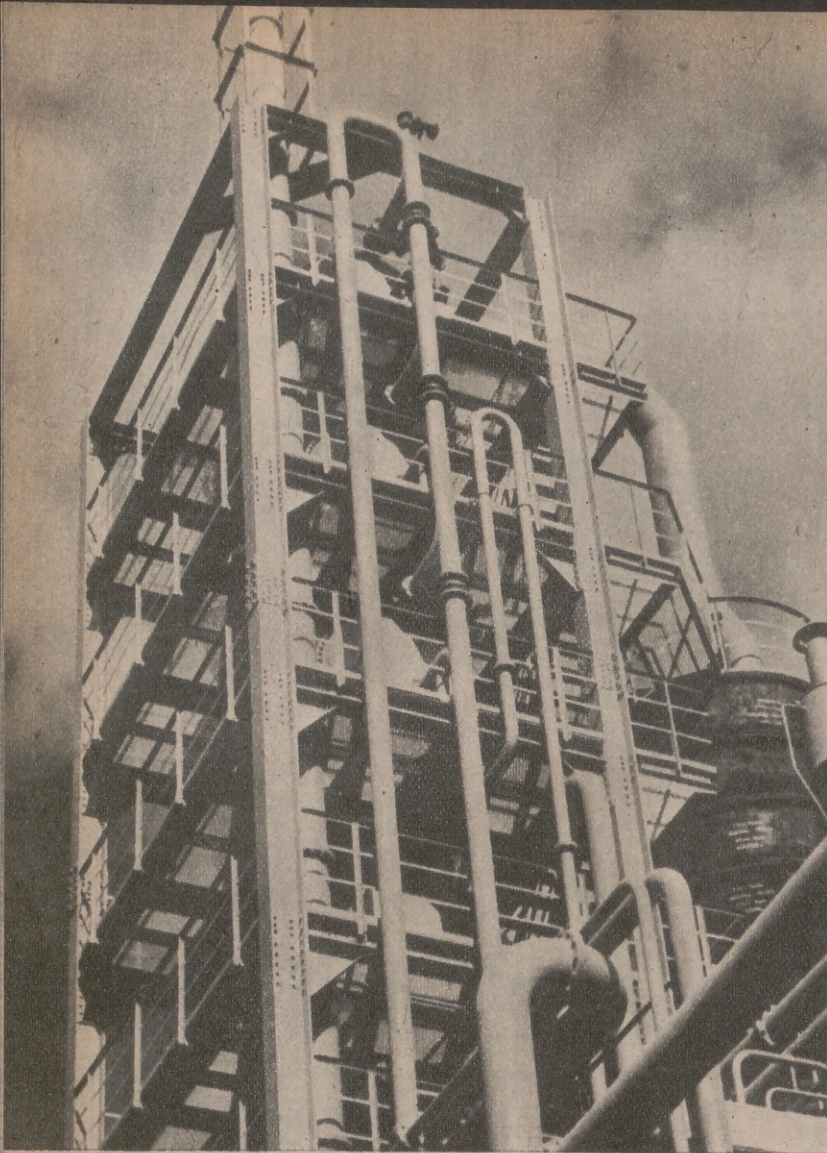
carretera que une Lugo con El Ferrol del Caudillo.

Estamos en pleno corazón de Galicia; la Galicia húmeda, con «saudades» en sus campos, con

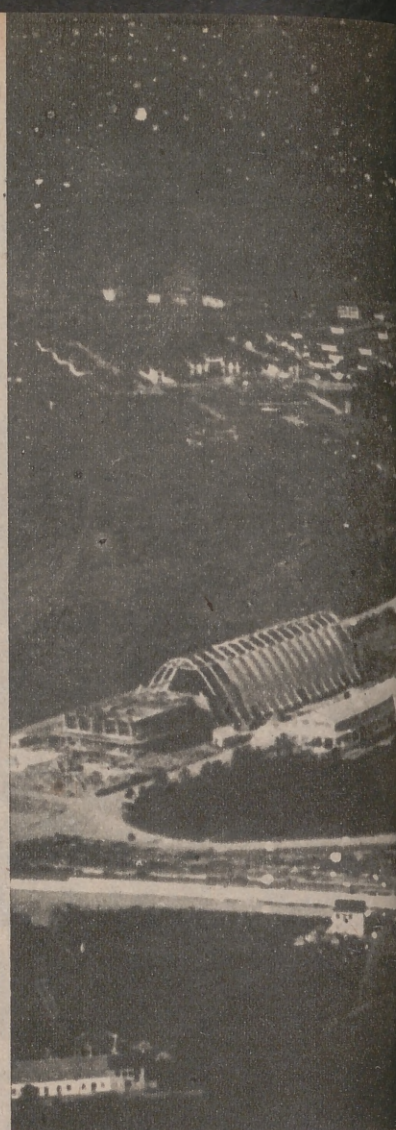
«meigas» y «cantiñas», con versos de Rosalía. Puentes de García Rodríguez un pueblo con nombre de hidalgo, de señor, ha dejado atrás, en el itinerario del



Vista parcial de la fábrica. En primer plano, el gran gasómetro



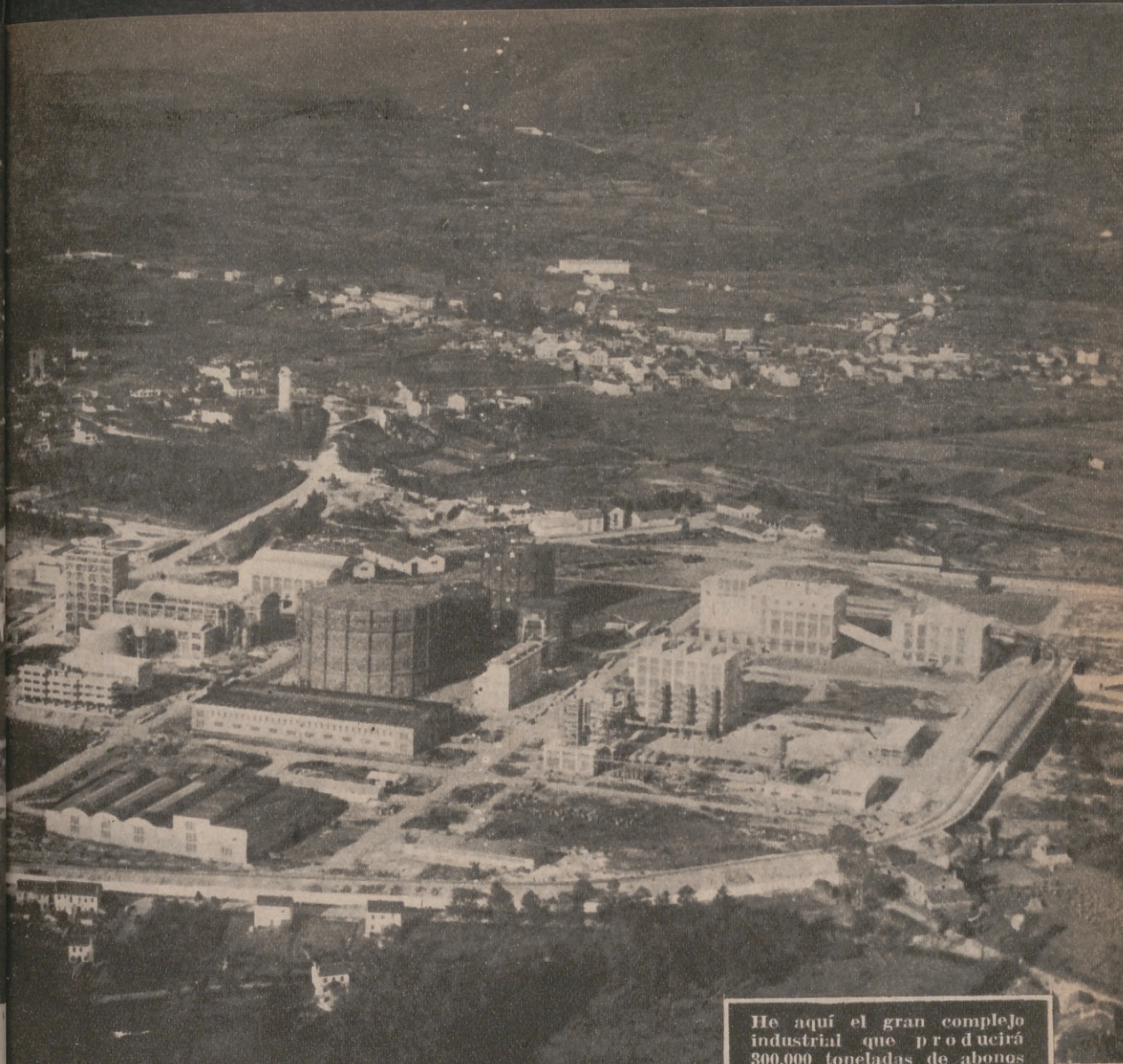
Edificio de gasificación y torre de lavado del gas



viaje, dobles hileras de abedules, verdísimos prados, florecientes manzanos, huertas ubérrimas y fecundas. Un suave cielo anubarrado, como si se tratase de un velo cual telón de fondo o celosía, descansa sobre nuestras cabezas. Es la Galicia tradicional, con sus cultivos de toda la vida, con sus historias de migraciones, que ahora han pasado a esa categoría cercana a la leyenda.

Hemos dejado atrás iglesias pequeñas, cementerios donde los nichos parecen monumentos; casas solariegas, típicas donde se espera a cada instante ver llegar la figura del abuelo para contar tremendas historias de aparecidos y hemos topado, casi impensadamente, porque el complejo aparece al revolver un recodo del camino, con el centro industrial de Puentes de García Rodríguez.

Esta vez los vecinos, los obreros, los especialistas no están en sus casas. Han salido todos al camino porque llega su Caudillo a visitarlos, a inaugurar su fábrica, a conversar con ellos, a conocer de sus problemas, a comprobar cómo, paso a paso, las etapas del resurgir de España se van cumpliendo, con puntualidad casi cronométrica, respondiendo a unas líneas generales trazadas por Francisco Franco, ya en los mismos días de la Cruzada.



He aquí el gran complejo industrial que producirá 300.000 toneladas de abonos al año. A la derecha, un detalle de las instalaciones para la desulfuración húmeda y extracción de sulfúrico por vacío

Franco ha venido a Puentes de García Rodríguez al mediodía del sábado, 12 de septiembre a poner en marcha la fábrica de abonos nitrogenados que allí ha construido la Empresa Nacional «Calvo Sotelo». Un complejo que producirá por sí solo, dentro de tres años, la cifra de 300.000 toneladas de abonos para los campos españoles.

CALIDAD Y ESTILO INDUSTRIAL

Quando el Caudillo hizo su entrada en Puentes de García Rodríguez, por toda la comarca resonó un unánime vítor de júbilo. En primer lugar, estaba allí Francisco Franco Caudillo de España, salvador de la Patria; en segundo término era el propio Jefe del Estado el que, con su presencia, significaba la importancia del complejo de la «Calvo Sotelo» en la economía nacional. Por ambas cosas, los vecinos, los empleados, los técnicos, los especialistas tenían y gozaban de un auténtico día de fiesta mayor.

Al comenzar la tarde de ese sábado festivo. Su Excelencia el Jefe del Estado ponía en marcha un compresor, y su esposa la excelentísima señora doña Carmen Polo de Franco, hacía lo mismo con un gasógeno. Con estas dos

acciones simbólicas, la fábrica de abonos de Puentes de García Rodríguez tomaba vida oficial.

Había comenzado antes el recorrido por la sección dedicada a silos, siguiendo por las de trituración, presecado y gasificación. Luego el Jefe del Estado continuó visitando las naves de caliza, silo y secado visita que duró hasta poco menos de las seis de la tarde, momento en el que Sus Excelencias y séquito se trasladaron a las minas de lignito de Portorrobo.

Ver desde lo alto el enorme complejo industrial produce, para el que no lo conoce, la impresión de encontrarse inmerso en un paisaje de cualquiera de los más modernos países industriales del mundo. Allí está el gran silo como un vigía permanente, defensor de los campos; el gran gasómetro, como un gigantesco tambor, ahorrador al fin y a la postre de dólares en las balanzas de pagos; las naves de trituración, secado pulverización, los gasógenos; todo, en fin, con brillos arrancados por la luz difusa, con color de neón suave, con presencia de plata recién pulimentada.

Y uniéndolos, enlazando las naves, semejando arterias de la vida de la fábrica, las tuberías de considerable diámetro que parecen tentáculos de acero para que

nada se escape, para que nada quiera irse, ni siquiera los hombres, que ya tienen trabajo en la propia casa, en la propia tierra.

Y como sonorización, los silbidos del mecanismo de producción, sinfonía de este siglo, orquestación desconocida para hombres que vivieron en estas mismas latitudes no hace más del corto plazo de cuatro años escasos.

300.000 TONELADAS ANUALES DE ABONOS

A lo lejos está la sierra del Cuadramón cuyas estribaciones tenemos bajo nuestras plantas. Más cerca el río Eume, del cual se recibe agua y energía. Rodeándonos, el poblado. Un poblado de casitas blancas y verdes, de una o de dos plantas, con un monumento de piedra en su plaza central: el Descendimiento de la Cruz.

Y, enfrente, la fábrica.

La fábrica de abonos de Puentes de García Rodríguez, inaugurada con la puesta en marcha de estos aparatos, entra en funcionamiento de su primera fase.

En esta primera fase producirá 10,000 toneladas métricas de nitrato amónico cálcico y 2,000 toneladas métricas de azufre.

Estas cifras, sin embargo, con ser importantísimas para el total de la producción española de abonos nitrogenados, no son las últimas. Y no son las últimas porque los trabajos de ampliación y expansión de la fábrica no se detienen aquí.

En 1961 se procederá a la ampliación de esta primera fase, realizándose un incremento de fabricación de 50,000 toneladas métricas, y en 1963 comenzará la segunda fase con la que la producción de esta fábrica en dicho año alcanzará la estupenda cifra de 300,000 toneladas métricas de nitrato y 3,000 de azufre.

La fábrica de abonos inaugurada dispone, además, de una central termoeléctrica de una potencia de 32,000 kilovatios con una producción máxima de 768,000 kilovatios por hora y día, estando también prevista una ampliación de 30,000 kilovatios hora y día.

El complejo de la «Calvo Sotelo», como ya dijimos antes, supone, además, la creación de nuevos y mejores puestos de trabajo para la comarca gallega. Actualmente trabajan en período de de producción normal unos setecientos obreros fijos, sin contar los eventuales, que ascienden a más de mil quinientos operarios.

Junto al complejo se alza la ciudad especial. Es decir, la pequeña ciudad construida expresamente para la comodidad y bienestar de los que en la fábrica ponen a contribución su esfuerzo. Ciudad limpia, alegre, dotada de todos los servicios modernos e imprescindibles. Servicios para el cuerpo y para el espíritu.

HACE DIEZ AÑOS EMPEZO LA HISTORIA

La historia de Puentes de García Rodríguez, la historia económica de hoy se entiende, empezó hace diez años con la inaugura-

ción de la central térmica. Una central térmica que ha constituido soldado de batalla decisivo en la lucha contra la sequía y, por tanto, restricciones eléctricas y que sigue siendo aportación fundamentalísima al consumo de energía eléctrica de España.

Pensando en la utilización inmediata de los lignitos de Portorribo se alzó la central termoeléctrica. En septiembre de 1949 fue puesta en marcha la central. Central que, además de surtir al mercado gallego y poder efectuar cesiones de energía cuando las necesidades lo demandan con sus dos grupos de 12.500-16.000 kilovatios hora alimentará la fábrica de abonos hoy inaugurada.

Una de las misiones fundacionales de la Empresa Nacional Calvo Sotelo fue, como ya hemos apuntado, el aprovechamiento de los lignitos de Portorribo.

Antes de que la Empresa tomase sobre sí la importante tarea de aprovechar para la riqueza nacional estos yacimientos, el único destino de los mismos eran las aplicaciones domésticas que los vecinos hacían de los filones que, casi a ras de tierra, podían extraerse. Como puede suponerse la no explotación de tales yacimientos era el tirar prácticamente una riqueza incalculable.

El yacimiento de Portorribo ocupa una longitud de más de cinco kilómetros y un ancho de 870 metros. Suma, por tanto, su extensión cerca de 500 hectáreas que forma una meseta de unos 360 metros de altitud. El terreno, terciario, está circundado por lomas bajas que apunan el valle del Eume.

Desde los yacimientos a la factoría, va el ferrocarril. Un ferrocarril de un metro de ancho de vía que parece de juguete, marchando entre las verdes praderas, en un paisaje de rapaces, de vacas, de huertas, de manzanos. Sesenta millones de toneladas son las reservas de los lignitos de Portorribo. Tal cantidad tiene como período de explotación más

de cien años. Cien años para que las vagonetas ocho vagonetas que transportan en cada viaje 80 toneladas de carga vayan y vengan, vengán y vayan, siendo coautoras de la electricidad, de los abonos, del ahorro de divisas en la balanza de pagos. Porque todas las instalaciones y todos los hombres, juntos, son los que, en suma, como un equipo unido, contabilizan el total resultado.

Las instalaciones de la fábrica de abonos se complementan con el embalse de regulación. Dicho embalse está situado en un lugar denominado La Ribeira, a unos tres kilómetros de la fábrica, aguas arriba del Eume. El río proporcionará 3,600 litros de agua por segundo, cantidad precisa y suficiente para las necesidades del complejo. El embalse es capaz de contener 33 millones de metros cúbicos. La presa proyectada tiene 50 metros de altura de coronación, donde la anchura es de 4,5 metros y la base de 36 metros. En su estribo irá también situada, una central eléctrica de 5.000 kilovatios de potencia.

ANTES, MIGRATORIO; HOY, SEDENTARIO

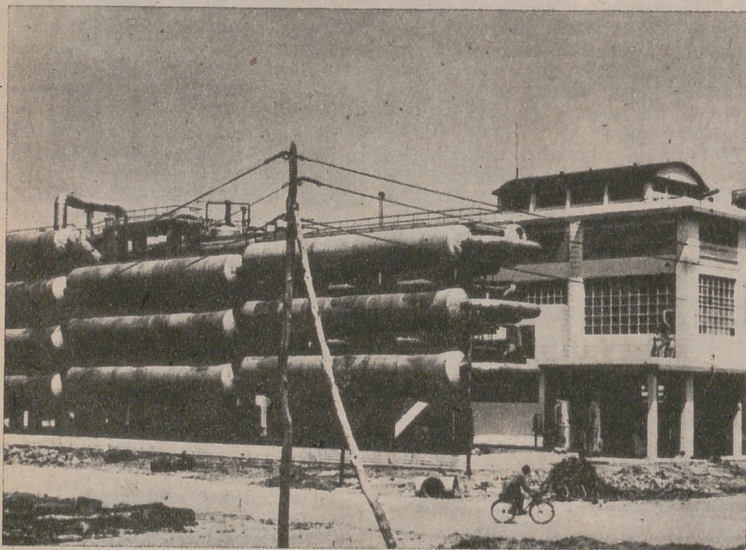
Puentes de García Rodríguez, pues, se ha vestido en estos días de fiesta mayor. Y no sólo ella, sino todo el campo español. No hace muchos días se daba a conocer la noticia de que el Banco Internacional de Exportación e Importación en Washington había concedido a España un crédito de diecisiete millones y medio de dólares para las fábricas españolas de abonos. R. E. P. E. S. A. y Abonos Sevilla eran las dos empresas beneficiadas con dicha cantidad. Ellas dos, junto con «Calvo Sotelo», son también avanzadas decisivas y modernísimas en esta lucha española por nacionalizar nuestra producción de abonos, porque el campo español se alimente con productos españoles, porque eliminemos de nuestra balanza de pagos las divisas importantes que hoy se dedican a la importación de los necesarios productos nitrogenados.

Día a día, la historia económica de España registra un nuevo fasto. Ayer fueron regadíos, otro día saltos hidroeléctricos; hoy son fábricas de abonos, mañana serán nuevas etapas de planes de colonización o de industrialización.

España sigue, firme y segura, su camino económico. Un camino trazado de mano maestra por su Caudillo. Por este Caudillo que los gallegos han vitoreado hasta enronquecer en el camino que va y que viene a Puentes de García Rodríguez, antes emigratorio, hoy sedentario.

Gaspar DE CALDERON

(Especial para EL ESPAÑOL.)



Cilindros de absorción y ácido nítrico de la fábrica

....POR CORRESPONDENCIA....

CCC

APARTADO 108
SAN SEBASTIAN

COMERCIO

• CONTABILIDAD • TRIBUTACION • CALCULO • REDACCION • ADMINISTRADOR •
• TAQUIGRAFIA • MECANOGRAFIA • CORRESPONSAL • SECRETARIADO •

- Los jóvenes deseosos de prepararse un porvenir brillante, encontrarán en cualquiera de nuestros Cursos Comerciales el camino seguro para triunfar.
- Es del dominio público que el curso de Contabilidad CCC es el mejor porque enseña a fondo toda la técnica contable, incluyendo el moderno sistema por calco, con profusión de ejercicios prácticos.

CCC

APARTADO 108
SAN SEBASTIAN

polyglophone

POR EL SONIDO Y LA IMAGEN

IDIOMAS

• INGLÉS • FRANCÉS • ALEMÁN • LATÍN •
Cursos Superiores ENGLISH LITERATURE-FRANCAIS LITTERAIRE

- En la vida moderna, para viajar, para ensanchar sus negocios, para aumentar su cultura, para mejorar su situación, es indispensable conocer uno o dos idiomas extranjeros.
- Los cursos CCC —con discos o sin discos— le enseñarán el idioma que usted desee con una rapidez y facilidad asombrosas. Desde el primer momento adquirirá la pronunciación de un nativo y aprenderá usted mucho más y mejor que en una clase oral.

CCC

APARTADO 108
SAN SEBASTIAN

CULTURA

• CULTURA GENERAL • ORTOGRAFIA •

- En la época en que se sabe más y se exige más, la cultura es absolutamente necesaria para no hacer un mal papel, tanto en el aspecto profesional como social.
- Nuestros cursos le brindan la solución ideal para resolver su caso de una manera clara, amena e interesante.

CCC

APARTADO 108
SAN SEBASTIAN

ARTE

• DIBUJO ARTISTICO •

- El talento de un dibujante no sólo se mide por su inspiración, sino también por su técnica, por su "escuela".
- CCC le ofrece un medio fácil y atrayente para adiestrarse en este bello arte. Nuestros profesores —verdaderos maestros artistas— le dirigirán con mano segura.

CCC

APARTADO 108
SAN SEBASTIAN

polyglophone

POR EL SONIDO Y LA IMAGEN

MUSICA

• SOLFEO • ACORDEON •

En preparación: CANTO - GUITARRA

- La persona más rica es pobre sin una —por lo menos— pequeña cultura musical. La música debe ser comprendida para sentirla intensamente.
- Los cursos CCC —con discos o sin discos— son únicos por su belleza y originalidad. Sus lecciones proporcionan una gran soltura en la lectura e interpretación de los textos musicales (cualquier partitura).

CCC

APARTADO 108
SAN SEBASTIAN

TECNICA

• RADIOTECNIA •

En preparación: RADIOMONTADOR - TELEVISION

- Cada año, la industria española reclama el servicio de 25.000 técnicos en Radio. He aquí una de las especialidades mejor retribuidas y de más porvenir.
- El curso CCC proporciona una preparación completa en Radiotécnica. En unos meses usted podrá construir su propio receptor o efectuar toda clase de reparaciones.

CCC

APARTADO 108
SAN SEBASTIAN

DEPORTE

• JUDO •

En preparación: FUTBOL - GIMNASIA

- Increíble, pero cierto. El Judo contribuye a reforzar la propia personalidad, como consecuencia de la absoluta seguridad en sí mismo que dimana de la fuerza y habilidad físicas.
- El curso de Judo CCC ha sido adoptado con entusiasmo por la juventud deportiva, ansiosa de aumentar sus posibilidades de triunfo, tanto físicas como morales.

CCC

APARTADO 108
SAN SEBASTIAN

"FEMINA"

• CORTE Y CONFECCION •

En preparación: CULTURA FISICA

- Saber coser, además de constituir un auténtico ahorro doméstico, es también la profesión ideal para la mujer que, sin salir de casa, puede obtener unos elevados ingresos.
- Nuestro famoso curso Fémica de Corte y Confección le enseñará, en pocos meses, toda la técnica del arte de coser, educará su gusto y hará de usted una mujer elegante.

CCC ES INCOMPARABLE PARA ESTUDIAR COMODAMENTE EN SU PROPIA CASA,
CON FACILIDAD, RAPIDEZ Y VERDADERO PROVECHO

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA CCC

APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

DELEGACIONES

MADRID, Preciados, 11 - BARCELONA, Av. de la Luz, 48

AUTORIZADO POR EL MINISTERIO
DE EDUCACION NACIONAL

■ CORTE O COPIE Y ENVIE ESTE CUPON ■

Envíeme información GRATIS sobre el curso, o cursos, de

Nombre

Señas

Población

Provincia

REMITASE A: CCC APARTADO 108-EXA-156-SAN SEBASTIAN

LA CONQUISTA DE LAS PROFUNDIDADES

EL MESOSCAFO DE PICCARD, NUEVO VEHICULO PARA EL FONDO DE LOS OCEANOS

ULTIMOS AVANCES: UN AVION SUBMARINO Y EL PLATILLO VOLANTE DE COUSTEAU



EL mar estaba negro, frío y tranquilo en aquella noche del 18 de diciembre de 1941. Los seis hombres, De la Penne, Bianchi, Marceglia, Schergat, Martalota y Marino, reposaron unos minutos en el fondo de la rada de Alejandría. Luego empezaron a moverse con dirección a los lugares en que se encontraban sus objetivos: los acorazados ingleses «Valiant» y «Queen Elizabeth» y un petrolero de la Marina británica de 16.000 toneladas de desplazamiento.

A las seis menos diez de la mañana una explosión arrancó la popa del petrolero y el puerto de Alejandría se iluminó con el resplandor de las llamas. A las seis y seis minutos, una segunda explosión sacudió las aguas y el cielo, arrojando sobre la rada una lluvia de grasa y de aceite que se fue posando pesadamente sobre el «Valiant». El gran acorazado se recostó perezosamente sobre el fondo de arena y quedó inmóvil durante un año. A las seis y cuarto, una tercera explosión dio lugar a que la quilla del

«Queen Elizabeth» tocara fondo.

Los marinos italianos habían cumplido su misión. Los dos colosos de la Marina inglesa estaban fuera de combate. Y en el fondo de la rada, entre remolinos de arena removida y ya inútiles, permanecían inmóviles tres «marranos», las tres máquinas que habían hecho posible aquella gran aventura.

LOS «MARRANOS» DEL ITALIANO LOCO

Para submarino era demasiado pequeño y como juguete resultaba demasiado peligroso. Los tres artefactos estaban amarrados a la cubierta del «Sciré» y parecían muertos, como gigantescas y rachonchas lapas adheridas al casco de la nave. Más tarde, con los hombres-rana a bordo, se pusieron en movimiento llevando con ellos en su lenta marcha la muerte y la destrucción.

Los «marranos» de De la Penne, el italiano loco de las profundidades, tenían seis metros y medio de eslora y un diámetro de

50 centímetros. Iban impulsados por motores eléctricos silenciosos, les daban una velocidad de 3 a 5 kilómetros por hora, en un radio de acción de 15. Sujeta al morro con pernos, cada «marrano» transportaba una carga de 300 kilos de dinamita, que estallaría al entrar en funcionamiento una espoleta de acción retardada. Las tres pequeñas naves, en las cuales los hombres iban como montados a caballo cumplieron su misión perfectamente. Tan sólo la de De la Penne se estropeó antes de llegar al «Valiant», y el marino tuvo que arrastrar los 300 kilos de explosivo centímetro a centímetro sobre el lodo del fondo. Pero, en conjunto, el funcionamiento fue perfecto y los «marranos» sirvieron para demostrar que el hombre puede trasladarse bajo el agua con un cierto margen de seguridad y una cierta rapidez si se tienen en cuenta las condiciones del medio. Los submarinos miniatura acababan de resolver uno de los grandes problemas de la permanencia humana en los fondos marinos: el de la traslación de

A la izquierda, el profesor Piccard y su hijo preparan una versión modernizada del bathyscafo: el mesoscafo.— Arriba, el «Pegaso», de Rebikoff, nuevo «avión» submarino

un lugar a otro sin que esta traslación suponga un gran esfuerzo físico para el hombre.

EL MAR EN TRES DIMENSIONES

Desde la utilización del simple junco o caña para poder respirar hasta el empleo del «Nautilus» o del «Skate», el hombre siempre ha sentido deseos de conocer lo que ocultan los mares y en cientos de casos la fantasía se ha desbordado originando leyendas más o menos hermosas, aunque totalmente falsas en su mayor número. Sin embargo, existen algunas que tienen ciertos visos de verdad, como aquellas que hablan de mardines sumergidos en los que viven extraños seres que cantan con voces que los humanos no pueden oír y bailan al son de las músicas que salen de las caracolas en las que soplan los genios del fondo.

¿Qué guarda el mar? ¿Qué puede esperar el hombre de él? ¿Qué puede encontrar en su fondo? Y, sobre todo, ¿cómo llegar hasta la arena blanca de las profundidades? Siempre la eterna búsqueda, la investigación sin desmayo, el estudio y el cálculo, y luego, a la hora de la verdad, el fracaso, la desilusión y, en bastantes casos, la muerte. Pero el sexto continente, el mayor de todos, aguarda todavía a sus conquistadores y los hombres se dirigen hacia él utilizando los medios de que disponen y que en la actualidad no son escasos. Piccard y antes Beebe, Huot y Wilm, Cousteau, Rebikoff, son hombres que están escribiendo la historia de ese otro mundo al que la humanidad ya le ha dictado leyes.

Lo importante es poder moverse dentro del agua, soportar las presiones ejercidas por el agua y poder subir y bajar en el seno de la masa líquida exactamente igual que hace un pájaro en el aire. El mar en tres dimensiones, como un espectacular cinematógrafo en relieve, en el que los actores se saben su papel a la perfección y en el que ni siquiera falta el villano que figura en todo argumento.

DEL BATISCAFO AL MESOSCAFO

Piccard es el hombre al que conoce todo el mundo por su enorme cráneo, sus largas melenas, sus tres relojes (que consulta sucesivamente para saber la hora exacta) y su impresionante récord de dos direcciones. Es el único hombre que ha alcanzado niveles que distan entre sí más de 20 kilómetros y es, quizá, el único ser humano que ha aterrizado en un glaciar vestido con «smoking» después de haber alcanzado los 15.281 metros de altura.

En 1932 realizó una ascensión a la estratosfera. Su globo se elevó hasta los 16.939 metros. Cuando llegó a su casa, su mujer le pidió que no volviese a subir.

—De acuerdo —dijo él—, no volveré a ascender a la estratosfera, y como había dado su palabra, ya que no podía subir se dedicó a bajar.

—Al fin y al cabo es lo mismo —decía más tarde—. En cualquier caso se puede morir aplastado.

Pero no murió. En 1947 terminó de construir su batiscafo, y en compañía de Cossyns, su colaborador, se trasladó a las islas de Cabo Verde. El sabio suizo y un acompañante, descendieron en el artefacto hasta los 25 metros. El aparato no funcionó bien, debido a deficiencias técnicas y Piccard decidió someterlo a una prueba más decisiva. Sin tripulación fue lanzado hasta los 1.380, profundidad a la que nuevas averías impidieron seguir adelante.

Cinco años después el nuevo batiscafo «Trieste» asombraba al mundo alcanzando los 3.150 metros de profundidad en un punto situado a unos 80 kilómetros de la isla de Ponza, en aguas de Nápoles. Piccard regresó a la superficie con una mezcla de contento, porque acababa de batir la marca establecida por los franceses Huot y Wilm de 2.149 metros y disgusto porque no había podido llegar a los 4.000.

Ahora Piccard trabaja en la construcción de un tipo de submarino: el mesoscafo, basado en el principio del helicóptero y cuyos principios expuso en 1955. Es posible que él, los años pesan, no tome parte en la fase decisiva de esta aventura, y que sea su hijo el que baje a ver florecer las actinias en el fondo del océano, pero en cualquier caso Piccard habrá dejado su obra y pasará a

la historia como el hombre al que viviéndole la tierra estrecha, se lanzó al techo del mundo y al sótano de los mares.

«V 40... V 40... V 40»

La señal se recibió claramente en el barco y una ola de entusiasmo corrió por la cubierta del «Beautemps-Beaupré», en la que se amontonaban los periodistas.

La tripulación del «Tenace» y la del «Elie-Monnier» se enteran al mismo tiempo. El «F. N. R. S. III» ha alcanzado los 4.000 metros de profundidad. Los tres barcos constituyen los vértices de un triángulo, en cuyo centro y a 4.000 metros de profundidad, dos hombres acaban de ver por vez primera el suelo del mar. Son las tres y diez minutos de la tarde del día 13 de febrero de 1954, sábado.

Los periodistas tomaban notas y recordaban. El 30 de septiembre del año anterior, Piccard, el eterno Piccard, había asestado un duro golpe al orgullo de la Marina francesa al alcanzar los 3.150 metros. Pero ésta era la hora de la revancha y Francia volvía a ostentar el récord mundial de profundidad. Alguien empezó a cantar, disminuyó la tensión y salieron a relucir sonrisas, cigarrillos y caras alegres que asomaban por las escotillas. Dakar está a doscientos kilómetros, pero allí saben ya también la noticia que empieza a dar la vuelta al mundo.

A 4.050 metros de la superficie, dos hombres, Huot y Wilm, compañeros en otras aventuras semejantes, se estrechan las manos y se ponen a trabajar como fieras. No hay que perder tiempo. Y mientras Wilm dibuja y fotografía, Huot escribe:

«Abro bien los ojos para penetrar mejor el misterio. ¡Un gran círculo luminoso de 7 a 8 metros de diámetro cae sobre una arena que me parece muy fina... muy blanca! El suelo está abollado por pequeños promontorios, declives y conos; concavidades de forma irregular separan estos montículos. Distingo algunos agujeros. ¡Qué aspecto tan curioso tiene esta superficie de la tierra!»

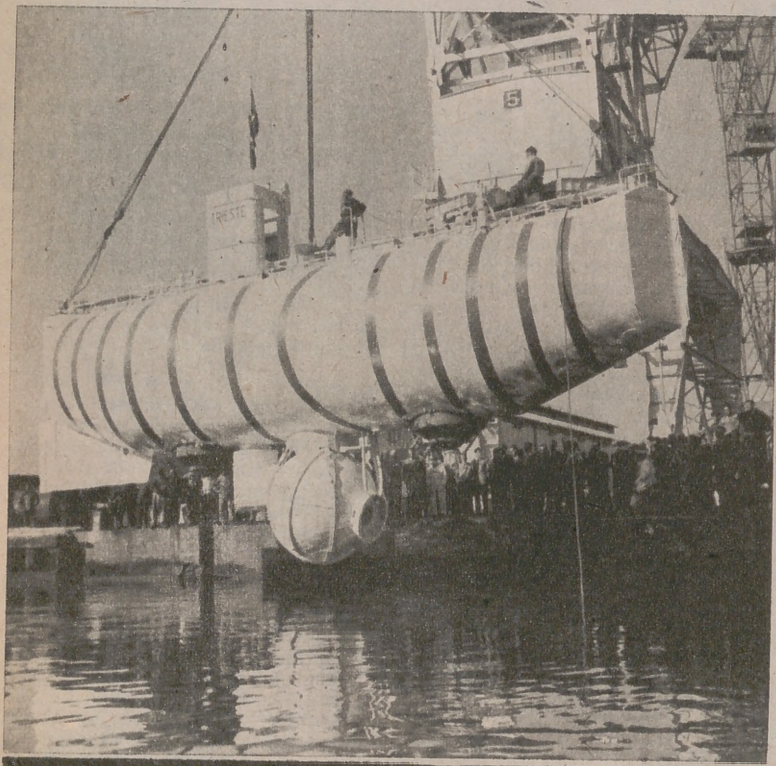
Con ellos está el miedo. El miedo a que el peso de 50.000 toneladas de agua aplaste las paredes del «F. N. R. S. III» y los convierta a ellos en algo muy parecido a una hoja de papel.

«Pero esto no nos preocupa. Hemos recorrido 200 kilómetros sobre el mar y nos hemos sumergido 4.000 metros para hallar esta tierra firme, segura, estable, fiel.»

Los preparativos para llegar a ella han sido arduos, difíciles. Han tenido que luchar contra el tiempo, contra la incompreensión y contra el escepticismo. Pero ya nada de eso importa.

«El trozo de tierra que divisamos nos pertenece. ¡No importa que se halle en el fondo de las aguas!»

Aún había de descender más el batiscafo de los franceses. Llegó hasta los 4.050 metros y se posó sobre el fondo. El peso de la gasolina al enfriarse hizo descender el aparato, que comenzó su



El batiscafo «Trieste», en el momento de ser descendido al agua en Castellamare di Stabia, Italia



zambullida a las diez y ocho minutos de la mañana.

A las dos menos cinco de la tarde, aparece el primer habitante de las profundidades. Se trata de un tiburón. Más tarde, Huot rectificaría: «Biológicamente hablando, sería más apropiado decir un ejemplar del género escualo.»

A las dos y seis minutos la esfera del batiscafo da un salto hacia arriba. Se apaga la luz que rodeaba al «F. N. R. S. III» y fuera, al otro lado de los tragaluces de plástico, se hace noche cerrada. Las baterías se han descolgado y comienza el ascenso, que significa casi un fracaso, pues apenas habían tenido tiempo de trasladarse sobre la superficie del fondo más que unos metros con ayuda de las hélices. A las tres horas y veintidós minutos de la tarde, el batiscafo se balancea de nuevo sobre el mar verde y agitado. La gran aventura ha terminado, y Huot y Wilm vuelven a ver la luz del sol.

Huot volverá a sumergirse con el «F. N. R. S. IV», pero Wilm tendrá que abandonar su pueso junto al tragaluz, porque él es ingeniero y ha de dejar paso a los hombres que utilizarán su técnica.

Pero la humanidad ha dado un nuevo salto hacia abajo, hacia ese continente todavía misterioso que aguarda envuelto en su capa verde y azul.

«PEGASO», EL CABALLO ALADO DE LOS MARES

Para semejar a los pájaros el hombre ha creado los globos y

los aviones. Y dicen que hasta platillos volantes. Para conquistar el mar los hombres han construido aparatos semejantes.

Beebe, norteamericano, alcanzó los 903 metros por vez primera, alojado en el interior de una esfera que pendía de un cable. Piccard construyó sus globos para ir primero hacia arriba y para sumergirse después, pues, al fin y al cabo, sus aparatos funcionan igual que un globo, solo que irvirtiendo el principio, en que se basan, Huot y Wilm han utilizado su batiscafo, que se asemeja más a un submarino, el cual es a su vez extraordinariamente parecido a un dirigible. Se diría que los medios para moverse en el aire y los empleados para hacer lo mismo en el seno de los mares, se desarrollan conjuntamente.

Hace unos años, Dimitri Rebikoff, un francés que vive en Cannes, construyó su «torpedo eléctrico». Se basa en el mismo principio en que se basaban los «amarraños» de De la Penne y su parecido con ellos es extraordinario, aunque les supera ampliamente en maniobrabilidad y rendimiento.

Ahora Rebikoff ha creado el «Pegaso», el avión submarino. Este avión es una versión mejorada del torpedo eléctrico, y podrá descender hasta los 500 metros de profundidad. Entra en el campo de los aparatos ligeros, y con su ayuda se podrán llevar a cabo investigaciones y sondeos hasta ahora prácticamente imposibles. Teleguiado y equipado con cámaras de televisión o de cine, con aparatos estereoscópicos o fotográficos, podrá servir para

Una máquina propulsora para la exploración de los fondos submarinos

trazar el mapa del sexto continente, de ese mundo del silencio que los hombres empiezan a conquistar.

Al igual que un avión, el «Pegaso» está compuesto por dos partes esenciales: fuselaje y alas. En el primero va instalado el motor, corazón de todo avión, que se mueve gracias a una batería y que comunica a la hélice una rotación de 625 revoluciones por minuto. Solamente pesa cuatro kilos y 300 gramos y tiene una potencia de caballo y medio. La hélice, situada al final del fuselaje y no en la cabeza, está compuesta por tres palas y protegida contra los golpes. Para «volar» bajo el agua el avión dispone de unas alas que sirven tanto para estabilizar el conjunto como para evolucionar en cualquier dirección. Con esto Rebikoff ha logrado el dominio de las tres dimensiones, tan buscado y deseado por quienes se aventuran en las profundidades en busca de ese mundo maravilloso, terrible y desconocido de las anémonas y los corales.

EL PRIMER AEROCLUB SUBMARINO

Puede decirse que desde hace unos años Cannes se ha convertido en el ombligo del mundo de las investigaciones submarinas. En esta ciudad francesa ha nacido el primer aeroclub submarino del mundo a impulso de Rebikoff y por obra y gracia de sus «aviones». Al mismo tiempo se ha con-

vertido en una verdadera academia en la que se dan clases y se expenden títulos de piloto, observador, mecánico, etc. Hasta se dan clases de acrobacia.

El club es aún muy joven, como corresponde a las actividades que en él se desarrollan. A la hora de clase los alumnos se sitúan ante el «Pegaso» y Rebikoff o sus ayudantes comienzan las explicaciones. El «avión» no es muy grande, tiene dos metros diez centímetros de longitud y un diámetro de 19,3 centímetros, y la postura que hay que adoptar para montar en el aparato no es muy cómoda (el piloto se coloca boca abajo, con el vientre pegado al fuselaje); pero, en cambio, su utilización per-

mite evolucionar en cualquier dirección y con un esfuerzo prácticamente nulo.

El «techo» del avión submarino lo fija en realidad el piloto; depende de las condiciones físicas de éste, de su entrenamiento, de su capacidad y, ¿por qué no?, de su miedo o de su valor. Pero el fuselaje del aparato, construido sin soldaduras, puntos débiles por excelencia, puede soportar una presión de 65 toneladas a 50 metros de profundidad y de 157 toneladas a 120 metros, profundidad a la que ha sido probado en todas las ocasiones en que lo ha hecho necesario su construcción. Se maneja con una sola mano, lo que permite al piloto emplear la otra

en los distintos trabajos que debe realizar.

Con el «Pegaso» se puede fotografiar el fondo submarino a una velocidad similar a la que se consigue con las cámaras-ametralladoras de los aviones de guerra. La máquina fotográfica se puede montar directamente sobre el fuselaje, casi encima del parachoques que el avión lleva en el morro. Como el objetivo va montado al aire, sin cámara estanco, el índice de refracción es prácticamente nulo y se obtienen imágenes de una nitidez asombrosa.

EL PLATILLO VOLANTE DE COUSTEAU

Durante la ocupación alemana de Francia se registraron en el país vecino hechos tremendos marcados por el signo de la guerra. Pero en medio del caos y la desorganización, en un pueblo francés situado junto a la costa, un hombre trabajaba poniendo a punto un extraño aparato que más tarde se convertiría en objeto de uso común entre los aficionados al mar y a la pesca de todos los países del mundo.

Un soldado alemán que hacía guardia junto al litoral vio un día que una mujer se lanzaba al agua y reaparecía seis o siete segundos después con una enorme langosta en la mano. Nueva inmersión y nueva aparición, esta vez llevando dos langostas. El soldado estaba asombrado. ¿Cómo podía una mujer lanzarse al agua en un lugar profundo como aquél y salir otra vez casi inmediatamente? No le daba tiempo a llegar al fondo, desde luego.

Y no llegaba. A pocos metros de la superficie, su marido, un marino llamado Cousteau, le entregaba los crustáceos que ella iba depositando sobre la tierra. Cousteau estaba abajo, equipado con su pulmón artificial. La primera de sus grandes obras destinadas a conseguir el dominio del mar.

La última creación de Cousteau es, por ahora, el «platillo volante». El aparato parece uno de tales artefactos, y el nombre le cuadra perfectamente. A estas alturas del año, Cousteau ha realizado ya algunas pruebas encerrado en la carlinga de plástico del «platillo», pero todavía le queda mucho camino que recorrer, según ha declarado.

Con el «platillo» espera poder navegar, o volar, a unos 500 metros de profundidad con seguridad absoluta. Mientras el avión de Rebikoff exige que el piloto vaya tumbado boca abajo, el «platillo» de Cousteau permite a su conductor ir cómodamente sentado. Pero en cualquier caso tanto en el del avión de Rebikoff como en el «platillo», lo verdaderamente esencial es que ambas máquinas suponen un paso más hacia la conquista de las profundidades, en donde riquezas incalculables aguardan ya llegada del hombre.

Si el futuro de la alimentación humana está en el fondo del mar, Piccard, Huot, Cousteau, Rubikoff y tantos otros que viven por y para el océano son, sin lugar a dudas, los sembradores de una cosecha como jamás hayan recogido los hombres sobre la tierra.

GONZALO CRESPI

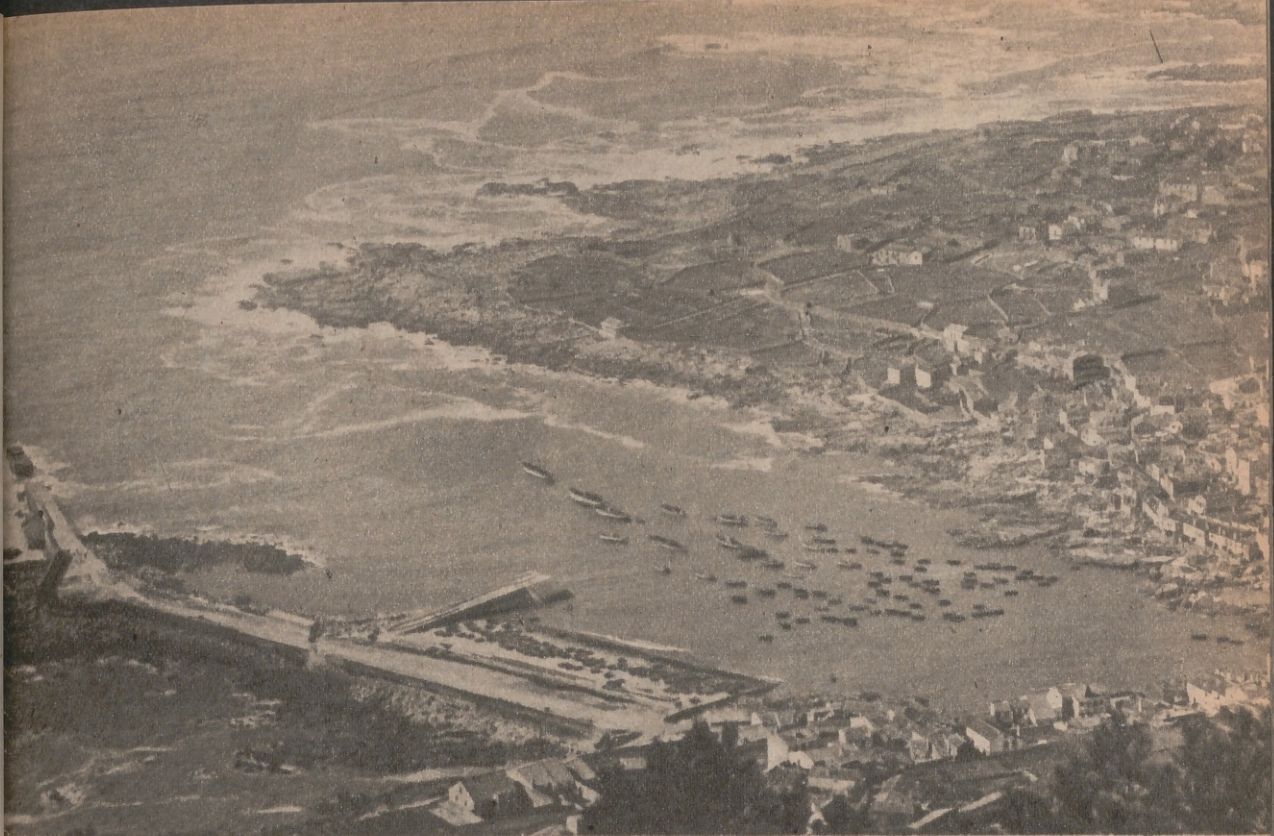
CON EL EJERCITO SIEMPRE

DE arriba debe venir el ejemplo, y de arriba nos llega a los españoles. La entrega de Francisco Franco al servicio de España es constante y total, permanente y sin pausa. Para el Caudillo no hay parentesis en el quehacer de la Patria, y en cualquier época del año, en todo instante del día o de la noche, halla ocasión para tomar contacto con los hombres, con las tierras y con los problemas del país. Su acostumbrada gira veraniega por ello no es más que una oportunidad más para pulsar la vida española de otras comarcas, de otros sectores nacionales, de otros campos y campamentos. Gusta de comprobar personalmente la marcha de los sucesos y, como en Avilés muy recientemente, examina sobre el terreno la situación de nuestro desarrollo industrial codo a codo con ingenieros y obreros. De igual modo ahora acaba de convivir unas horas con sus compañeros de armas, con esa columna vertebral de la Patria que es el Ejército. En La Coruña, en la sede del regimiento de Artillería número 48, el Caudillo asistió a la proyección de una película pedagógica de carácter militar, visitó las instalaciones de la guarnición y finalmente utilizó la coyuntura para brindar una breve y elocuente lección de amor a España con frase categórica, radical, cual corresponde a la persona y al ambiente donde se pronunció.

Siempre fué para Franco motivo de honda satisfacción esta posibilidad de acercarse al mundo de la milicia y vivir entre sus hombres. La Providencia quiso, para bien de la Nación, que su destino personal cubriese objetivos más altos que los de la estricta vida militar, y pasara así de ser el hombre de más capacidad y prestigio entre la gente de armas, a conductor de todo un pueblo en las horas más difíciles de la historia Patria, y ejemplo de firmeza y clarividencia para los negocios de la vida política occidental. Los altos deberes

de la Jefatura del Estado, naturalmente, absorben la atención y la concentran sobre multitud de cuestiones bien diversas, pero Franco sigue fiel a las armas por íntimos sentimientos y por una convicción de doble origen. Primero, por la significación peculiar del Ejército como emanación del pueblo, que ve en él un símbolo y un instrumento fundamental de su unidad; segundo, porque la hora del mundo demanda vigilia permanente y exige a los ejércitos una posición de firmes que ampare nuestras esperanzas en el futuro. A esta convicción se llega fácilmente, también entre nosotros, cuando se medita sobre las palabras y la ruta del Caudillo. El Ejército es clave del arco bajo el cual, ahora como muy pocas veces se vió en la Historia, se desliza la vida entera de las naciones. El alerta consante que rige la existencia del Occidente cristiano, en la vida civil como en la militar, puede relajar los ánimos y contribuir a que se pierda de vista en ocasiones la realidad de una situación delicada y compleja son los problemas políticos que el mundo tiene planteados. Frente a ellos —como expresaba el Caudillo en su mensaje al Presidente Eisenhower— es no ya conveniente, sino imprescindible una actitud de iniciativa, de creador dinámico; pero detrás de esta postura activa y consciente es necesaria igualmente la presencia de una fuerza material que respalde y garantice la supervivencia y la victoria de las otras fuerzas morales, las únicas que pueden reportar una existencia digna a los seres humanos.

He aquí el Ejército, su justificación y su misión. Junto a él, con él, Francisco Franco. Presencia y convivencia íntima que señala una vez más el camino del más fecundo realismo. Es el ejemplo admirable, sencillo, de una entrega total —en cuerpo, alma y vida— al servicio de España y de la Cristiandad.



RIAS BAJAS

**ENTRE EL MAR Y LA TIERRA, LOS
LUGARES MAS BELLOS DE GALICIA**

El río Ulla marca la divisoria entre la provincia de La Coruña y la de Pontevedra. Por el litoral coruñés, arriba del Ulla, y mezclando las aguas del Cantábrico con las del Atlántico, están las Rías Altas. Hacia abajo, costas de Pontevedra hasta La Guardia, donde ya no nos separan de Portugal más que las aguas del Miño, están las Rías Bajas. No hace falta que las agencias de viajes y las casas de turismo gallegas hagan demasiados números para enterarnos de este resultado natural: las Rías Bajas son los lugares más fuer-



La belleza de las rías gallegas no tiene par en toda la geografía peninsular. Arriba, una panorámica del puerto pontevedrés de La Guardia. Sobre estas líneas, el poético río Sar a su paso por Padrón

temente atractivos de toda la atractiva Galicia, como vamos a ver.

PADRÓN, PUNTO DE ARRANQUE HACIA LAS TRES RÍAS BAJAS

Desde La Coruña a Santiago hay unos sesenta kilómetros, por carretera, y el camino se hace bien. De Santiago de Compostela hasta Padrón, pasando por Casal, Osebe, Faramello, Ribasar (donde yo nació), La Esclavitud, Irya Flavia (donde nació Camilo José Cela), hay que recorrer otros veinte kilómetros más. Todo se hace a gusto con buen tiempo, buena compañía, buen aire que respirar, buen vino que beber, buena comida que pagar, buen automóvil de tipo utilitario que empujar.

El río Ulla, al pasar cerca de Padrón, cerca ya de la muerte atlántica, sufre o disfruta de la subida y la bajada de las mareas. En los mapas parece que se ve que es en Padrón donde tiene lugar la reunión del río finito del río con el brazo algo más ancho, aunque no mucho, del mar; en la realidad, en la práctica, se ve que donde de verdad se unen y aun chocan las aguas dulces con las saladas es en Puenteceures, o simplemente Cesures, mucho más cerca de la costa.

Padrón es un lugar de poca animación, de escasas posibilidades industriales, de pocas oportunidades para tipos que lleven cierto hormiguillo en la sangre, y por eso puedo casi jurar que, siendo la tierra de mis antepasados, no han de quedar muchos ya que lleven mi apellido. Padrón parece que está detenido en la poética y alta nostalgia de su ciudadana o paisana más egregia, Rosalía de Castro. Padrón es, sin embargo, un bello lugar tranquilo donde la gente vive en paz y puede pescar truchas en el río Sar o sardinas en la mar, porque mar y río están casi a igual distancia de la puerta de casa.

Es día de feria. En la explanada que hay detrás del Espolón, a la sombra de los árboles y de la gorra que cada uno lleva, van y vienen los tratos, contando por reales y miles de reales, de los que son protagonistas y víctimas opulentas vacas amarillas y jóvenes terneros de pelo rizado y recién lamido.

—No te doy más de diez mil reales.

—Antes me lo llevo a cuestras.

Huele a churros, a vino tinto y a pulpo hervido en grandes cazuelas y cortado con tijera sobre platos de madera. El vino del Ribeiro, el blanco por lo menos, aun no subió en Padrón: vale la tacita una peseta, y no a una veinticinco, como en Santiago y La Coruña. Uno de los productos de la tierra que se deben comprar en Padrón los turistas, pobres o ricos, de estómago ligero o a toda prueba, haya o no haya feria de ganado, son los famosos pimientos de Herbón, o también de Padrón; los pequeños pimientos verdes, los pimientitos puntiagudos, los apetitosos pimientos que se frien con mucha sal, para que se note bien si salen dulces, o abrasen todavía más si es que salen picantes, los condenados.

El enorme paseo del Espolón está desierto a las doce de la mañana, a la una de la tarde. Los árboles rectos, bien plantados, antiguos, rumorean el final de alguna estrofa desgarrada, honda, patética, de Rosalía. Algunas barcazas, varadas bajo el puente del Carmen, más sobre el lecho que sobre las aguas del río Sar, se van llenando de arena. Huele ya a mar.

Al fondo del paseo del Espolón se yergue la estatua de Rosalía, mandada levantar hace poco por algunos emigrantes que hicieron fortuna en América. En uno de los lados hay una lápida con la dedicatoria: «A rosa Rosalía, os padroneses do Uruguay». En los otros tres lados del monumento hay versos de Rosalía. Ella está en lo alto, serena, entera, melancólica, y lleva algo en la mano, algo que desde aquí no se ve.

Al salir de Padrón hacia Puenteceures, la carretera parece que se angosta. La Guardia Civil vigila. La feria parece que se acaba. Unos individuos dan gritos: dicen que se rifa ese enorme «Mercedes» que apenas nos deja paso. Viene hacia acá el olor de las Rías Bajas.

PRIMERA RIA: VILLAGARCÍA DE AROSA, RECORDANDO A VALLE INCLAN Y AL NOVIO ALEGRE

En Puenteceures hay que dejar la carretera general para tomar una casi mejor que va bordeando la costa. Entramos en la provincia de Pontevedra, y, con ello, en los dominios de las llamadas Rías Bajas. Por ver un trozo de este paisaje, por pisar un palmo de esta tierra, gentes de toda Europa hacen las maletas para dos meses y recorren miles de kilómetros, y ciudadanos de «la América», que algo han oído hablar a los que de aquí se fueron, atraviesan el Atlántico. Vale la pena. Todos nos hemos dado cuenta de esto en Galicia, y, sin embargo, apenas se ha organizado o movilizado de una manera sistemática, interesada y moderna, ese fenómeno que «une a los pueblos» y atrae divisas, llamado turismo. Esto hemos de comprobarlo a lo largo de todo el viaje por el bajo litoral pontevedrés, aunque, eso sí, no vayamos a referirnos demasiado a ello, no vaya a ser que, encima, lo tomen a mal nuestros paisanos, como ha ocurrido ya alguna vez.

Puenteceures es ya tierra pontevedresa. El aire salado y penetrante parece que se pega a la piel, al paladar. De Puenteceures salen todas las mañanas, muy temprano, docenas de mujeres que llevan a la cabeza enormes cestas llenas de pesca, y se esparcen, a pie, en tren o en autobús, por todos los pueblos, cercanos y lejanos, del interior.

Carretera adelante, pasamos por Catoira sin detenernos. Nuestro trayecto está plagado de informes y avisos sobre cómo debe comportarse el conductor y el peatón. «Peatón, circula por la izquierda», se lee, pero esto no quiere decir nada: el peatón circula por donde le da la gana, es decir, por la derecha. El pea-

tón todavía no está acostumbrado, todavía no se ha tomado en serio eso de que «la derecha del peatón es su izquierda», como insistentemente nos recuerda el amigo que conduce.

—¿Pero no se darán cuenta de que eso es peligroso? —comenta el conductor.

No sé si se darán cuenta o no, ellos van muy entretenidos hablando, ellas con sus cestas en la cabeza, y a veces saludan riendo. Esto también es confortador, aunque no circulen por su izquierda.

Y así, de pronto, nos encontramos de lleno ante la primera de las tres Rías Bajas, la Ría de Arosa. Hay al borde de la carretera un lugar para el aparcamiento de los vehículos, una especie de alto en el camino, lo que los que han viajado mucho llaman un mirador. Nos detenemos y, puesto que el lugar está para eso, miramos. El campo que se divisa es amplio, extenso, abierto. Todavía nos flanquean los pequeños brazos de tierra pintorescos, que no parecen querer ceder su primacía estética a la de la mar baja, azulada, rica en toda clase de mariscos, que empieza a tener desde aquí todos los triunfos en la mar. El mundo se abre, llano y probablemente inmenso, por ese resquejido de mar que aquí empieza y que se cuele hacia el lejano horizonte. Verde y cuajada es la tierra de las riberas. Algunos hombres y mujeres, allá lejos, con el agua hasta las rodillas, se inclinan sobre el mar e introducen sus brazos hasta el fondo.

Los viajeros y los turistas se turnan ante la barandilla del mirador. Unos se van y otros llegan. Recién casados, familias enteras, algún tipo solitario que parece no llevar prisa a pesar de su aspecto de comerciante, extranjeros. Hay un coche americano, brillante y enorme, que tiene las cuatro puertas totalmente abiertas. Por los enormes agujeros de esas cuatro puertas sale a raudales la música ensordecedora de la radio. El americano está sentado en el banco de piedra, de espaldas a todo el impresionante panorama que contemplamos, y ojea las páginas de un «comic» mientras lleva el compás de la música con la cabeza y la punta de un zapato. La americana está inclinada sobre el mirador, inmóvil, y parece dispuesta a arrojarse en brazos de la Ría de Arosa, tan honda y atentamente parece querer comunicarse con toda esta impresionante belleza.

Villagarcía es una ciudad de importancia. Trae ya de antiguo cierta hidalguía y su indudable valor marítimo, pesquero, turístico, gastro-ómico. Tiene una temperatura entre provincial y cosmopolita muy particular. Por aquí, en esta Ría de Arosa, en Villagarcía de Arosa, en Villanueva de Arosa, en la misma isla de Arosa, que está cerca y enfrente, paseó mucho don Ramón María del Valle-Inclán y toda la gente de aquella época suya. En Villanueva hay gente de mar que cuidada de la salud del Valle-Inclán, gente que aún habla de cómo era y de cómo a lo último don Ramón yacía en la cama con



Villagarcía de Arosa brinda siempre las más bellas postales marineras. Su famoso puerto pesquero es seguro cobijo de numerosas embarcaciones de todo el litoral

sólo la larga, cenicienta, desordenada barba de chivo fuera del embozo.

Villagarcía es como un pueblecito pesquero al que ha ido bien en cierta época y ha montado una trastienda de pequeña industria, de pequeña burguesía, de pequeño veraneo tras la línea baja y pintoresca de la Marina, cuya vista, blanca y calmada, serena verdaderamente el ánimo, sobre todo después de haber comido del buen marisco que llena los escaparates de todos los bares y restaurantes.

A la ciudad no parece sobrarle gente, pero la playa está llena. Aquí se vive del mar y creo que también de la madera. Hay monumentos antiguos importantes, algún puente, alguna iglesia, alguna casa que tiene escudo y placa.

Al cruzar cerca del Puente de Vista Alegre vemos un automóvil parado. Está engalanado, por dentro, como para una boda. Hay algunos curiosos alrededor. Sale de una casa un tipo bien vestido, es decir, vestido como para casarse en Villagarcía, y se sube a ese coche en compañía de unas señoras. El novio ha bajado el cristal de la ventanilla trasera y mira encantado para todos. Vamos despacio, y al pasar ante ellos, el novio saluda a un amigo que también se ha detenido allí, sorprendido, estupefacto, uno de esos tipos que no creen ni lo que ven.

CAPITULO APARTE PARA EL GROVE, LA TOJA, LOS AFICIONADOS AL TENIS Y LAS COPLAS

Esta Ría de Arosa es la primera y más importante de las Rías Bajas gallegas. La más amplia, la más nutrida de lugares apetecibles, populosos, espléndidos. Bajando de Villagarcía, topamos

primeramente con Cambados, que se enorgullece de poseer unas de las ruinas más bellas de Galicia, las de la iglesia de Santa Marina, que conjuga a las mil maravillas en su ría las bellezas de la tierra (pinares, maizales, jardines...) con las del mar, de recuerdos antiguos, pintorescos y folklóricos.

Y luego, esa especie de cofre o concha de mar, de península o pequeño paraíso de La Toja y de El Grove, a donde se puede llegar por tierra, mar y aire. Abandonada la carretera más principal, que sigue por la línea de la costa hacia abajo, atravesamos ahora el istmo de El Grove. El paisaje ha cambiado de súbito. Empieza a desaparecer el color verde de nuestro horizonte para ser sustituido por el blanco, calizo, casi selénico color de las dunas suaves y secas que se extienden a un lado y a otro, desde la carretera hasta los bordes del mar. Mas lentamente vuelve a nosotros Galicia, frondosa, verde, hermosa. Llegan los primeros pinares, que se van quedando atrás, al tiempo que se vuelve amarilla la arena de las playas, más verde el agua marina y más azul, sorprendentemente, el cielo.

El Grove es, en cierto modo, el pueblo marineramente más o menos pintoresco y antiguo; La Toja, algo así como la colonia veraniega, más moderna, más brillante, más rica. Las calles del Grove son calles blancas, salitrosas y bellas de pueblo pesquero. Hay bastante movimiento turístico en este pueblo. Franceses, alemanes, inglesas... A lo largo de la carretera se suceden los reclamos de tabernas típicas, de bares, de restaurantes. Al azar, podemos elegir uno: «El Combatiente». Si al dueño de este restaurante le preguntan por qué se llama así su establecimiento, tal vez conteste:

—Porque yo soy un combatiente. Yo y todos los que estamos en esta casa combatimos el hambre de los que llegan.

Y a fe que lo hacen bien. Hay en el comedor de «El Combatiente» una moza gallega que sirve con bastante lentitud, pero con cierta gracia. Cosa rara, con una muchacha así no se enfada ningún cliente, aunque tarde. No es obligatorio, pero sí muy recomendable comer todo el marisco que se pueda en todos estos lugares (con vaso de leche al final, los temerosos, o sin él, las personas normales); está siempre fresco, vivo, y no resulta demasiado caro. El precio no se sabe hasta el final, naturalmente, y por eso uno se puede alarmar un poco si, con los postres, se ha pedido la cuenta y esa moza gallega que no sirve con rapidez, pero sí con salero, responde con una sonrisa: —No tengan prisa. Tomen el café tranquilos.

Aunque los números demuestran luego, felizmente, que no había por qué asustarse.

De esta península que ya es en sí El Grove, se pasa a la otra península más pequeña que es La Toja. Y digo península porque considero, por mi cuenta y riesgo, como un istmo el puente que une a La Toja con El Grove, aunque en rigor La Toja sea una isla. Una isla, por cierto, ni desierta ni árida, ni pobre ni ignorada: una isla bien conocida, famosa, rica y para ricos, muy poblada, envidiable.

Don Ramón Otero Pedrayo, minucioso cronista de Galicia, le llama también a La Toja, La Toxa y Louxo, y dice de ella que es «universalmente célebre por sus balos medicinales y tanto co-

no ellos por sus sales y jabones". De éstos deben hacer cien o doscientos combinados distintos, cada uno con un nombre y con un precio distintos. No es mal negocio La Toja, ni por los jabones, ni por los recuerdos de collares y pulseras de conchitas, ni por el balneario y sus aguas —que fue y es, porque al que no le guste esa medicina le gusta el whisky—, ni por los grandes hoteles, ni por las atracciones que allí se organizan con aspiraciones de estación granmundana. Esos baños o lodos de valor terapéutico para las enfermedades de la piel, los descubrió, también según el señor Otero Pedrayo, "un caballero enfermo y abandonado al volver de la isla, abandonada entonces, completamente sano. Desde entonces, las gentes vecinas buscaron, arrojando mil dificultades, las charcas, hasta que una sociedad bien orientada transformó la isla desierta y mal relacionada en una gran estación balnearia. Analizada primeramente, como casi todas las gallegas, por el eminente doctor Casares, son "termales, cloruradas, bromuradas-sódicas, ferruginosas, en su variedad blínico-arsenical" y además eminentemente "radioactivas".

Todo un comercio de "souvenirs" típicos y muy pintorescos está organizado en torno a la fama de esta estación balnearia y deportiva, millonaria y elegante.

Los aficionados al mar andan todo el día con su gorra de capitán y su camisola azul puesta. Los aficionados al tenis andan todo el día con su calzón blanco corto y su raqueta en la mano. Los aficionados a las extranjeras andan todo el día detrás de ellas. Parece que, tanto unos como otros, lo hacen para que se les vea, para que se les vea bien.

En La Toja había una mujer vendiendo coplas, de unas de las cuales tengo el gusto de copiar para ustedes lo siguiente:

Me pregunto en silencio yo
[sola

qué es lo que me pasa que no

[sé querer
si es que tengo la sangre sin

[fuego
o es que mi destino será padecer,

Tiene gracia cantar esto en un lugar como La Toja, con el campestre, cadencioso, dulce acento gallego.

SEGUNDA RIA: PONTEVEDRA, CON LARGA PARADA EN SANGENJO Y PASADA FUGAZ POR MARIN

En la segunda de las Rías Bajas, la de Pontevedra, entramos, mejor dicho, nos deslizamos siguiendo por la carretera hacia Nuestra Señora de la Lanzada, y por la erudición hacia el cronista ya citado: "Las ruinas de una torre, romana o medieval, hacen pensar en las navegaciones de los buscadores del estafío, y en plena ría anuncia la blanca y sonora soledad de La Lanzada, la playa de las "nueve" olas rituales de la mañana de San Juan."

Y después de La Lanzada, una de las playas más extensas y luminosas de esta costa, pasado también Portonovo, estamos en Sangenjo, verdadero punto neurálgico del turismo de las Rías Bajas, auténtico lugar de cita del veraneo gallego e internacional, playa de moda, pueblo, lugar o ciudad merecedora de la fama de Benidorm, o de Saint Tropez, o de Tossa de Mar.

Sangenjo se extiende suavemente a lo largo de la carretera, la carretera se extiende a lo largo de toda la playa y la playa, como es natural, se extiende a lo largo del mar todo lo que le permite el estado de la marea. En Sangenjo hay muchos hoteles: hoteles de lujo, hoteles caros, fondas, pensiones y habitaciones en casas particulares; no obstante, los últimos en llegar han de ir a dormir a Pontevedra o a cualquier ciudad cercana donde haya todavía más hoteles. El pueblo este tiene un verdadero aire cosmopolita vera-

niego, con sus sitios para bailar, sus bares y sus cafes, sus automóviles, sus muchachas y muchachos alegres y algo extravagantes, como un punto más de la Costa Azul, o de la Costa Brava, o de la Costa del Sol, o de la Costa Verde... Debe haber aquí varios miles de forasteros estables, a parte de los cientos de forasteros meramente transeúntes, unos por obligación y otros porque no tienen dónde quedarse. Es un buen sitio, un bello sitio. Hay gente con la que hablar, muchachas que ver, bebidas que consumir en las barras... Tiempo de sobra para estar tumbado sobre la arena de la playa.

Esta ciudad veraniega, relativamente moderna, está pegada espalda con espalda, al pueblo viejo y antiguo de Sangenjo o Sanxenxo, de gran belleza, castas anárquicas, calles y caminos empinados y estrechos.

Por estas callejuelas hay que ir despacio, porque en cualquier lugar puede aparecer la cara de la historia local. Hay, por ejemplo, una casa que tiene en uno de sus lados, junto a una escalera de piedra, una especie de altarcito con una vieja imagen y esta leyenda: "Este clabel que aquí viés, un domingo singular, desde lejano lugar lo ha traído a San Jinés". El simbolismo de estas frases o versos, así como las "bes" y las "jotas" que hoy ya no se usan, datan del año 1749. Arriba de la escalera de piedra aparece una mujer a la que preguntamos el significado, la historia o la leyenda de la curiosa inscripción. La mujer nos mira, sorprendida, extranada; parece que no sabe de qué le hablamos. Le leemos la inscripción y ella pregunta:

—Dice todo eso ahí?

—Todo eso; sí, señora.

La mujer llama a una vecina. Aparece en una ventana una señora morena, una de esas mujeres en las que se advina una gran belleza juvenil. Ella nos cuenta la historia, y, mientras habla, sale un hombre de la casa donde hay la inscripción y



A la playa de Villagarcía de Arosa, al caer la tarde, llegan los barcos con su vivo cargamento de plata. Allí mismo se realiza la típica subasta del pescado



Desde el pinar de La Toja, el mar se interna en la tierra, dando paso a parajes de un colorido y encantos únicos

se queda parado ante ella, con la cabeza levantada, leyendo, intorsado. Da la impresión de que lleva cincuenta años viviendo en esta casa y no se ha dado cuenta hasta ahora de que había allí algo escrito que podía leerse. El hombre mueve la cabeza, pensativo, como diciendo: "¿Quién iba a decir! Pasan unas cosas..."

El mar se mete de nuevo en la tierra y nace, en el vértice del ángulo marino, Pontevedra, con la pequeña isla de Tambo enfrente. Pontevedra es una ciudad marítima gallega de discreta personalidad. Para el viajero o el turista resultan más atractivos los lugares más pequeños, más pintorescos y más—digamos—libres. En Pontevedra, la tarde de aquel domingo había toros. Toreaban Marcos de Celis, Carlos Corpas y Victoriano Roger Valencia, por cierto "acompañados de sus correspondientes cuadrillas de picadores y banderilleros". En la plaza de toros de Pontevedra no se dan contraseñas de salida "y los niños que no sean de pecho necesitan billete".

Marín es uno de los pueblos más blancos y más limpios de este litoral pontevedrés.

LA RIA DE VIGO: TERCERA Y ULTIMA DE LAS BAJAS GALLEGAS, Y LUEGO PORTUGAL

La Ría de Vigo es, en efecto, la última. Es acaso la más profunda, la más metida tierra adentro, la más brillante y rubia, la más celta. Cangas, Moaña, Domayo, Cobres..., son pueblos pesqueros y agrícolas de gran belleza natural. En el Puente de Sampayo está el vértice del ángulo de esta ría. Cerca, Arcaide, donde se comen las mejores ostras de toda esta región. Enfrente de la boca de la ría

se divisan a duras penas las islas Cíes. Más cerca, como susplacadas a lo largo de la costa, van quedando otras pequeñas islas e islotes. En algunas hay una casa, una especie de hotelito, unas barcas, un puente, un pinar... La clásica isla donde daría gusto vivir, donde se podría vivir en paz, morir en paz.

Bajamos hacia Redondela, que fue y es nudo ferroviario importante, ciudad bastante industrial, entre gris y blanca.

Y empiezan las buenas playas con la de Samil, amplia, amarilla, aunque poco nutrida. Probablemente la mejor playa de todo este contorno sea una de las del grupo de Panjón, la playa América, un lugar de veraneo bien organizado, agradable y muy concurrido. Claro que estas playas están ya casi fuera de lo que las rías son en sí mismas, es decir, por el litoral atlántico abajo, hacia Portugal. Ahí están también Bayona y La Ramallosa, de mucha fama, y mucho más abajo, ya al final, La Guardia, con sus ilustres ruinas celtas, su famoso monte de Santa Tecla y sus ricos viveros de langostas...

En medio de estas playas abiertas, soleadas y silenciosas está Vigo. La primera ciudad de la provincia, la ciudad más importante de España de las que no son capitales de provincia. Vigo, por su cosmopolitismo, por su industria, por su puerto europeo y activísimo, por toda su natural belleza y las oportunidades gastronómicas y de alta diversión que ofrece, podría reclamar toda la atención y la primacía en una humilde crónica como la presente si no fuera porque la intención ha sido aquí más bien frívola, viajera, playera, en su sano sentido.

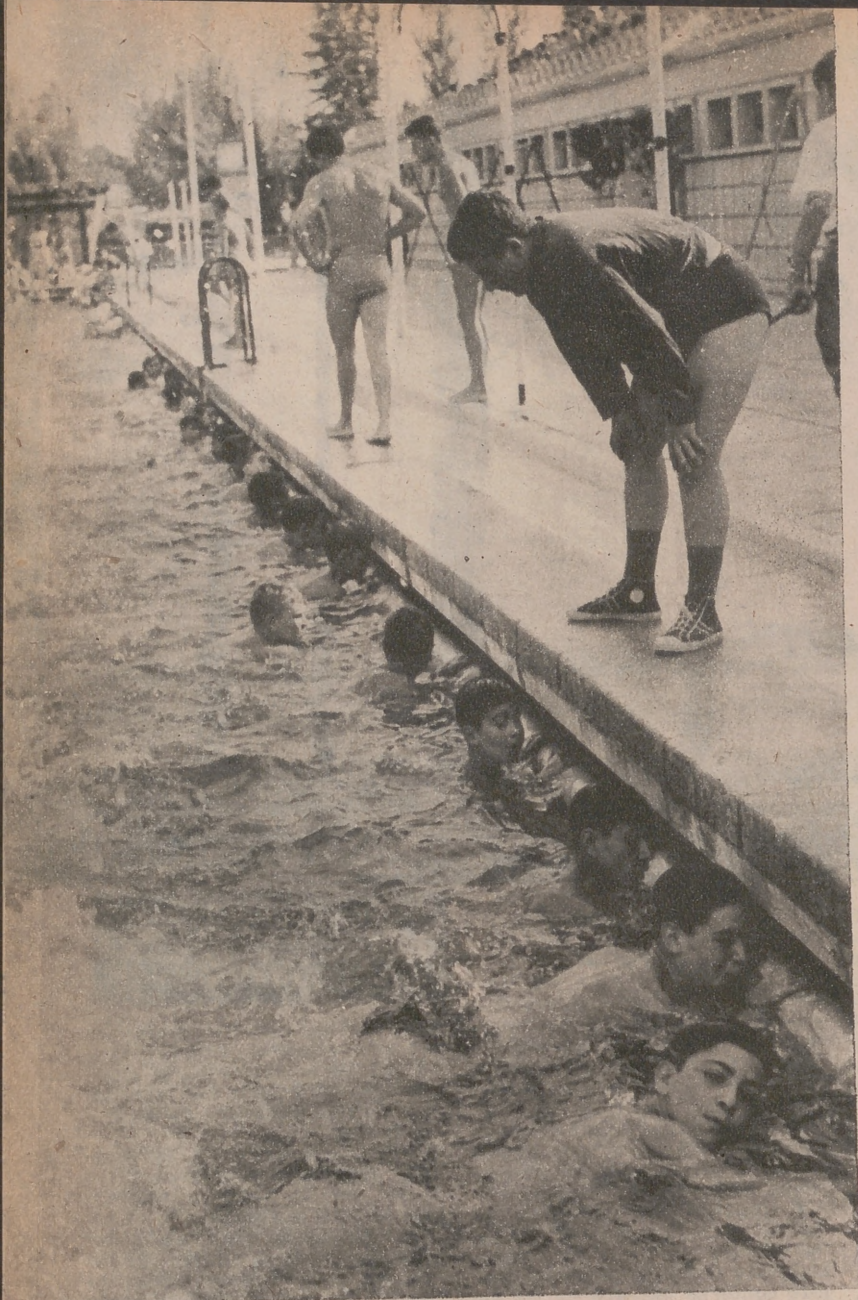
En medio de una de las calles más importantes de Vigo le pre-

gunté a un guardia de tráfico por una taberna "enxebre" cuyo nombre no recuerdo. El guardia me miró con una sonrisa, una sonrisa como de cómplice, y me indicó:

—Está ahí mismo, a la derecha, después del quiosco. Pero si va por el pulpo..., ¡corra!, que se está acabando...

Las playas de Vigo más conocidas son las organizadas para el veraneo y el turismo. Algunas tienen un aire verdaderamente europeo. Otras lo tienen más provinciano. Pero acaso las mejores playas sean esas que no tienen nombre muy conocido, ni restaurante, ni carteles anunciadores o prohibitivos, ni siquiera casetas donde cambiarse de ropa... Playas pequeñas o amplias, resguardadas por un pinar o abiertas a las verdes campiñas; arenas amarillas, espumas blancas, aguas verdeclaras y como intactas, virginales. Playas de éstas hay muchas a lo largo de las Rías Bajas gallegas. A veces se ve en alguna de ellas, junto al mar, un grupo de bañistas; al borde de la arena, detenido, un solo automóvil. Bañarse en la soledad de estas playas y luego acercarse a comer a una taberna pescadora, de las que están al borde del mar para sacar de él a puñados millones, almejas, ostras, percebes..., es una aventura que hay que recomendar a todos los que hablan de "vivir intensamente". Aunque no lo parezca, pocas cosas vitales más intensas que esas soledades anónimas de algunas playas de las rías gallegas.

Daniel SUEIRO (Especial para EL ESPAÑOL.)



LA ESCUELA ESTA EN EL AGUA

DOSCIENTOS PROFESORES ENSEÑAN A NADAR A 5.000 NIÑOS MADRILEÑOS

DISTRAERLE A LA MUERTE UNA POSIBILIDAD Y DARLE A LA SALUD MEJORES OPORTUNIDADES, OBJETIVO DEL CURSILLO ESCOLAR DE EDUCACION FISICA Y NATACION

EL ESPAÑOL.—Pág. 22

ESTOS niños ya no se ahogarán...», dice el altavoz, mientras una riada infantil atraviesa, a nado, la gran pileta municipal de la Casa de Campo. Un espectáculo asombroso. Es como una cascada de escolares que salta, ordenadamente, al agua. Como una suelta de alevines en un vivero de atletas.

La natación es el único deporte que puede salvar la vida al que lo practica. Salvar la vida propia y a veces la del prójimo. Estamos en el acto de clausura del VII Cursillo Escolar de Educación Física y Natación que, entre los meses de julio y septiembre, ha enseñado a nadar a más de cinco mil niños de las escuelas municipales de Madrid.

Ya sabemos que el niño siente una afición natural al agua remansada. A veces le temen más al grifo y a la ducha que al río y al mar.

En las vacaciones de verano ocurre que los casos de niños ahogados salen con bastante frecuencia en los capítulos de sucesos de los periódicos. Esto viene a ser como una contribución

como un tributo humano a una especie de Moloch, a un idolo devorador que exige la espantosa ofrenda en cada estación estival. Incluso el Manzanares, «aprendiz de río», se comporta como un consumado maestro del terrible arte de matar en el agua.

TRANSFORMAR EL PELIGRO

La muerte de los niños ahogados cada verano es como un áspero limón ineludible, pero que, con sentido deportivo, puede ser transformado en una limonada refrescante. Esto es lo que han logrado los cursillos de Educación Física y Natación en las Escuelas Municipales de Madrid; no amar el peligro, sino transformarlos en cosa propicia y salvadora.

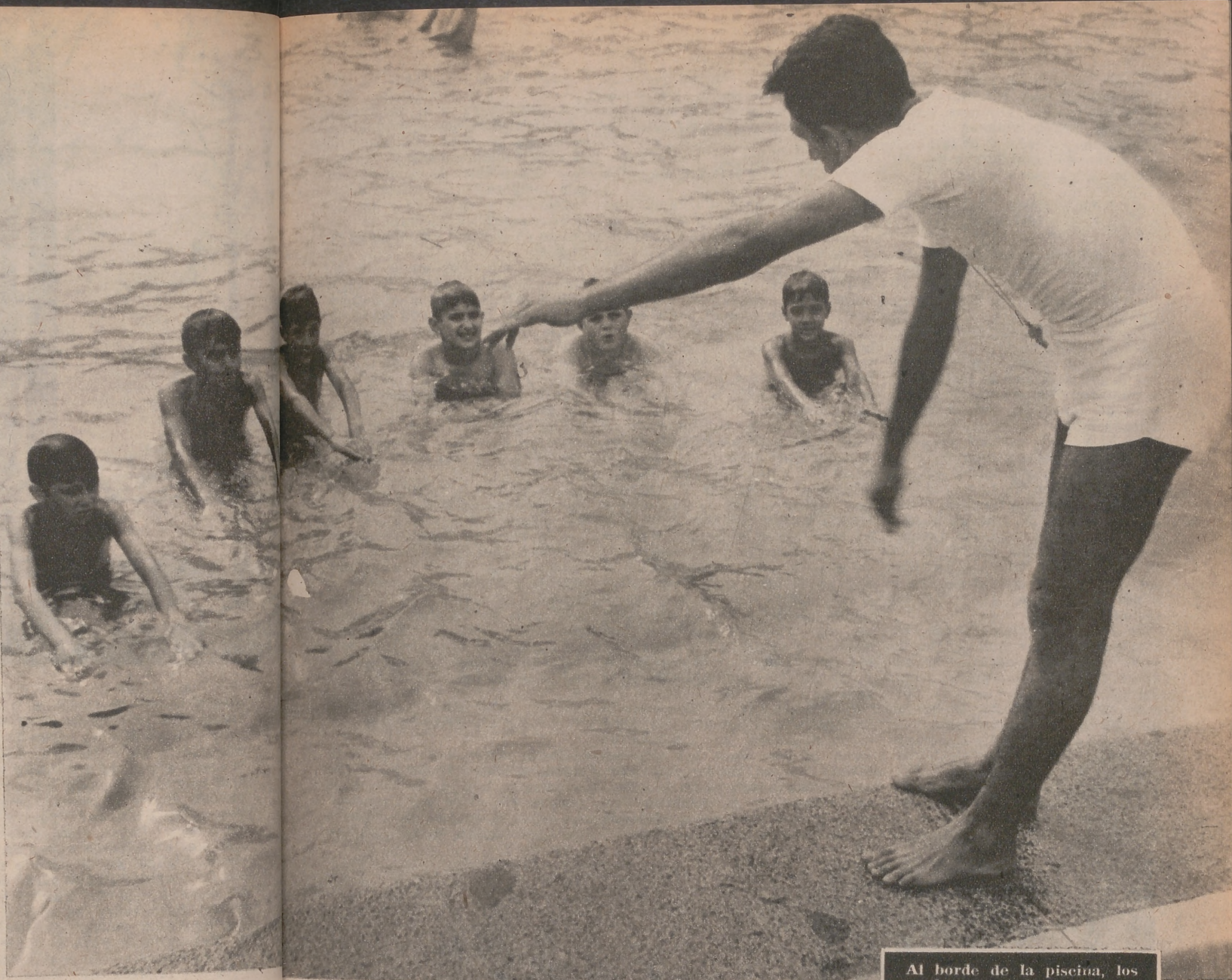
Fue en el verano de 1953 cuando tuvo lugar el primer cursillo de natación para escolares de las escuelas municipales, al que se inscribieron cuatrocientos participantes. Una circular a las escuelas dependientes del Municipio bastó para que acudieran esos alumnos.

La asistencia es totalmente voluntaria y circunscrita a los escolares que no saben nadar. En general se dirige siempre a un censo infantil que no sale de la capital en los meses de verano y que, en gran parte, habita las zonas de extrarradio.

En el verano de 1954 se organiza un segundo cursillo al que asisten niños y niñas del año anterior que desean perfeccionar su aprendizaje y otros nuevos. En este cursillo se comienzan a distinguir alumnos avanzados para formar con ellos los cuadros de instructores. Las clases tienen lugar no solamente en la Piscina Municipal, sino también en cuatro piletas más de grupos escolares que cuentan con instalaciones apropiadas.

CON DISCIPLINA GIMNASTICA

Al tercer cursillo —que se celebra en 1955— acuden ya un número muy considerable de niños y niñas y la enseñanza adquiere verdadera importancia organizativa, por lo que es preciso pre-



Al borde de la piscina, los profesores explican sus lecciones a los pequeños nadadores

miar el trabajo de los colaboradores e instructores que, hasta entonces, habían ofrecido su trabajo a título honorífico.

Se organizan competiciones infantiles en las que se otorgan trofeos a los ganadores, a los de mejor estilo de natación, a los mejores saltadores y a los de más elevado espíritu deportivo.

En 1956 se quintuplica el número de alumnos y es tres veces mayor el número de colegios participantes que en el primer año. La casi totalidad de los alumnos dominan ya tablas de gimnasia aplicables a la natación que aprendieron durante el invierno en las escuelas municipales. Son tablas de gimnasia unificadas para todos los grupos escolares del Municipio.

Se perfeccionan los saltos de trampolín, los cuadros de instructores y grupos de niñas son seleccionadas para formar ballets acuáticos.

También se complementa la natación pura con prácticas de

salvamento de naufragos, ya que el interés de esos cursillos no se limita a que los alumnos sepan salvar su propia vida en un momento de peligro, sino también que estén en condiciones de salvar la de sus semejantes.

PARA ENSEÑAR A LOS DEMÁS

Por primera vez salen en este año pequeños campeones que formalizan sus fichas infantiles en distintos Clubs de la Federación Castellana.

De los mismos alumnos salen los cuadros de instructores auxiliares y todos, aun los alumnos que llegan al grado de instructor, se comprometen a cumplir con el lema de «aprender para enseñar a los demás».

En el verano de 1957, el quinto cursillo escolar adquiere su mayoría de edad y forma ya una amplia organización. Los cuadros de profesorado se incrementaron con arreglo a las nuevas necesidades numéricas de los escolares que llenan las gradas de la Piscina Municipal para realizar los ejercicios gimnásticos y la pileta para las prácticas de natación.

Se crea el reglamento de los cursillos escolares que señala detalladamente los derechos y deberes, tanto de los alumnos como del personal instructor; da normas orgánicas para la mejor marcha de ese mecanismo que comienza ya a ser muy importante en la vida escolar de la capital de España.

Y en el año pasado el número de alumnos es ya de 3.898, con una enorme progresión que ha llegado, en el último verano, a la

cifra de 5.047 escolares que han terminado felizmente las enseñanzas de educación física y natación dadas por doscientos profesores.

AL SON DE LA MUSICA

Esa es la cascada infantil que vemos saltar al agua al son de la música. Si no son absolutamente estos muchachos el orgullo de la Patria, por lo menos sí son el orgullo de la patria potestad, porque las gradas de la más grande piscina madrileña están llenas de padres y madres que aplauden con el foco de la afectividad en un solo lugar chapoteante, en el que el cariño familiar les hace ver a un pequeño campeón.

El aplauso es unánime en el desfile de todos los cursillistas; en el reparto de premios; en la gimnasia de aplicación; en las exhibiciones femeninas y masculinas; en el juego de las olas y en «El Enresado», que es un juego acuático infantil con una lejana inspiración en el corro.

Es a la caída de la tarde y hay en el cielo nubes amenazadoras, pero el rutilante espectáculo continúa con el bamboleo de los árboles, la oleada del aplauso y el parpadeo de las luces sumergidas que convierten la piscina en un bloque de transparencias.

Las niñas inician los saltos de trampolín con un aire un poco cinematográfico. La mayoría se tiran de pie, como las vírgenes ofrendadas en las lujas aztecas. Otras hacen como una lenta reverencia; se encurvan en arco y caen de cabeza dejando en el aire un trozo de eclipse.

LA ARMONIA DEL SALTO

Resulta curioso el observar a esas individualidades, singularizadas, que se sienten objetivo de la expectación general e hinchan el pecho y hasta se pavonean un poco superando el rubor de la exhibición y el miedo a ese pequeño error en el impulso que puede convertir lo sublime en ridículo.

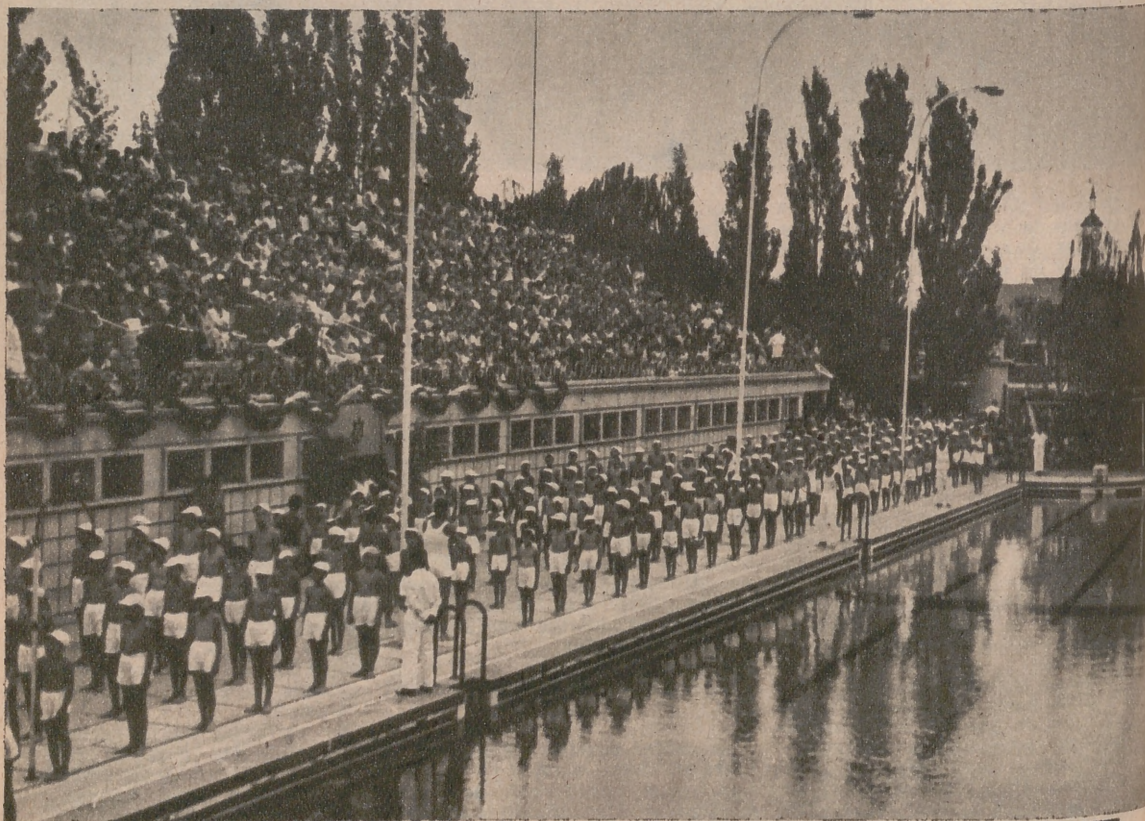
Los muchachos emulan a las chicas y hasta se tiran de mayor altura. Algunos desde el trampolín de diez metros, con «pose» de héroe de T. B. O.

Más que aprender a nadar —con ser esto tan importante— interesa el choque psicológico que producen estas enseñanzas de gimnasia y natación. Queda un impacto que no se borra ya en toda la vida; la mentalidad deportiva y el noble sentido olímpico.

Desde la más remota antigüedad el agua ha sido tenida como un elemento de ritual purificador, a veces con virtudes táumaturgicas. Dejemos esto, pero no cabe duda de que si a un muchacho de suburbio —a veces encaminado al pillete— se le puede convertir en un pequeño atleta con unas tablas de gimnasia y un cursillo de natación, algo tendrá de valores misteriosos el agua de piscina.

EN SEIS PISCINAS SATELITES

Tanto como la vocación profesional acertada encamina al muchacho, lo hace la educación deportiva. Un chico bien vocacionado —por la brújula del laboratorio psicotécnico a ser posible—



Los escolares madrileños, junto al agua, en la brillante clausura del VII Cursillo de Educación Física y Natación



que ha podido tener una somera educación deportiva y tiene novia en serio es casi materialmente imposible que se convierta en un ser peligroso para la sociedad; en un sujeto anti social.

Por eso los cursillos de educación física y natación que organiza la Comisión de Deportes y Festejos del Ayuntamiento de Madrid tiene un alcance muy superior al propuesto. Se sustraen a los peligros del río centenares de muchachos a los que se da una disciplina horaria y una educación deportiva en las seis piscinas satélites de la pileta municipal.

Cinco mil cuarenta y siete alumnos bajo la tutela de doscientos profesores de educación física y natación han practicado este año en siete piscinas municipales situadas en distintos barrios. La piscina de la Colonia Moscardó se inauguró en julio y su primer servicio ha sido el de participar en este VII Cursillo. Algunas son piscinas de grupo escolar municipal, otras de parque, como la de Eva Duarte, pero el hecho es que el casco urbano de Madrid está rodeado por esas seis piscinas satélites en las que se dan también las clases de natación a los escolares.

COMENZAR EN LA ESCUELA

Es como una misión que no se hace por capricho ni por modernismo, sino por un íntimo convencimiento de que el deporte debe comenzar en la escuela, porque hay que operar sobre la cara moldeable antes de que se endurezca.

—La meta son cincuenta mil

alumnos y, a ser posible, toda la población escolar de primera enseñanza que existe en Madrid, pero no tenemos suficientes piscinas. Para ese gran proyecto necesitaríamos unas veinticuatro piscinas cubiertas que, como es sabido, tienen como función más importante la natación escolar.

Don Manuel Martínez, director de la Piscina Municipal y director también de esos cursillos, habla con ilusión del éxito creciente que tienen las enseñanzas.

—La asistencia es completamente voluntaria y es siempre el padre, la madre o el tutor el que pide el alta de los alumnos contestando a las circulares que se envían a las escuelas. A veces hay que vencer un poco la mentalidad decimonónica de que los baños son malos para la salud, pero pronto se cae en la cuenta de que mucho peor para la salud es la posibilidad de ahogarse.

QUINCE MIL NUEVOS NADADORES

Desde el verano de 1953, en que se iniciaron estos cursillos, más de quince mil escolares de Madrid han aprendido a nadar y adquirieron una disciplina deportiva.

—Esperamos lograr el contagio a otras ciudades españolas, ya que, hasta ahora, Madrid es la única ciudad que organiza municipalmente esos cursillos.

El viejo campeón Manolo Martínez se siente como en la batuta de una creciente y bien armonizada orquesta. Es como el orgullo del contemplar la obra bien hecha sobre la plasticidad de la infancia escolar.

Pero hay otras muchas perso-

Los ejercicios de los alumnos tuvieron ritmo y precisión



nas ilusionadas en esta obra, la entera Comisión municipal de Deportes y Festejos; la profesora inspectora doña María Aumacellas, viuda de Granados, y tantos más. A veces parece —en este acto de clausura— que hay una emulación entre los artifices para acudir al micrófono. Como si todos quisieran expresar su justificado contento.

EJEMPLO DE LA TIERRA ADENTRO

Si este ejemplo de Madrid, capital de tierra adentro, se propaga a otras ciudades españolas como una gran campaña en pro de la natación escolar, de ello se obtendrá un gran beneficio nacional al lograrse —ya en la escuela— una aptitud generalizada en pro del más completo y armónico de los deportes.

Ya sabemos que faltan piscinas; que es escaso el profesorado de cultura física y natación; que no existe ni siquiera un texto breve de natación aplicable a la escuela y que habría que improvisar un poco las cosas, pero al hacer casi de la nada tiene una mayor emotividad y produce el orgullo de los iniciadores.

En la grada oímos una conversación en la que se dice que el aprender a nadar debería declararse obligatorio y se propone un certificado y una serie de medidas tajantes contra lo que pudiéramos llamar el analfabetismo náutico. Puede que tengan razón los que así opinan. Un señor que estaba a la escucha es aún más exigente: Nadar y conducir.

Algo habría que hacer en este sentido para que la oleada escolar actual fuese una generación anfibia, con un cuerpo sano al servicio de un espíritu limpio.

Si el oleaje de la natación escolar se extendiera a toda España municipal con los recursos del recodo de río, del mar o de las piscinas, donde existan estas instalaciones, se daría un gran paso en el evitar accidentes y en aumentar las posibilidades de salvamento.

El salvamento de naufragos constituye una de las enseñanzas de estos cursillos. Ahora vemos a un grupo de niñas que atraviesa la Piscina Municipal de Madrid en un nadar de espaldas y con las manos fuera del agua; como si sostuvieran la cabeza de una persona a salvar.

ATENTOS A «LA GRAN CASCADA»

Los aplausos premian el ejercicio de esas muchachas que avanzan en línea, acompasadamente, y cruzan, todas a la vez, el ancho de la pileta.

En este momento llegan las primeras autoridades municipales, el alcalde de Burdeos y presidente de la Asamblea Nacional francesa viene con ellas y el aplaudir se intensifica.

Con toda la piscina iluminada, los escolares se han sentado al borde y, a una señal, baten los pies formando una orla de espuma.

Un grupo de profesores llega ataviado con trajes de baño antiguos sobre una moderna «Vespa». Van a ejecutar una serie de

saltos humorísticos desde el trampolín. Una serie de piruetas grotescas que obtienen un gran éxito. Es como un intermedio de hilaridad.

El «ballet» acuático ejecutado por grupos de muchachas añade a la gracia femenina la armonía del arte de la natación. La estrella y el corro; el bañar de pies que conjuga a la jovon con la espuma.

Y, finalmente, «La Gran Cascada». En el último trampolín se enciende una cascada de fuegos artificiales. Se lanzan cohetes al aire. Los escolares del borde baten los pies y otros ejecutan un juego acuático en el centro de la pileta.

Música, pirotecnia, luz y agua se armonizan en una apoteosis final que es el triunfo de todos; los organizadores, el profesorado y más de cinco mil alumnos que, en unos meses, aprendieron a nadar para enseñar al que no sabe.

Quitarle a la muerte una posibilidad y darle a la salud mejores oportunidades ha sido el objetivo de esos siete cursillos de Educación Física y Natación que se han celebrado ya en las escuelas municipales de Madrid.

La máquina está en marcha y es bien posible que por afinidad —por simpatía dicen los técnicos en explosivos— extiendan su acción a otras ciudades, con un botar escolares al agua para que sean ellos mismos los que la domestiquen con el arte de nadar con el que se le quita al agua su piel pegajosa.

F. Costa TORRO
(Fotos Basabe.)



La clase de natación es un divertido juego para las niñas

SAN MARTIN DE VALDEIGLESIAS

ENTRE ANDALUZ Y MANCHEGO, UN PUEBLO CASTELLANO



OLIVOS, VIÑAS E HISTORIA, EN UN LUGAR DE LA SIERRA MADRILEÑA

POR la esquina oeste de la provincia de Madrid viene a caer San Martín de Valdeiglesias. El campo que rodea a la capital de España, de traza tan variopinta como es sabido, por esta parte juega la alta sierra y a los valles, a los olivares y pinos que crecen empinados entre las rocas y las viñas derramadas a lo hondo de las vegas. El campo de labor—el campo clásico de colinas pardas, de triguales ahora ya en visperas de la herida larga de los arados: el campo seco de Castilla—queda todo atrás, por tierras de Belchite alargándose hacia Extremadura.

San Martín queda un poco al norte, metiéndose en tierras de Avila, abierto todo su término en

la rica vega del Alberche, donde las estribaciones de Gredos levantan el perfil de su paisaje entre nubes, rompiendo el cielo, siempre tan azul, con sus enormes gibas siniestras, blancas todas durante el invierno.

San Martín está en el camino de Avila. Ya el paisaje enseña su postal de roca brava, de jaras y cantuesos apriscando entre las altas lajas de piedra en la misma presa de San Juan. El cemento se alza allí apretado entre los riscos, las paredes formidables donde las vetas geológicas se doran verticales a los vientos.

San Juan ve cada tarde dominiguera, ahora que el verano se escapa y que hay que aprovechar su última cola de sol, docenas de

autobuses turísticos, alegres motocicletas y automóviles de postín, por riadas, algunos con una canoa de plástico por remolque o en el «capot», para jugar al mar en la bahía lenta del pantano.

Pero esto no es San Martín. San Martín queda kilómetros adelante, más metido en la raya de las dos Castillas más en la cola de la presa de San Juan, donde justamente se alza el muro de hormigón del Burguillo, que el Alberche se sabe aprovechar hoy en todas su riqueza hidroeléctrica, a la par que se crean anchos espejos azules a la montaña.

¡Bello paisaje rodea San Martín! Sus casucas de piedra brava algunas, muchas con tejadillo y chimenea de nacimiento, todas

lucientes de cal, tendidas a lo largo del camino, con la gran iglesia parroquial por medio y, en lo más alto, la piedra tétrica del castillo, la fanfarria medieval, en cuyo torno surgió el pueblo.

LA DONCELLA DE CASTILLA EN LOS TOROS DE GUI SANDO

Mucho hay por ver en San Martín. No es el pueblo ruta turística de primer orden, se comprende; ruta turística de muchos palacios con lienzos y esculturas de firmas ilustres. Aquí la historia hizo parada por unos días, marchóse para dejar a las gentes del pueblo con sus viñas y sus olivares; volvió después, también de paso, y dejó en los dinteles de los viejos caserones los escudos de armas con toda su teoría de gules, ajedrezados, barras y leones rampan. tes dormidos en la piedra.

La historia no es mucha en San Martín. Los cronistas locales se empeñan en que si fue aldea romana, que si por allí anduvo Martín de Tours, el santo soldado de Juliano, el Apóstata de que habla el Año Cristiano; el Rey Teodomiro, que fué el primer constructor del Castillo o las siete iglesias del valle, de las que ya apenas si el sitio queda. Pero, no.

San Martín entró en la historia, en la grande Historia de España sólo por una vez y con nombre cambiado. Fue cuando los nobles castellanos se reunieron en el convento de Jerónimos de Guisando —que lleva el nombre de este pueblo abulense vecino, pero que es San Martín— para jurar fidelidad a aquella mozueta valiente que a poco habría de llamarse Isabel de Castilla.

Hoy el convento, a unos kilómetros del pueblo, es una residencia señorial con mucho romanticismo por fuera y por dentro. Vale la pena ir a verlo, solitario, al pie de la sierra sus piedras silla-

res, sus arcados, las columnatas llenas de yedra y las fuentes siempre cantando, entre árboles centenarios.

No está claro si el reconocimiento de Isabel como Reina pasó en el monasterio de los Jerónimos o al pie de los famosos cinco verracos de piedra de la vera del camino de Avila, a una legua de San Martín. Gusta más el paisaje, abierto en el valle, donde los toros de granito rumian su quietud de milenios; que sus lomos ibéricos hicieron de mesa para las escrituras; que la doncella ilustre se apoyara en uno de ellos para subir al caballo; el alto viento de Castilla en pleno campo la besara en el rostro haciéndola saltar hilachas de sus rubios cabellos; que los nobles con sus criados y su gente de armas, allí, en verdad ibérica de las toscas esculturas, la estuvieron aguardando...

Gusta más que así fuera. Y así quizá fuere. Así lo pregonan las gentes de San Martín, que lo único que les duele es que en la provincia vecina haya un pueblo que se llame Guisando.

COCHINILLO Y CORDERO ASADO

San Martín es hoy, como ayer, tierra de paso. Las tardes de domingo, ahora que todo el mundo viaja, que todo el mundo huye cuanto puede del ruido y el tráfico de las grandes ciudades, se han hecho famosos en el pueblo. La calle Canalejas, que inverosímilmente aún mantiene la placa azul en una esquina con el nombre del viejo político, por todos conceptos tan viejo, se ven llenas de mesas y mesas, de gente con el hambre espabilada por el viento de la sierra, por el día de ajeteo por entre pinos y breñas, riatos que bajan cantando hasta el valle y altos prados a la vera misma del agua tensa en los embalses.

El Mesón del Condestable es

el bar o el restaurante «chic» de San Martín. También el Los Arcos. El nombre al primero le viene por don Alvaro de Luna, señor que fue del castillo de la ciudad, pacificador también, según las crónicas de toda la comarca, que se resistía al parecer a pagar tributos de señorío y otros vasallajes.

Bien; pues en la cocina del Mesón del Condestable no da abasto en esos días. En la puerta de cristales un letrero con jaboncillo lo justifica: «Hay cochinito asado, cordero ídem, callos, champiñón, etc., etc.» No hace falta más. El cordero asado tiene un sabor especial en la sierra, en San Martín. Tiene un gusto sabrosísimo que habla de pastos bravios, de aires recios, de romero y cantueso si se quiere, incluso. Además, no es lo mismo cochinito asado o cordero puesto sobre las brasas de madera de monte que en un fogón aséptico de cocina eléctrica. Pregunten si no a qué maestro de la gastronomía como arte y ciencia que es el famoso asado, Luis Antonio de Vega.

La riada de forasteros que cada mañana y, sobre todo, cada tarde se vuelca en San Martín, le ha hecho cambiar costumbres. Los viejos en la plaza —la plaza de la iglesia donde el Ayuntamiento se abre por medio, en arco, para dar paso a una calle estrecha y en cuesta—sentados al pie de la fuente no hacen más que hablar en voz baja. Ellos, con sus bastones, con sus boinas y sus chaquetas de pana negra no comprenden lo que pasa. Los domingos no son ya domingos; la gente moza no se recula dando vueltas y más vueltas por la plaza, como pasó siempre. Ahora los jóvenes salen a la carretera, a la avenida de Cánovas, y allí venga a ir de arriba a abajo, de un lado a otro, mirando a uno, parándose con otro, diciéndole cuatro tonterías a las chavalas y jugando con ellas a los no-



Los famosos Toros de Guisando en el término municipal de San Martín, donde fué proclamada Reina Isabel la Católica



Un viejo caserón de San Martín fue sede de la Diputación Provincial de Madrid durante la guerra de Liberación, antes de ser liberada la capital

vios como si estuvieran en la plaza...

Y la plaza sola, con los viejos.

EL VINO, PRIMERA RIQUEZA

Con este desplazamiento del «centro neurálgico» de San Martín, los bares y fondas del camino son los que viven. Los de la parte alta están muertos sólo con tres o cuatro peñas de insobornables del mus o del dominó. ¡Y mira que dan buen tinto en ellos!

Bueno, en esto del vino todos por igual. Porque lo mismo el bar de Simón que el de Pepe, en la carretera que todo el resto, lo venden bien barato y bueno.

El vino es la principal riqueza de San Martín. Ahora lo va siendo el turismo, las aves de paso en las motos y los coches, pero menos. Lo principal está en la tierra, en lo que produce, de lo que viven las cinco mil almas apegujadas en torno al castillo.

El vino de San Martín es tinto, tinto pastoso, de mucho cuerpo, una pizca embocado con una brizna de azúcar, digan lo que quieran los entendidos del pueblo. También el blanco es bueno, sedoso, más seco, aunque también, si se paladca con tinto, enseña siempre un regusto de mosto.

Esto no es malo. Ahora lo que no se puede es presumir de vino seco, seco a rajatabla.

En el Bar Azul se habla de vinos. El Bar Azul, pese a su nombre de cabaret parisiense no sabe de ser la habitación que da a la calle, bien arregiada, de una de las nuevas viviendas protegidas, realizadas hace solo unos años. El Bar Azul se llama así porque el dueño, Manolo, ha pintado toda la fachada de calamecha de color añil. La cosa, por rara, gusta.

Este vino es seco.

—Que no hombre, que no; lo ha quedado un poquitín de guiso.

—Bueno, pero es seco.

—Es seco, no vamos a discutir.

—Este es el vino de la Cooperativa. ¡Mira que es bueno! Dilo tú, Pepe.

Manolo asiente y llena su vaso.

La Cooperativa está en frente. Es esto ya el camino de Avila, casi en las afueras de San Martín, el camino de los Toros de Guisando, de los pantanos y los pinares de leguas y leguas.

La Cooperativa tiene la bodega más grande del pueblo. No sé la capacidad total que tendrá porque nunca entendí de hacer cuentas. Uno contó hasta 60 depósitos de 600 arrobas, según me dijeron, y otros seis enormes, cuadrados, que pueden alojar 1.200. Ahora están todos vacíos, abiertas las espitas recibiendo el chorro de las mangueras que lo baldean, preparándolo para la vendimia inminente.

UNA GRAN COOPERATIVA VINICOLA

En verdad, la vendimia ya ha empezado algo en San Martín. Las uvas tempranas de los «colbillos» las que otros años se dedicaban al «verde» en los mercados de Madrid, a venderlas como fruta de mesa, las tormentas las picaron y ha habido que echar las a los lagares, que rinden económicamente menos, como se sabe, aunque den a las uvas el destino bendito y auténtico para que fueron por Dios creadas.

Así, el gran embudo de cemento donde los camiones y las carretas vuelcan la dulce carga de las viñas, está ahora repleto en tre avispas que no paran dándose el gran banquete, en tanto se ultimar dentro la limpieza de las molturadoras, los pozos de cemento para el mosto, la gran prensa circular, las máquinas negras que ya huelen a crujo.

La Cooperativa Sindical es una de las grandes glorias modernas de San Martín de Valdeiglesia.

Cuando los del Sindicato hablaron por vez primera en el pueblo de fundarla, hubo quien se llevó las manos a la cabeza. Que si eso es mucho dinero, que si qué pasará si la cosa no resulta, que si nos empeñarán las tierras por eso... Lo de siempre. Hubo hasta quien defendió el sistema que hasta entonces regía en el mercado de las uvas: la venta urgente a última hora, aguantando y aguantando la corta de los racimos hasta que se fijara un precio. Después, los que tenían bodegas, cubas y prensas, se salían siempre con la suya.

Para evitar esto, se fundó la Cooperativa. San Martín es pueblo donde la propiedad está muy repartida, en manos de los más. Todos son ricos, pequeños propietarios, aunque lo que se dice rico, de verdad ricos hay solo unos pocos. Los demás, su tirita de tierra de viña que se cuida con mimo y esmero a lo largo del año; se castra, se cava, se escarda y se poda, siempre fiel al calendario mítico que inventaron, según dicen, los griegos.

La Cooperativa nació para regular todo esto, para dar préstamos honrados y después hacerse cargo de las uvas a precios justos. Pero sólo noventa pequeños propietarios se atrevieron con la aventura económica. Todo cuajó, y ahora, los que no se atrevieron a echar la firma, están que se muerden las uñas. Por eso Sindicato tiene en marcha la ampliación de la Cooperativa, construir otra bodega mayor para dar cabida a los mostos de todos.

NUMEROSAS REALIZACIONES DE LA DIPUTACION PROVINCIAL

Pero en San Martín no todo es el vino. También cuenta el acei-

UNID D EN LA EMPRESA

CUANDO se propugna —y hoy se propugna, bien dicho, en casi todos los países— lo que suele denominarse una «dilatación progresiva de los recursos económicos», resulta difícil comprender cómo puede alcanzarse esa gran meta si no se resuelven previamente determinados problemas tanto de orden económico como social e incluso político, y no se conforma también la estructura económica del país respectivo a las exigencias del camino que se pretende recorrer. Porque la disociación entre esa magna aspiración y una estructura inadecuada al respecto invalida, desde luego, todo resultado práctico y todo avance positivo.

Cada día resulta más necesaria una información estadística, minuciosa y actualizada que refleje objetivamente los avances tanto económicos como sociales que se logran en el país respectivo. Aunque hoy por hoy no disponemos de este factor importantísimo para valorar desde ese punto de vista un determinado proceso económico, puede adelantarse que en el transcurso del último cuarto de siglo, de tanta significación e incluso de tanta trascendencia para la historia económica, los avances logrados han sido más importantes en el campo de la producción que en la configuración de los elementos productivos a las realidades económicas y sociales de nuestro tiempo. Dicho de otra manera, se ha logrado que la máquina de la producción se perfeccione y eleve, a veces sustancialmente, su rendimiento, pero la empresa que financia y hace producir a esa máquina sigue siendo aún en muchísimos casos, tanto en el aspecto social y económico como en el jurídico, la misma de hace no ya un cuarto de siglo, sino mucho más tiempo.

Sería mucho más interesante determinar hasta qué punto esa a veces anacrónica configuración de la empresa imposibilita, o por lo menos retrasa, un aprovechamiento más satisfactorio, más positivo de los grandes, sorprendentes adelantos científicos y técnicos modernos aplicados o utilizados en la producción tanto industrial como agrícola. De todos modos resulta evidente que para un país como el nuestro, lanzado animosa y decididamente a potenciar todas sus fuentes de riqueza y a conseguir un desarrollo económico en consonancia con las posibilidades de sus propios recursos, adaptar la empresa a la problemática de nuestros días constituye una cuestión fundamental y de solución inaplazable. Sería también ilusorio,

por ejemplo, que pretendiéramos conseguir una elevada producción industrial agrícola, aun contando con todos los elementos materiales necesarios, si la célula básica de la producción, es decir, la empresa, no actúa y se desenvuelve adecuadamente, o sea, si todos los elementos y todas las posibilidades de la empresa no se aprovechan en la máxima y más ventajosa medida.

Apenas es necesario insinuar en el hecho de que difícilmente, muy difícilmente podría llegarse a ese resultado si en la empresa no concurren determinadas circunstancias no solamente técnicas y económicas, sino también de convivencia humana. Conforme pasan los días, sin duda alguna, estas últimas ofrecen una mayor significación e incluso una mayor trascendencia. En el desenvolvimiento de una empresa, la unidad y la más perfecta armonía de cuantos en ella trabajan representa un factor capitalísimo, al que cada día, en todos los países progresivos, se concede mayor importancia. La intervención del Ministro Secretario General del Movimiento en el acto de clausura del curso de verano organizado por el Instituto León XIII en el Monasterio de la Santa Cruz del Valle de los Caídos constituye una prueba más de nuestras aseveraciones. Hay que unir a empresarios y a trabajadores, es decir, a los dos elementos humanos de la empresa. Vamos a una concepción nueva de la empresa, de modo que ésta habrá de configurarse de manera que en ella participen y se responsabilicen todos. Es necesario forjar, y ya se ha forjado en parte y se sigue forjando cada día, una conciencia que actúe en la actividad de la empresa de acuerdo con los grandes intereses nacionales, y, por tanto, ajena a todos los resabios y a todos los radicalismos de tiempo ya superados. Estas han venido a ser esencialmente las afirmaciones del Ministro.

Esta unidad humana en la empresa es la mejor prenda de unos altos rendimientos económicos y de una verdadera justicia social. Es también acaso el mejor seguro para el empresario y para el trabajador, cuyos intereses legítimos encuentran en ese clima tan propicio la más favorable coyuntura para su equitativa conjugación. Pero además representa uno de los elementos más positivos y alentadores para conseguir el máximo y más adecuado aprovechamiento de los recursos económicos de cualquier país, del que se derivará un florecimiento y un nivel económico que a todos beneficiará.

te, que no es cualquier cosa en la economía del pueblo. De cómo ha mudado ésta en los últimos años, se advierte no ya en los balances estadísticos, que nada dicen a quienes no los entienden, sino mirando las nuevas viviendas por todas partes levantadas, la gente que bien vista y gasa las nuevas escuelas y edificios públicos.

Una de estas obras, ya casi ultimada, es la de la gran almazara. Ya está todo casi listo en ella para prensar la aceituna de la próxima cosecha. Ya, casi hasta huele en ella a orujo a ruidos de esparto, a alpechín fureto rodando como un pequeño río, en busca de los caños.

San Martín es por esto mitad andaluz, mitad manchego: aceite y vino son sus riquezas. Sólo de esto, en verdad, vive.

—¿Y ha cambiado mucho el pueblo de la guerra para acá?

—¡Que sí ha cambiado! Le digo a usted que esto era un corral de vacas!

—Ya sería menos.

—¡Que sí, hombre, que sí! Se lo digo yo. Mire usted, no estaban ni esa barriada, ni esa, ni la otra de delante del castillo. ¿Ve usted los tejados?

Además de las barriadas nuevas, lo que destaca en San Martín son los edificios públicos: el Cuartel de la Guardia Civil, donde tiene despacho el capitán, como cabeza de partido judicial que es el pueblo; la nueva clínica del Instituto Nacional de Previsión; el lavadero público; la plaza de toros.

Cada uno de estos edificios tiene su historia. El Alcalde, don Juan Antonio Blandin, me cuenta cosas de ellos, vicisitudes que pasaron, llos de presupuestos contratistas. Lo de siempre. Pero al final, se acabaron y ya están listas, funcionando.

El lavadero ha sido construido por la Diputación Provincial. Antes, la gente iba a lavar la ropa a la fuente de las Dueñas, que no era otra cosa sino un pilón viejo. Las mujeres, se arrodillaban en el arroyo; las mañanitas de sol, cuando subían con sus canastas llenas de ropa en la cintura, armaban siempre la de San Quintín, por aquello de los sitios de cada una. Esto se acabó de la más higiénica manera, levantándose el gran lavadero público. El agua sigue siendo la misma la de la fuente de las Dueñas, solo que ahora encauzada en tubería de plomo, y llevada al interior de un bonito y espacioso edificio de piedra roqueña, con mucho cristal y mucha luz, donde en una gran fila de pilones cada vecina se las entiende con su jabón y su ropa.

Lo malo es que, según los optimistas del pueblo, pronto se va a acabar lo de ir las mujeres al lavadero público. Cada vez son más las que dan lata y consiguen del marido que les compre una lavadora eléctrica a plazos. Y esto, ojalá en todas las casas pasará pronto, que es signo de que todo prospera.

EN SAN MARTIN, EL «DIA DE LA PROVINCIA»

Otra cosa de admirar en un pueblo pequeñito como San Martín es su mercado, con cámara

frigorífica y todo, también construido en estos años. Pero la gran obra de San Martín es la traída de aguas. El pueblo, pese a tener la sierra a la vera, pese a ver rodar el río por la vega abajo, hasta hace poco no tenía más agua que las de las fuentes, que a veces fallaban durante el verano y no daban nunca abasto.

La traída de aguas ya es una realidad, un hecho que está funcionando, alimentando a los cinco mil habitantes. Y lo bueno es que todavía, oficialmente, no han sido inauguradas las obras. El protocolo debe ser siempre cosa secundaria. En San Martín lo es en efecto.

Ahora, esto no quita que el pueblo no guste de los días pasados, se sienta al margen de fiesta, no le agrada ponerse el traje nuevo de las banderolas y los farolillos. Un día de primeros de octubre, San Martín va a ser escenario del Día de la Provincia, la simpática fiesta que organizan algunas Diputaciones de las provincias españolas. La de Madrid, con el marqués de la Valdivia al frente, se desplazará hasta el mismo San Martín, para dar fe gozosa del constante hacer de este pueblo, próspero y trabajador como el primero.

Entre los actos de ese día figura una visita al castillo. Ciertamente nada más turístico de San Martín que su fortaleza, excelentemente restaurada hoy. Hace treinta años sólo se conservaba del alcázar de don Alvaro de Luna los muros de la barbacana, entre otros del castillo propiamente, nido solo de grajos y demás alimañas del viento huéspedes de las ruinas.

Entre las piedras, aparecían los ventanales góticos llenos de jaramagos. Pero todavía estaba casi intacta gran parte de la fortaleza, que levantara en los días del románico el príncipe Teodomiro. Como en sus días heroicos, el rastrillo de hierro aún estaba en el pórtico, festoneado por dos torretas gemelas.

Hoy todo se halla restaurado y en un admirable estado de conservación. Los actuales propietarios de la fortaleza han sabido plantar yedras en los más bellos rincones del patio de armas, entre los paredones de piedra desnuda de la barbacana, creando rincones de frescor donde se respira denso el perfume romántico de los tiempos que fueron.

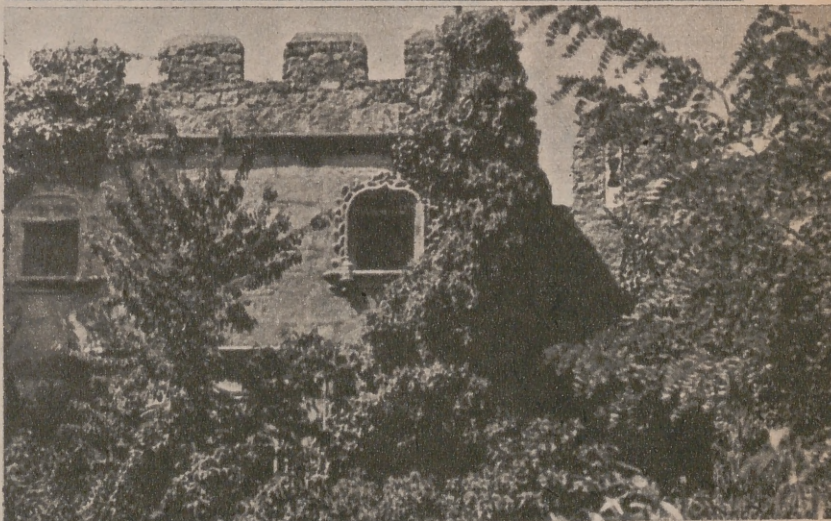
En su soledad, al pie las piedras bravas, bajo los matacanes que hechos para el aceite hirviendo y el fuego, hoy las flores y el verdor asoma. No es difícil imaginar a la Reina Isabel paseando por las almenas, en las vísperas de su proclamación como Reina de Castilla. Por las altas balaustradas, por los corredores, por los ventanales que abren a poniente, la tarde fluye lenta. El sol se enciende en sus fulgores últimos. El cerro de Guisando al fondo, se empina negro en la crestería de sierras del horizonte. Las piedras de la fortaleza se tiñen de sangre, de oros cárdenos. Todo es paz, silencio.

Federico VILLAGRAN
(Enviado especial)

(Fotografías de Mora.)



El edificio del Ayuntamiento se abre en arco, bajo el balcón principal, para dar paso a una estrecha y pintoresca calle del pueblo



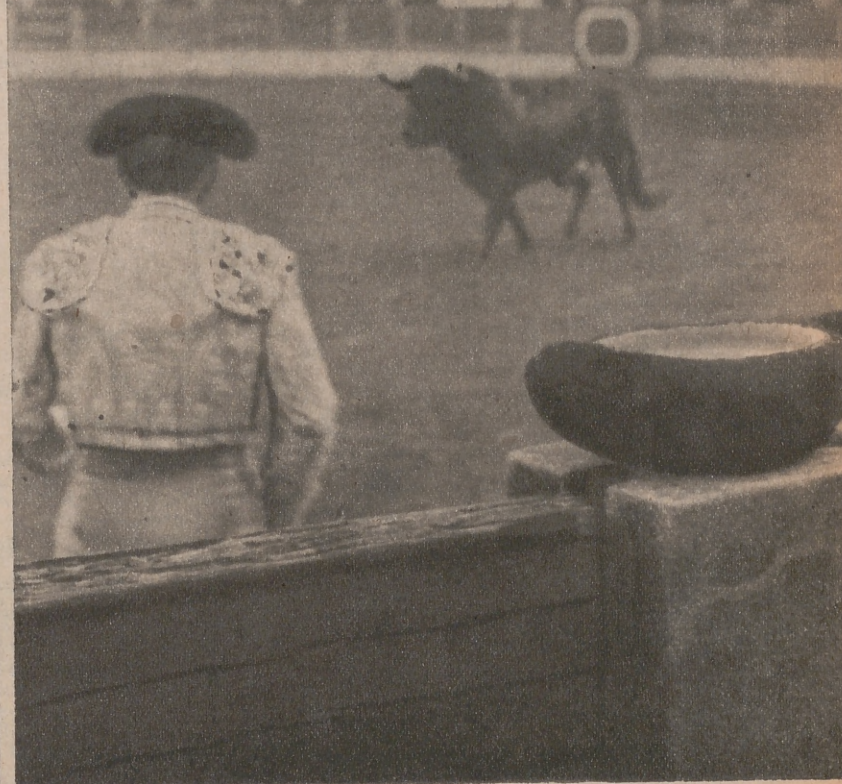
La vieja fortaleza de San Martín ofrece románticos rincones, bellos ventanales abiertos al campo

VUELTA AL RUEDO DE LAS PLAZAS ESPAÑOLAS

ENSEÑANZAS DE UNA TEMPORADA TAURINA QUE ESTOY CERCANDO A SU FIN



Ha terminado la faena. Chamaco, preocupado, piensa en la próxima



LOS QUE ESTABAN Y LOS QUE LLEGAN EN EL ESCALAFÓN DE LAS ACTUACIONES

Bien puede decirse que la temporada taurina ha finalizado nominalmente ya, mucho más después de los incidentes surgidos y las sanciones acordadas en la manchega Feria de Albacete.

Como toda la afición conoce, ha sido impuesta a los matadores de toros Antonio Ordóñez y Miguel Mateo (Miguelín) la multa de cincuenta mil pesetas a cada uno y la inhabilitación de un mes para actuar en toda clase de espectáculos taurinos, aparte de otras sanciones económicas y de suspensión a ciertos picadores de sus respectivas cuadrillas.

Los antecedentes de tales hechos son, a grandes rasgos, de la siguiente forma. Por infracción de determinados puntos del vigente Reglamento taurino —concretamente de la forma de picar a los toros— la autoridad gubernativa había impuesto ciertas sanciones económicas y de inhabilitación, previstas en el Regla-

mento para casos de su vulneración, a los picadores Manuel y Enrique Silvestre Gómez, de la cuadrilla de Antonio Ordóñez, y al también picador Antonio Changa Blanco, de la de Miguel Mateo (Miguelín).

Los espadas titulares de estas cuadrillas se veían, por tanto, obligados a prescindir de subalternos de su confianza, ya que en atención a sus méritos profesionales, así habían sido por ellos contratados. Como es lógico, al tener que sustituirlos por otros picadores de evidente menor categoría, puesto que los considerados como eficaces en la profesión por ley natural estaban ya contratados con otros espadas, ambos matadores saldrían, en lógica suposición, perjudicados desde un punto de vista profesional y artístico.

Basándose en este humano temor —reflejo por otra parte de escasa confianza en las propias fuerzas artísticas de ambos es-

padas— tanto Antonio Ordóñez como Miguelín, valié, dose de subterfugios totalmente inadmisibles, hicieron caso omiso de las sanciones contra dichos picadores y consiguieron que dichos sancionados actuasen en diferentes plazas de toros durante el periodo de inhabilitación, unas veces sin modificación de nombres en el cartel, otras con nombres supuestos.

El viernes 11 de septiembre, Albacete daba su segunda de Feria con Pepe Luis Vázquez, Antonio Ordóñez y Miguelín en el cartel. Al verificarse los trámites reglamentarios para la celebración de la corrida, la autoridad dispuso, en el estricto cumplimiento de su deber, que los subalternos citados no podían actuar en dicho festejo. Volvieron a ponerse en práctica las argucias, los engaños y las presiones para que, como en anteriores ocasiones, actuasen tales picadores, pero la autoridad se mantuvo en su puesto no dando el correspondiente visado hasta que en los carteles no aparecieron nombres de picadores exentos de sanción.

Sin embargo, a la hora de hacer el paseillo, la autoridad pudo comprobar que los picadores anunciados en el programa no solamente no estaban vestidos de luces, sino que ni siquiera se encontraban en Albacete, sucediendo lo contrario con los picadores sancionados que aparecían montados en sus jamelgos, dispuestos a participar en la corrida.

A la vista de los perjuicios que podían acarrear a los numerosos aficionados que se habían desplazado de pueblos de la comarca, se trató, como último remedio, de buscar un arreglo entre los tres picadores «útiles» que quedaban, los dos de Pepe Luis y el de Miguelín, para que entre los tres picasen toda la corrida,

fórmula que no fue aceptada por tales picadores. Se quiso que Pepe Luis, entonces, actuase como único espada, a lo que el diestro de San Bernardo no accedió, por la íntima razón de que difícilmente podría obtener un mediano resultado artístico con seis toros, por falta de facultades y recursos profesionales.

Resumen, después de media hora de gestiones, los altavoces de la plaza anunciaron la suspensión de la corrida, devolviéndose el correspondiente dinero. El público aceptó, con alto ejemplo, la decisión y se formaron las colas oportunas.

La autoridad, haciendo uso de su derecho, decretó la detención de Antonio Ordóñez y Miguelín, que permanecieron en la Comisaría desde las seis menos cuarto de la tarde del viernes hasta las cinco y cuarto de la tarde del sábado, en que fueron conducidos por los representantes de la autoridad hasta el límite de la provincia, donde fueron puestos en libertad.

El sábado, el diestro Curro Girón tenía un picador en las mismas condiciones: inhabilitación. Curro Girón buscó sustituto y lo halló. Sin embargo se dio el vergonzoso espectáculo de que Curro Girón tuviera que pedir protección a la Policía Gubernativa para trasladarse a la plaza, ante el temor de que las presiones que sobre él se ejercieron para que no tomase parte en la corrida, por elementos aynes o los dos diestros sancionados, se tradujesen en acciones de las que pudiera derivarse algún daño para su integridad física.

Antes de celebrarse la corrida del sábado, por los altavoces de la plaza de Albacete se procedió a la lectura del telegrama del Director General de Seguridad que hacía públicas las sanciones

referidas, telegrama que fue subrayado con una unánime ovación.

• Y empezó la corrida.

LA VERDADERA CATEGORÍA DE UN PRIMER ESPADA

Sin embargo, este hecho bien merece un comentario y no favorable, por cierto, a los que lo han promovido.

Como es lógico, nada puede objetarse a la decisión de la autoridad, justa a todas luces, verificada en el cumplimiento de su deber y con el Reglamento en la mano. Lo mismo hubiera procedido en el caso de primeras figuras que en el del más modesto novillero. La ley es igual para todos y precisamente la garantía de los débiles está en esta igualdad.

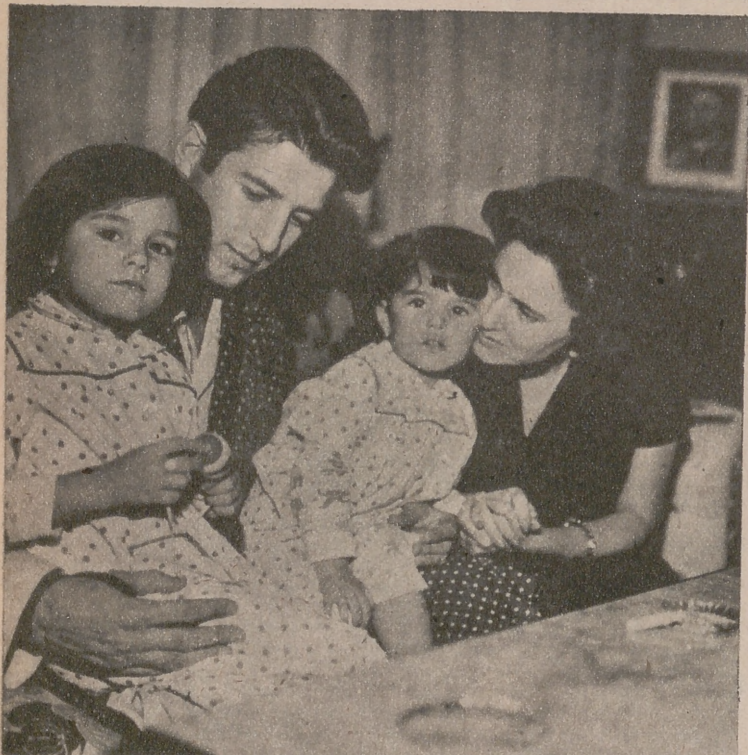
Ahora bien, el que un matador de toros de la categoría de Antonio Ordóñez —superior sin duda a la de Miguelín, aunque todos estos razonamientos puedan extenderse por igual, en su debido plano, al último de los diestros citados— no pueda prescindir en una corrida de los servicios de dos determinados picadores, dice bien poco en el favor de su capacidad artística. Un ignorante en estas cuestiones podría preguntarse. ¿Es que son más importantes los picadores Silvestre que el propio Ordóñez? ¿O es que los picadores Silvestre gozan del poder superior de «preparar» al toro tan en su punto, que sin ellos su matador se ve en la imposibilidad de hacer faena? ¿Es que Antonio Ordóñez no puede con los toros si no han sido éstos picados por los Silvestre?

A la vista de los hechos parece ser que ello es así. Es decir, que el matador Antonio Ordóñez, llevado y traído en las páginas de las revistas extranjeras como el matador número uno de España, se ve reducido a la impotencia taurina si no cuenta con el auxilio precisamente de los varilargueros Silvestre.

Más bien parece que el matador Antonio Ordóñez no es primer matador porque sencillamente no puede con los toros. Un espada de primera categoría, un espada que se juzgue de ser el primero, el mejor de todos, señor de la torería, debe de lidiar no ya toros de ganaderías escogidas, sino toda clase de toros. Y dejando a un lado el que prefiera lidiar toros de vacadas de mayor garantía por comodidad y seguridad en la forma de embestida, constituye caso insólito y que mueve a la risa y a la burla, desde un punto de vista profesional, que un primer espada, de categoría especial, no sepa torear sin el concurso preciso de dos «virtuosos» de la pica. ¿No es deplorable que a sus alturas, con todo su prestigio, su fama y su leyenda, Antonio Ordóñez tenga que pasar veinticuatro horas en una Comisaría igual que cualquier desarrapado embaucador, autor de timos de poca monta?

Extendemos todo ello al señor Mateo, claro que éste sin la valía teórica del señor Ordóñez.

Segundo punto: los elementos



Ordóñez, uno de los «grandes» de la temporada, entre corrida y corrida, descansa con la familia



El reglamento da normas estrictas en la suerte de varas, la más impopular de todas

consejeros del espada. No todos, claro es, sino precisamente aquellos que amenazan o presionan a otros toreros para que dejando de actuar en una singular solidarización taurina, no ya se pongan enfrente de la autoridad, vulnerando sus órdenes, sino que se coloquen a la misma ridícula altura de los que, con sus hechos, demostraron una falta absoluta de amor a la profesión, de poder, de sabiduría y, en suma, de categoría.

El mejor matador de toros es el que torea honradamente, en el noble competencia, basado en la maestría de sus conocimientos y de su arte —que arte es, desde luego, la fiesta nacional— y no tiene que apoyarse ni andar con los sostenes de picadores disfrazados, ganado superescogido, compañeros que no hagan sombra ni demás componendas que

convierten al torero en cualquier negociante que sólo desea, al finalizar el año taurino, obtener el mayor saldo posible de dinero en su balance.

Si éste es su propósito, entonces ros parece bien que haga cuantas investigaciones, ayudas, combinaciones, maquiavelismos, grupos, etc., pueda realizar. Pero que no se deje retratar en las revistas españolas y extranjeras, al lado de personajes universalmente famosos, como el mejor matador de toros de España.

EL ESCALAFON DE LAS ACTUACIONES

Y olvidadas ya y esclarecidas las categorías, demos un repaso a la temporada taurina, con cosas y casos, dentro y fuera del anillo.

Empecemos por el escalafón;

mejor dicho, por el número total de festejos. Indudablemente Curro Girón será el matador de toros que mayor número de corridas alcance: unas setenta y cinco u ochenta si no tiene algún percance; le seguirá Jaime Ostos, con unas pocas menos, y luego un grupito en el que se encontrarán Gregorio Sánchez, Ordóñez, Luis Miguel y Miguelín. Después, lo que pudieran llamarse el segundo pelotón: Curro Romero, Julio Aparicio, Diego Puerta, Joaquín Bernadó, Victoriano Valencia, Chicuelo II, Antonio Bienvenida, Luis Segura, Mondelío y Chamaco. Y luego los restantes cuarenta y tres matadores de toros que junto con los dieciséis anteriores suman un total



El famoso novelista norteamericano Hemingway ha seguido de plaza en plaza las actuaciones de su amigo Ordóñez.

LOS QUE ESTABAN Y LOS QUE LLEGAN

de cincuenta y nueve matadores que —ya habrá todavía alguna alternativa—, redondearán la cifra de las seis decenas de espadas que han toreado, unos más otros menos, en la presente temporada en España.

En el campo de la novillería, Paco Camino alcanzará alrededor de las cincuenta, cifra mucho menor de la que otros años sumaron los novilleros punteros. En el grupo de las veinte a las treinta y cinco corridas de novillos aparecerán los nombres de Luis Alfonso Garcés, Curro Montes, Victoriano de la Serna, Pepe Osuna, Rafael de Paula, Alfredo Sánchez, José Julio, Andrés Hernández, Limeño y Francisco Rodrigo. Once nombres a incluir en la lista total de los ciento noventa y tres novilleros que han tomado parte en novilladas debidamente programadas.

De los trece rejoneadores activos —tres de ellos son mujeres, Paquita Rocanora, Amalia Carbó e Isa Millán— Ángel Peralta continúa al mando del grupo seguido de su hermano Rafael, y ya a más distancia, Josechu Pérez de Mendoza, Salvador Guardiola y Bernardino Landete, hasta el final.

Desde las corridas de la sevillana Feria de abril y la madrileña de San Isidro, hasta las Ferias de Salamanca, pasando por los festejos norteños, han variado, en bastantes casos, los gustos, las combinaciones, las preferencias y los aplausos del público.

Dentro de las combinaciones, esta temporada ha traído el arreglo económico artístico de la compañía Luis Miguel Dominguín-Antonio Ordóñez. Y debe de hablarse de compañía y no de competencia, porque si bien los manos a manos celebrados —y otros programados que no tuvieron lugar por cogidas de alguno de los diestros— despertaron indudablemente el interés del público, ninguno de los espectadores esperaba que tanto Ordóñez como Luis Miguel iba a «dejarse la piel a tiras» por ganar la partida a su cuñado. Igual Luis Miguel que Ordóñez aprovecharían sus respectivos toros sin esforzarse, tónica ésta del no esfuerzo que impera hoy entre las figuras colocadas en la fila primera de la torería.

La temporada de Ordóñez y la de Luis Miguel se ha caracterizado, pues, por la comodidad. Comodidad en fechas, en carteles, en programas. Ni uno ni otro

han añadido nada nuevo a lo que no se les conociese.

La otra atracción de la temporada —atracción relativa, claro es, para los viejos aficionados— estaba en el resultado de las actuaciones de Pepe Luis Vázquez. El indudablemente fino torero de San Bernardo ha respondido a lo que ya se preveía. Nada de exposición, de ir a la lucha; aprovechar el excesivamente fácil torito y dar, por lo que a resumen artístico se refiere, una sola tarde en toda la temporada; la famosa corrida de San Isidro en Madrid, en compañía de Julio Aparicio y Antonio Bienvenida. Si Pepe Luis Vázquez este año llega a las veinte corridas de toros y se decide a seguir la temporada que viene en activo, no creemos que para 1960 contabilice más de la media docena. Y eso por amistad y compromiso. Que el genio y figura no pueden, por mucho que se quiera, ni borrarse ni transformarse.

Jaime Costos, segundo de la «casa» Dominguín, ha seguido en ese plan: de segundo. Torero de cierta seguridad, sin hacer sombra a los cabezas, constituye una garantía para las empresas que pueden barajar su nombre para contentamiento de aficionados.

De los nuevos, Miguelín, Curro Romeró y Mondoño puede decirse que son los que con más ímpetu han luchado. Menos, el primero, a medida que ha ido pasando la temporada, bien por lesiones, bien por ocultos males, se ha ido desinflando en su «tremendismo» que parece ser ha caído en el disfavor de los espectadores; más el tercero —castigado por las cogidas—, que ha traído un aire distinto a los toros, con un lejano recuerdo al insustituído Manolete. Del segundo, que unas veces ha amezado con ser flor de un día, queda abierto, no obstante, un margen a la esperanza.

De las otras alternativas modernas —Antonio González, Abelardo Vergara, Diego Puerta, Victoriano Valencia, etc.— tampoco ha pasado ninguno a figura indiscutible. La profesión es dura y lo primero que hay que tener, además de predisposición, es firmeza y decisión. Y torear todo lo que salga.

Lo que más flojo anda este año es la novillería. No hay novillero o novilleros punteros indiscutibles. Barcelona, como todas las temporadas, ha tratado de fabricarse una figura Ausente o en indudable baja Chamaco, don Pedro Balañá ha intentado buscar un sustituto. Paco Camino ha sido el novillero escogido, pero aunque ha tenido estimables aciertos, no ha llegado a emular, ni en la décima parte, aquel furibundo entusiasmo de la época dorada del chamaquismo.

En Madrid han tenido éxitos sonados Martín Sánchez (Pinto), Manolo Carra y Antonio Codeseada. Y por las tierras ardaluzas parece ser que Limeño y José Julio han despertado las un tanto dormidas ilusiones de los aficionados.

En cuanto al panorama ganadero, la tónica no ha variado. Siguen las ganaderías su línea de reprimir casta y bravura en fa-

vor de la suavidad, docilidad y poco poder, y salvo los tradicionales nombres prestigiosos, como los de Tullio e Isaías Vázquez, cuyas ausencias cada vez son más prolongadas en los carteles, las ferias españolas se surten de los adecuados nombres salmantinos y andaluces.

UN AÑO NORMAL EN COGIDAS

Sobre el número de toreros heridos se ha dramatizado con exceso, sobre todo por algunas partes en ello interesadas.

Decía Pedro Romero, verdadero maestro de la tauromaquia, que la cogida correspondía a una falta de sabiduría o a una equivocación del diestro. En términos generales, ello es así. En esta temporada, muchos matadores de primera clasificación —Ordóñez, Luis Miguel, Ostos, Miguelín, Curro Romero, Chicuelo II, Diego Puerta, Mondeño, etc.— han tenido cogidas. Salvo la de Diego Puerta, que amenazó con interesar el hígado, las demás no han pasado de ser puntazos más o menos profundos y más o menos corridos.

Lo que pasa es que han coincidido las cogidas de Ordóñez y Luis Miguel, y entre el imperioso reportaje de actualidad y la popularidad de los matadores en el extranjero, se ha llegado por algunos a calificar poco menos que de desgracia nacional, los percances a estos matadores, percances lógicos de la profesión.

La única cogida verdaderamente grave fue la del novillero Poséle en Valencia, con rotura de la femoral, que pudo salvar la vida gracias a la rapidez y pericia de la intervención quirúrgica.

UNA ATRACCION ENTRE BARRERAS, ERNESTO HEMINGWAY

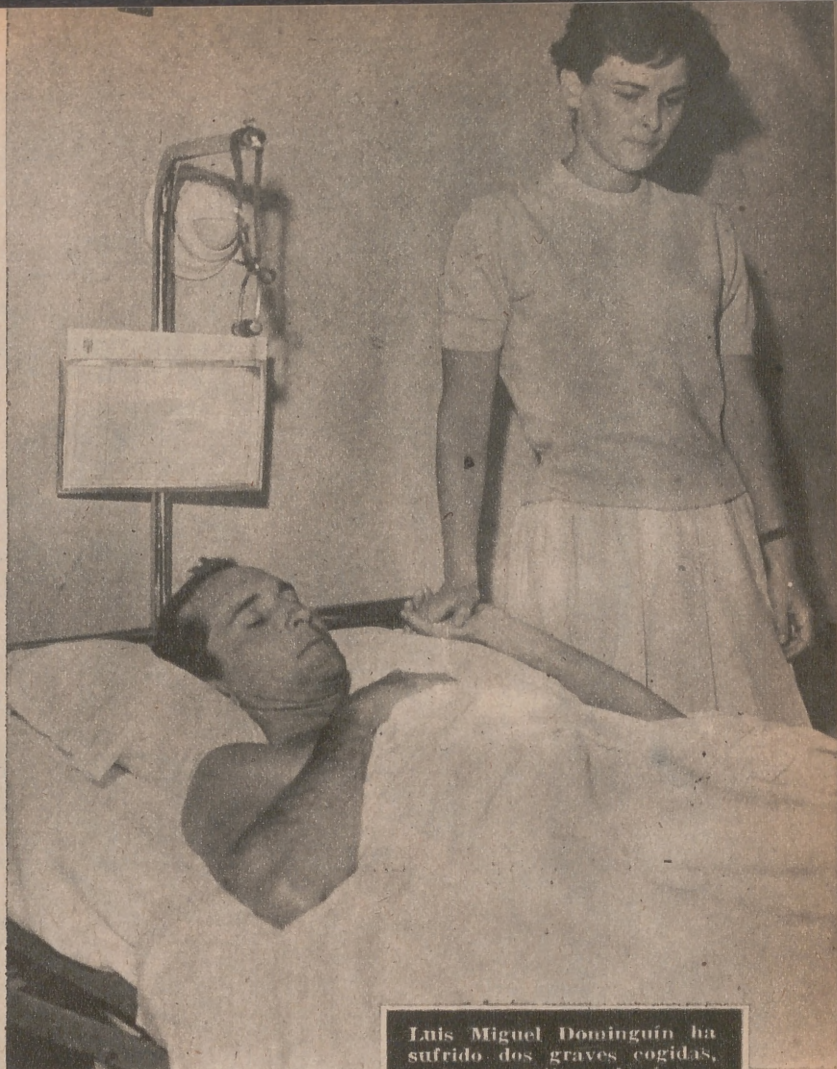
Por último, el público; el público y su derivación: el resultado económico para las empresas.

En el público ha habido este año un espectador casi permanente y bien conocido: el escritor americano Ernesto Hemingway, amigo de gran número de toreros españoles.

En casi todas las ferias ha podido verse al escritor, barba blanca y gorra de visera, entre barreras cuando no haciendo las veces de ocasional mozo de espadas. Hemingway, casi, aunque no se anunciase, venía a constituir una atracción más al festejo; a aunque esta atracción fuese más reducida, ya que los aficionados que le conocían eran naturalmente muchos meros que los que se sabían de memoria los nombres de los matadores.

Por lo que respecta al resultado económico, la temporada ha seguido la misma línea boyante que viene conservando desde hace bastante tiempo.

La ausencia de Manolete, con el consiguiente despasiónamiento público, se ha visto reemplazada, en lo que a la parte taquíllero se refiere, por el refuerzo del turismo. Cierto es que los carteles no se montan pensando en el turismo, sino en la conjun-



Luis Miguel Dominguín ha sufrido dos graves cogidas, casi consecutivas. Aquí aparece en el sanatorio; al lado, su esposa, Lucía Bosé

gación de nombres, ganaderías, fechas e intereses; pero también es verdad que si no fuese por el turismo, a la hora de liquidar los beneficios éstos habrían sido mucho menores.

La temporada española, pues, está tocando a su fin. Sólo quedan, de importancia, la feria de Valladolid, la del Pilar y algunas corridas de Madrid. La temporada, en lo artístico, no ha aportado nada nuevo a anteriores épocas; en lo formal nos ha traído el mantenimiento firme y honesto de un Reglamento y de unas disposiciones y de un poder que vela por su ejecución. Y esto, la verdad, es uno de los mayores éxitos para la afición que se sienta en los tendidos.

José María DELEYTO
(Fotos Europa Press.)



Miguelín (en el centro) conversa con algunos de los componentes de su cuadrilla, después del escándalo de la Feria de Albacete



EL PILOTO QUE NO REGRESO

NOVELA por Paulino POSADA

I

Exactamente a las treinta y seis horas de haber sido disparado de la base de proyectiles interestelares, dejaron de recibirse las últimas señales del piloto BX-17. Durante todo ese tiempo la comunicación había sido normal. Todas las incidencias del despegue y partida, el paso de la atmósfera a la estratosfera, la superación del campo gravitatorio terrestre, el tránsito tangencial sobre la órbita de Marte y las primeras horas de tranquila navegación por el espacio «vacuum» rumbo a la constelación de Hércules, fueron transmitidas con toda claridad y regularidad por el piloto ahora silencioso. El jefe de la base, que seguía la marcha del proyectil, preguntó al operador dé radio:

—¿No ha recibido usted más noticias de BX-17?
—Ninguna, después de la última, a las treinta y seis horas de la partida.
—Es extraño, ¿verdad?
—Completamente. Es un caso muy raro.
—Deme el último radiograma.
El parte postrero decía lacónicamente:
«Todo normal desde hace 21 horas y 35 minutos que navego por el espacio «vacuum», con el Sol de la Tierra a la derecha. Volveré a comunicar en seguida.—BX-17.»
—Es verdaderamente extraño —comentó el jefe, con gesto preocupado— Siga usted llamando sin interrupción. A ver si capta alguna respuesta.
Pero el tiempo transcurría y no se recibía comunicación de BX-17, ni siquiera su señal de sintonía.

Al difundirse la noticia de su silencio por la base, una ansiosa expectación dominaba a todos los miembros del mando y personal subordinado. Era la primera vez que tal suceso se producía. El impenetrable enigma obsesionaba a los grandes especialistas de los vuelos intersiderales, que hacían toda clase de conjeturas más o menos científicas. Los más optimistas esperaban todavía obtener alguna noticia de BX-17; podría tratarse de algún trastorno o perturbación de los medios de comunicación o de los campos magnéticos de carácter pasajero, tras el cual las señales volverían a recibirse. Pero la duda dominaba a los más.

II

Había sentido una extraña sacudida. Una vibración intensa, como de descarga eléctrica, conmovió hasta la última célula de su organismo. El fenómeno había durado sólo una fracción infinitesimal de tiempo, de tal manera que, a pesar de su intensidad, apenas fue perceptible. Y después se hizo la noche.

—Algo muy raro debe de haberme sucedido. Me siento otro. Ya no debo de ser el mismo.

Dejó de pensar y se sumió en un sueño profundo, cuya duración no pudo calcular. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la extraña sacudida hasta este instante en que la conciencia empezaba a despertar en medio de una bruma espesa y oscura, en un mundo de un silencio absoluto? ¿Minutos, horas, días, un siglo quizá?

Con gran esfuerzo, lentamente, volvió a pensar: —¿Quién soy yo? ¿Dónde estoy? ¿Qué es lo que me rodea oscura y silenciosamente?

Miró en torno, como obedeciendo a un antiguo automatismo. Nada. Una negrura infinita e impenetrable rechazó su mirada. Intentó gritar para oírse a sí mismo. No percibió nada. Sólo el silencio en rededor suyo.

—Debo de estar muerto—pensó—. Pero si estoy muerto, ¿por qué pienso todavía y me doy cuenta de ello?

Sintió temor y temblor. El proyectil-cohete cruzaba raudo un espacio del universo donde reinaba la noche y no se percibía indicio de ser ninguna muestra de la existencia de algo. Era el mundo de la luz «negra», capaz de extinguir cualquier vibración lumínica «blanca».

BX-17 luchaba desesperadamente por hacer brillar en su conciencia una chispa de recuerdo, el residuo de alguna imagen o sensación que abriera las pesadas puertas que cerraban el paso a la memoria y le devolviese su «yo», perdido en no sé sabe qué insondables profundidades del inconsciente. Una angustia mortal le dominaba, la clásica angustia de los umbrales donde se ignora qué será lo que espera al otro lado.

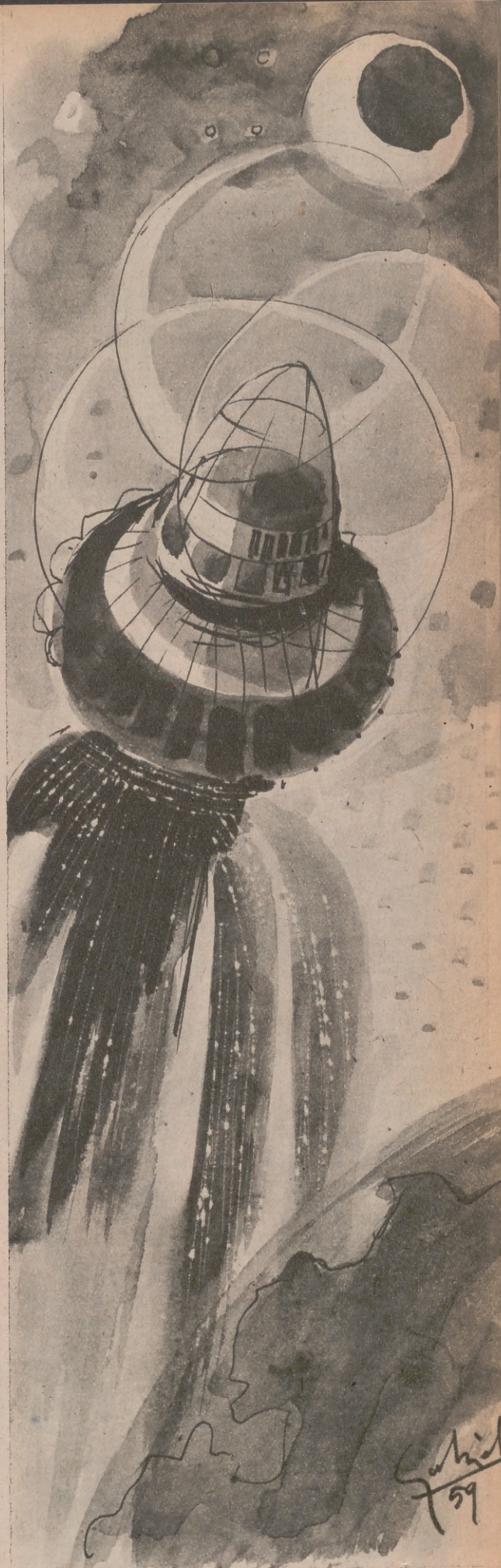
—No, no estoy muerto. Al contrario, debo de estar naciendo desde alguna parte. Surjo penosamente sobre otro plano de realidad...

El pensamiento se detenía, presa de una fatiga inmensa, y echaba a andar otra vez perezosamente, con supremo esfuerzo, como bajo el peso de una carga desmedida y por entre obstáculos.

—Yo he debido de existir antes en alguna otra parte..... Algo extraño ha tenido que ocurrir... Algo debe de haberse roto... Algo que era un puente conmigo y otra «parte»... y he quedado solo en la ribera de las sombras... Siento un deseo profundo: quiero que todo «esto» cambie... quiero otra «cosa». Pienso y quiero... ¿Por qué pienso y quiero?

El espacio oscuro del cosmos, aquel que escapaba a la mirada escrutadora de los más poderosos telescopios y la proa audaz de los cohetes tripulados por el hombre, se extiende hasta el infinito. Es una eternidad de luz «negra», cuya velocidad supera a la de la luz blanca. Se halla separado de la región en que brillan las estrellas dotadas de luz propia por una barrera desconocida que se tiende en parábola sobre la infinitud BX-17 había sido el primer ser humano que la atravesó. Se encuentra en el reverso del cosmos empírico y se supone, con mucha probabilidad, que posee más de tres dimensiones; que nuestro mundo de tres es como una sombra al lado suyo. La posibilidad de penetrar allá es de — (uno partido por infinito), infinitamente remota, pero que puede darse en el tiempo de la eternidad, como, por ejemplo, que un perro recitase un párrafo de Cicerón con dicción perfecta.

El piloto BX-17 había encontrado esa posibil-



dad fantástica y alucinante, tan difícil de producirse como que un nuevo ser naciera de dos seres heterosexuales de la misma especie perdidos en el universo y separados por una distancia infinita.

Paulatinamente, a medida que iba entrando en la reflexión, las facultades mentales de BX-17 se desarrollaban y vigorizaban. Los interrogantes que alcanzaba a formularse se orientaban hacia la esencia del ser, en busca de una claridad que todo pensamiento inquisitivo sospecha siempre.

—Soy algo y no más bien nada; algo que anhela esclarecerse... algo que se pregunta sobre sí mismo, que busca su propio sentido. Si me interrogo es porque... —el pensamiento se detuvo aquí, como si hubiera tropezado con un obstáculo infranqueable, un obstáculo que cerraba el paso hacia la cuestión esencial, hacia la luz. En vano pugnaba por sobrepasarlo con todas las fuerzas de su ser; no cedía. Era un muro macizo e inmovible. Al estancarse el razonamiento, una angustia indeterminada se apoderó de él. Pero su inteligencia, que cada vez era más robusta y ágil, no se detenía y proseguía el forcejeo con el misterio.

—Si me interrogo... me interrogo... es porque quiero conocer algo que se me presenta como ausencia. El puente está roto. Me asomo a su arranque truncado y encuentro el vacío. Me defiendo. Podría, tal vez, intentar un salto; jugarlo todo en él. Pero el miedo a perderlo «todo» me paraliza en la orilla, entre estas sombras de las que quiero huir. Así mi miedo es mi limitación. Necesito salir de aquí. Tengo que salir de aquí hacia otra «parte». No puedo soportar estas tinieblas, este silencio, esta soledad, especie de muerte, que se sabe a sí misma. Quiero luz, sonidos, movimiento, comunicación con algo.

El pensamiento se detenía para tomar nuevas fuerzas.

—Si quiero esto, todo esto que no poseo es porque he debido de conocerlo «antes». ¡Antes! —esta idea le hizo estremecerse. Era como un punto



luminoso aparecido súbitamente en medio de la oscuridad—. ¡La luz! ¡El sonido! ¡La comunicación con algo!—estas palabras empezaban a adquirir cierta significación, una realidad que se aproximaba, aunque no acababa de hacerse accesible.

—Todo eso era «antes»... La otra orilla, «antes» de la rotura del puente. Entonces, yo existía antes de ahora. Yo era otro. Otro que veía la luz, percibía sonidos y no me sentía aislado y solo en una orilla oscura.

La tenue claridad de la conciencia de sí mismo empezaba a romper entre las brumas que envolvían el yo olvidado de BX-17. El pensamiento, en su trabajo lento pero incesante, buscaba el contacto con la memoria enterrada, como el minero que instintivamente dirige su zapa hacia las vetas donde se oculta el tesoro que sueña sacar a la luz. Encontrar el pasado nuevamente equivaldría a recobrar la personalidad perdida. El restablecimiento de la comunicación con lo pretérito devolvería la rota unidad de la conciencia, gracias al recuerdo que es el hilo de la trama que la forma. Rememorar, dominar el recuerdo es tanto como mantener expeditos los accesos que unen la región iluminada de la conciencia con los tenebrosos corredores del subconsciente, donde se atesoran, según un orden inescrutable, sensaciones y vivencias pasadas, como una secreta filmoteca de la vida. Sospechado el pasado, la inteligencia ya no pugnaba más que en su dirección, guiada por una dialéctica instintiva y balbuciente, bajo el impulso de un anhelo de claridad.

—¿Quién era yo? Era otro... y no estaba solo, tan solo como ahora. Ahora estoy muy solo y no soy como era en otro tiempo... Otro tiempo... ¡Si pudiera volver atrás hacia la luz, el sonido, el movimiento! ¡Ah! Me siento impotente para cambiar nada en mi situación, a la que no encuentro ninguna salida. Hace tiempo que he dejado de mandar sobre mis actos porque esta densa niebla de ignorancia me rodea. Mi voluntad es apenas una fuerza débil y ciega, un impulso vacilante y torpe que no sabe a dónde ir. Nada sé del pasado ni del futuro, y tampoco conozco el presente. Debo de estar condenado a extinguirme en cualquier momento.

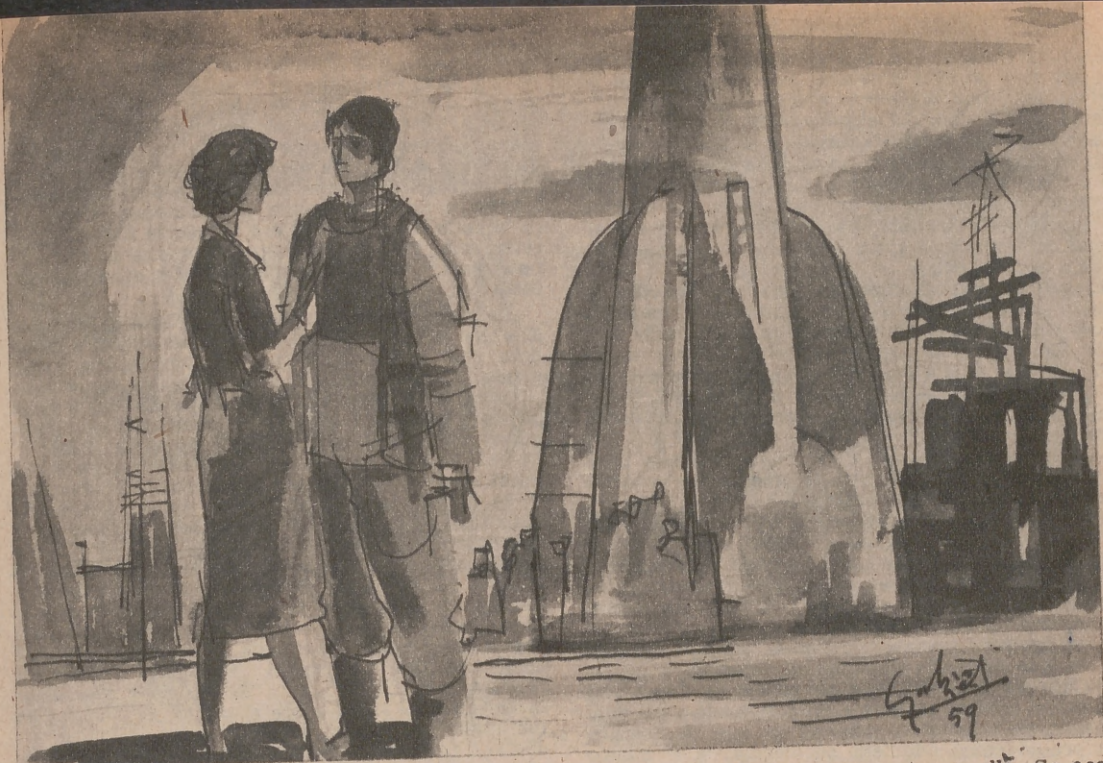
III

Mientras tales pensamientos se deslizaban por la oscura mente de BX-17, la Tierra, ese corpúsculo insignificante del insignificante sistema solar, había efectuado numerosas revoluciones en torno al astro que los hombres, con ingenua exageración jerárquica, llaman rey.

En los archivos de la astronáutica el «caso de BX-17» fue clasificado y enterrado entre millares de fichas bajo el epígrafe de «El piloto que no regresó». La desaparición había dado pie a apasionantes polémicas científicas entre los especialistas de todo el mundo. Se expusieron las hipótesis más diversas y encontradas. Entre las que se consideraron como más verosímiles y probables figuraba la de la desintegración del hombre y el proyectil. Con toda seguridad, según ella, BX-17 había sido atrapado por un campo magnético de excepcional intensidad y absorbido por una atmósfera de gran densidad, cuya fricción habría reducido a átomos el proyectil y su piloto.

Otra hipótesis que tuvo gran aceptación era la que le suponía planetizado y perdido en una de las innumerables estrellas o planetas y, en el mejor de los casos, incapaz de volver a la Tierra, viéndose obligado a perecer de inanición o, lo que era más probable, muerto ya apenas arribado, a pesar de los formidables medios de protección de que disponía. También se formuló la conjetura, que fue considerada menos admisible, de que probablemente el desaparecido piloto se encontraba girando indefinidamente sobre la órbita de algún remoto esferoide. Un teólogo afirmó que era muy posible que el piloto BX-17 hubiera pasado a otra vida sin padecer el trance de la muerte, como había ocurrido al profeta Elías, que fue arrebatado por un carro de fuego. Esta explicación fue rechazada por los incrédulos y agnósticos y, sin embargo, era la que se acercaba más a la verdad.

En un hotelito de las afueras de la ciudad, asomada a una ventana, una mujer contemplaba el firmamento. Sus ojos reflejaban una gran tristeza y, de cuando en cuando, un suspiro se escapaba de sus labios para perderse en la nocturna calma. Ha-



cia mucho tiempo que esta mujer, todavía joven, miraba al cielo todas las noches que brillaban, remotas e impasibles, las estrellas. Era la esposa de BX-17. Cerca de ella, en su cuarto de estudio, dormía su hijo, un adolescente casi niño.

Estela esperaba siempre. Esperaba contra toda desesperanza el regreso de su marido. No podía creer en la desaparición definitiva del ser amado; no se resignaba a aceptarla como un hecho consumado. Se aferraba desesperadamente a la idea de que no existía una certidumbre plena, evidente, de la muerte del esposo; de que nadie hasta entonces había podido probar la imposibilidad del regreso con argumentos irrefutables.

Pero los años pasaban sin que el retorno se produjera. Nadie creía ya en el regreso de BX-17 y, lo que era aún peor, pocas serían las personas que se acordaban de aquel extraño caso del piloto que no regresó, que durante tanto tiempo había apasionado a las masas de todo el mundo. Caminaba demasiado de prisa la historia en aquella época. Los innumerables sucesos, ideas y noticias de una actualidad nerviosa y tensa se sepultaban en el olvido como las aguas de una catarata que se despeña en el abismo insondable del tiempo. A fuerza de tanta información, los hombres habían perdido la curiosidad, y la capacidad de emocionarse se había extinguido en sus reseco corazones.

Aquella noche, Estela esperaba con impaciencia, que le quitaba el sueño, la llegada del nuevo día. Un día esperado con mayor anhelo que ningún otro. El físico-matemático más insigne del siglo iba a recibirla en su residencia de la Universidad de M., donde explicaba desde hacía años su «Teoría de la Existencia de una Suprarrealidad». La solitaria esposa interrogaba mudamente a las estrellas que, indiferentes a su dolor, guardaban su eterno enigma.

IV

El proyectil-cohete BX-17 surcaba con velocidad uniforme el inmenso espacio negro. Con relación a él, su movimiento podría compararse al de una línea de una dimensión y una sola dirección sobre una superficie esférica de dos dimensiones, latitud y longitud. Si en una línea tal existiera un ser de una sola dimensión, un ser-punto, que hubiera existido antes en un mundo de una sola dimensión, no percibiría el movimiento propio ni ninguna otra sensación, como tampoco tendría conciencia de su existencia anterior en el espacio unidimensional de los seres-línea. Podría admitirse que sólo una actividad intelectual aminorada se diera dentro de su mente.

Esa misma actividad minimizada bullía en la conciencia de BX-17, aunque, felizmente, cada vez con mayor potencia y flexibilidad. Al cabo de doce años, el piloto había llegado a descubrir la existencia de su anterior vida terrestre, la tocaba y empezaba a

penetrar ciega y trabajosamente en ella. Se acercaba a la reconquista de su «yo» perdido. ¿Qué iba a suceder si esa recuperación de su personalidad por el recuerdo se producía?

Se aproximaba a un umbral y el terror le paralizaba.

—Soy el piloto BX-17... ¡Ya sé quién soy! ¡Todo está claro!

Apenas había formulado verbalmente esta idea del descubrimiento, sintió una sacudida igual que aquella que le había hecho perder la memoria y conciencia de sí mismo.

V

El coche de Estela se detuvo delante de la residencia del físico-matemático. Era una casa sencilla y pulcra con puertas y ventanas pintadas de blanco, cuyas paredes de ladrillo estaban cubiertas por la hiedra. En lo alto de las escaleras de piedra, un anciano de pelo blanco y desmelenado, en cuya faz campeaba una sonrisa dulce e inteligente, le esperaba. Era el propio profesor, que recibía a sus visitantes sin ceremonia ni prosopopeya. Estela corrió hacia él y le estrechó la mano que le tendía amistosamente.

—¡Querido profesor! ¡Qué amable es usted!

—Pase, pase. Ha sido bien puntual, ¿eh?

—No me perdonaría en la vida un solo minuto de retraso con usted.

Pasaron a la biblioteca, donde los libros lo invadían todo hasta ocultar las paredes desde el suelo al techo.

—Bien; una taza de té no le sentará mal, ¿verdad?

Hasta que sirvieron el brebaje, el profesor no quiso que se abordase la cuestión objeto de la visita. No hay que ser impacientes nunca. La prisa no conduce a nada y destroza los nervios. Hay que ser tranquilos y no dejarse dominar por los impulsos del loco corazón. Después de esta introducción paternal, el profesor pasó a ocuparse del caso de BX-17.

—Creo que su marido no ha sido aniquilado. Su existencia no ha sido destruida y no descarto la posibilidad de su regreso. Me explicaré con la mayor claridad y sencillez que se me alcance.

Hizo una pausa, como si se reconcentrara en sí para ordenar las ideas y, después, prosiguió:

—En primer lugar la muerte absoluta no existe. La aniquilación absoluta de la materia, y mucho menos, del espíritu es una vieja superstición de oscuras edades. En el mundo empírico no se producen más que transformaciones relativas de los fenómenos que no afectan a la realidad profunda del ente. La semilla se convierte en planta; la planta, en flores y éstas en fruto. En el fruto se contiene todo el ser vegetal, su esencia, conservada a través de las transformaciones. El fruto encierra

dentro de sí la semilla que asegura la continuidad del ser vegetal. Me objetará usted que sí, que es cierto; pero que ello no nos consuela en absoluto, puesto que la conciencia individual del ser sintiéndose desaparece, lo que equivale a la muerte. Bien; esto parece verdad. Pero no es más que apariencia de verdad, afortunadamente. La conciencia del ser sintiéndose existir es su propia esencia. La esencia no puede ser destruida, porque tiene una realidad propia superior a la mera realidad de que nos dan noticia los sentidos.

El profesor comprendía que sus explicaciones se hacían cada vez más sutiles y difíciles y trató de hacer ver a Estela sus ideas de un modo más sencillo. La operación era difícil, por no decir imposible, ya que exigía traducir a un lenguaje cotidiano y reducido toda la serie de especulaciones matemáticas de una labor de muchos años de perseverante meditación.

—Quisiera emplear el lenguaje de la poesía para hacerle ver a usted la verdad que la matemática ofrece en su lenguaje esotérico. La empresa es ardua, no se me oculta. He meditado mucho el caso de su esposo y he llegado a conclusiones irrefutables. Estas son las que quisiera comunicarle a usted, ahorrándole todo el sistema de razonamientos encadenados que me han llevado a ellas. Su esposo no ha muerto, señora. Su esposo...

Las lágrimas brotaron calientes en los ojos de Estela, que no podía dominar su emoción.

—Cálmese, hija. Cálmese. Su esposo existe en una región del cosmos en la que ha penetrado y no puede salir de momento; pero de la que se liberará tan pronto como adquiera conciencia de sí mismo y logre dominar su temor. Ello es difícil, pero posible, muy posible en un hombre de la clase suya, lleno de energía, inteligencia y valor.

Estela había logrado contener su emoción y enjugar sus lágrimas. Una alegría loca la invadía ahora como un torrente desbordado.

El profesor calló y le sirvió otra taza de té.

VI

La luz se hizo de repente cual un génesis glorioso. Brilló la inmensidad y refulgeron en la cabina de la nave los instrumentos de mando y comprobación. Todo aparecía nuevo y radiante. La primera mirada de BX-17 se dirigió al potenciómetro del combustible nuclear, cuya energía impulsaba al proyectil-cohete. La carga era abundante todavía; apenas se había consumido un 38.5 por 100. ¿Qué significaba esa cantidad? ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que le sucedieron tan extrañas cosas? Podía efectuar un cálculo matemático sumamente sencillo y obtendría el tiempo exacto que llevaba en el espacio. Bastaba con multiplicar 38.5 por el peso molecular del uranio y el coeficiente motriz de la nave. Tenía a mano la tabla y luego dividir el producto por la cifra de consumo medio diario, que, aunque variaba según la densidad del medio surcado y la intensidad magnética se podría fijar en cantidad muy aproximada a la real.

Efectuó rápidamente las operaciones y obtuvo el tiempo fácilmente: once años y ciento veinticinco días, con seis horas y catorce segundos.

Quedó estupefacto. Tenía la sensación de que sólo habían transcurrido unas horas; todo lo más, un día o dos. Pero los cálculos no mentían ni se equivocan. En los números estaba la verdad. Era increíble: en todo aquel tiempo no había tomado ni uno solo de los comprimidos de síntesis vitamínica. Allí estaba la caja A-1 intacta, sin abrir siquiera.

Su preocupación inmediata fue orientarse. ¿Dón-

de se encontraba? Sintió vértigo. Se representó como un átomo invisible en la infinidad del espacio y la angustia le dominó. Miró por la amplia ventana. Miríadas de puntos dorados refulgían como una inmensa polvareda que le recordó las partículas de polvo que se ven cuando un rayo de sol penetra en una habitación oscura. De nada le valían sus conocimientos de astronáutica y astronomía. En medio de aquella lluvia sideral era imposible fijar ninguna referencia. Contempló despectivamente su carta de navegación, que tenía menos valor en aquel momento que un papel mojado.

¡La radio! ¿Cómo podía haber olvidado la radio? Ella era la única posibilidad de comunicación salvadora con la Tierra. Empezó a manipularla ávidamente. Funcionaba. Las agujas de los diales principiaron a temblar nerviosamente. Marcó la señal de sintonía BX-17. Vibraba intensamente el transmisor. «BX-17 al habla. BX-17 al habla. BX-17 al habla.» Pulsó el conmutador automático para que la señal se repitiese incesante e ininterrumpidamente. Y se dispuso a escuchar. Todo su ser pendía del auricular. Mientras permanecía atento horas y horas, contemplaba el cronógrafo de ruta, otro instrumento que en su estupefacción primera había olvidado. Su esfera no le decía nada, pero trabajaba. Las agujas señalaban unas cifras que nada significaban, cuyo sentido no podía comprender. La nave seguía atravesando la dorada lluvia sideral siempre igual, siempre indiferente, monótona, como si no fuera a terminarse jamás. El velocímetro señalaba la velocidad —314.16 sobre el punto de inflexión luz por segundo. Se acercaba a la velocidad de la luz. Trató de forzar los reactores del proyectil-cohete al máximo. Les sintió rugir como fieras coléricas, a pesar de la escafandra aislante que le protegía. Vio avanzar la aguja: —300.8, —296.3, —215.1, —200.0. La máquina respondía. Miró inmediatamente al metal-barógrafo. Todo iba bien. Quedaba un margen de fatiga amplio, consolador... Si seguía en aumento la velocidad, era fácil que superara pronto la velocidad de la luz. ¿Qué ocurriría entonces? Sintió miedo otra vez. Se acercaba a otro umbral. Apretó, sin embargo, el botón de los reactores, que rugieron atronadoramente. La aguja del velocímetro avanzó decididamente: —189.3, —120.5, —80.1, —60.7... La lluvia sideral se iba espesando, engrosando, desapareciendo los espacios intermedios como si fuera a formarse una lámina dorada, sólida, continua. Un miedo inmenso se apoderaba de él. Ya estaba ante el umbral, ante una puerta de cristal de oro.

VII

Estela reconoció en aquel muchacho la fotografía amarillenta del álbum familiar de su marido. Era su hijo mismo, en el segundo año de bachillerato. Quiso abrazarle con arrebato impuso maternal.

BX-17 permanecía impasible, frío, con una indiferencia brutal:

—Todavía no la conozco—dijo—; está muy lejano sobre el horizonte tiempo-espacial. Tal vez algún día llegue a significar algo para mí. Ahora, nada.

En las palabras de aquel muchacho sonaba una extraña sabiduría de hielo. Eran dictadas por una inteligencia suprahumana que le alejaba de las gentes. Su mirada fría y profunda inspiraba terror a quienes la encontraban. Era un extraño. Un ser al margen.

Los hombres de ciencia y los técnicos se lanzaron llenos de curiosidad hacia el proyectil, que vigilaba una escuadra de soldados armados hasta los dientes. Aquella máquina gastada, de un color indefinido, llena de rayas y aboyaduras constituía un festín para su insaciable curiosidad investigadora.

Gaceta de la Prensa Española

PUBLICACION ESPECIALIZADA
EN MATERIAS DE INFORMACION

Administración: Pinar, 5. - MADRID

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EL SENTIDO DEL ATEISMO MODERNO

Por Jean LACROIX



El problema del ateísmo moderno y sus devastadores efectos entre las multitudes le ha llevado a Jean Lacroix a plantearse los posibles motivos ideológicos que han ocasionado este apartamiento de Dios de grandes sectores del mundo de nuestros días. En dos ensayos, uno concretamente sobre el ateísmo y otro sobre la supuesta moral sin pecado del doctor Hesnard, Lacroix examina las razones que mueven al ateísmo y tras una exposición de sus premisas pasa al contraataque para demostrar sobre todo la ignorancia que existe por parte de muchos de estos sectores sobre lo que es el auténtico cristianismo. La ignorancia y deformación por los propios cristianos de sus verdades es algo que obsesiona al autor de «Le sens de l'athéisme moderne» hasta el punto de que estima que todo el movimiento ateísta tendrá por lo menos una consecuencia positiva, la de obligar a los cristianos a depurar sus ideologías y a mostrarlas tal y como son realmente y no como la ofrecen sus prácticas caricaturescas o las deformaciones de sus adversarios. Los dos ensayos, publicados anteriormente por el autor en revistas, son completado en el libro que hoy ofrecemos, con un tercer ensayo sobre el problema de «Tradicionalismo y racionalismo», donde el autor señala las lamentables consecuencias que tuvieron para el catolicismo las trayectorias marcadas por Bonald Maistre y otros pensadores de la línea reaccionaria y romántica.

LACROIXE (Jean), «Le sens de l'athéisme moderne». Cahiers de l'actualité religieuse. 1959. Casterman Tournai (Bélgica). 128 páginas.

HOY el ateísmo constituye para millones de hombres algo así como una especie de estado. El mundo ateo moderno no ha salido todo armado del cerebro de los filósofos materialistas. Por el contrario, ha surgido de una situación histórica. En un interesante artículo sobre la «Significación del ateísmo», el padre Jolif lo dice claramente: «Se presenta como la empresa por la cual la humanidad pacientemente intenta desembarazarse de algunas realidades inscritas en la vida más cotidiana: el hambre, la guerra, la injusticia; es vivido por las multitudes como una esperanza y un esfuerzo antes de ser pensado por los filósofos como un sistema. Se podría decir esquematizando que rechaza sistemáticamente a Dios como elemento indispensable para la solución de sus problemas.»

LA TRAGEDIA DEL ATEISMO MODERNO

Tratar, pues, el ateísmo, no puede quedarse en evocar una concepción abstracta, en la cual uno se contente con determinar lo que hay de incohe-

rencia o está falto de fundamento, sino que es necesario penetrar en la situación actual del hombre. El ateísmo es un sistema de valores vividos. No se le puede destruir sin comprender antes que nada esos valores, vivíroslos también en cierta manera y determinar con los hechos que no es necesario destruir a Dios para realizarlos. Y es desde esta situación del mundo ateo es desde la que se puede distinguir tres aspectos del mismo que por comodidad les podemos llamar humanismo científico, humanismo político y humanismo moral.

Dios puede y debe ser concebido como el inspirador y el garante del espíritu de verdad que mueve a la humanidad y en la cual se mueve. En la afirmación de la verdad más relativa está contenida una pretensión a lo universal, que no es la síntesis de todas las perspectivas pero sí el fundamento de cada una de ellas. Aun en el menor de los casos la cuestión no puede ser eliminada y podemos pedir a los «ateos» que se enfren en con ella sin caricaturizarla.

Esto se puede enunciar, además de en otros términos. Admitir a Dios es rechazar el absurdo. Con ello no decimos el «absurdismo». Ni Sartre, ni Merleau-Ponty, ni, naturalmente, Camus, han profesado el «absurdismo»: si el mundo no tiene sentido, el hombre lo tiene y no puede actuar sin significarlo... Sin embargo, declarar que el mundo no tiene sentido, que nuestra condición es ininteligible, pero que a partir de esta situación podemos y debemos actuar mejor, aunque sea tomar una actitud valerosa, no es, sin embargo, salir del absurdo. Es necesario explicarlo y debemos señalar que toda una parte de la filosofía moderna, en la medida que es una repulsa de Dios, es propiamente una repulsa de la explicación metafísica y por ello mismo una limitación de la experiencia humana.

Según nuestra opinión, no exactamente la idea de Dios, sino la creencia de Dios está implicada en el más profundo y más elemental comportamiento humano, en el que está hecho de confianza y de humildad. De confianza porque da una cierta vitalidad, una íntima adhesión a sí mismo lo que es la condición de toda vida y de toda virtud; de humildad, porque la humildad, al expresar nuestra condición ontológica, nuestra relación con el ser es, según la fórmula de San Benito, la verdad de nuestras relaciones con Dios, verdad reconocida por la inteligencia y realizada por la voluntad. Es el mismo movimiento, decía Santo Tomás el que hace necesario el amor de sí mismo, del prójimo y de Dios. Y si la filosofía es la descripción de la experiencia íntegra, debe precisamente mostrar que lo más elemental de sí mismo implica el amor de Dios.

Todo acto, como todo pensamiento, postula una fe implícita en Dios: pensar y obrar es siempre pensar y obrar en Dios. Dicho de otro modo, es necesario optar entre la fe y el escepticismo. Este último por definición, es la negación de toda fe. Sería el único ateísmo auténtico. El escepticismo es el que niega toda creencia del sentido. Pero posible en teoría, no puede ser realmente vivido. El hombre cree en Dios, en la medida en que refuta

el escepticismo. Todo el mundo encuentra al genio maligno y no puede triunfar definitivamente más que fundándose en Dios. El mundo, utilizando la expresión de African Spirin es «una decepción sistemática», y lo que se llama prueba de la existencia de Dios reposa siempre en la insuficiencia del mundo: el ser objetivo no apta el ser. Estamos de acuerdo enteramente con Merleau-Ponty de que el recurrir a Dios no sería una «solución» del problema del mundo. El mundo, como tal mundo, responde por sí mismo. Pero no responde como ser. En el plan de la experiencia, el ser empírico no responde a nuestra exigencia de ser. No hay aquí ningún fideísmo, sino lo contrario, una actitud a la vez vital y reflexiva, una especie de confianza implícita, elemental y profunda, que la reflexión incesantemente aclara, en la acción del hombre sobre la naturaleza como en sus relaciones con los demás.

En la cima de lo absoluto se revela a nosotros por lo menos dos experiencias privilegiadas de la necesidad lógica que implica una unión con Dios en la afirmación de cada verdad, la de la obligación, o más bien la de la exigencia moral, que implica la unión con Dios con cada acto de caridad. Pues Dios para el hombre no es un objeto, sino un absoluto de exigencia en el corazón del sujeto. Admitir a Dios no es aceptar un dato, sino un resultado; no es suponer un problema resuelto, sino trabajar en una solución que es imposible evitar; no es creer que lo verdadero y lo bueno están completamente hechos, sino que se puede y debe hacerlos. El Uno, decía Plotino, no es tanto el objeto del espíritu como el que hace que el espíritu tenga objetos. El que implica que no haya ya más para el hombre experiencia pura que facticidad pura y que sus obras deben venir a conformar sin cesar su fe en la razón.

En su significación, sin duda más general, el ateísmo de hoy quiere ser la plena aceptación de la condición del hombre. El mérito del ateísmo moderno, por así decirlo, es que no se trata de una construcción abstracta, sino de una reflexión hecha en contacto directo con la situación concreta de los hombres. Finitud, contingencia, relatividad, libertad, es la condición humana universal, que se transforma como consecuencia de los progresos técnicos y científicos, sin que por ello modifique esencialmente su naturaleza. Jamás se hizo un esfuerzo mayor para expulsar el absoluto del mundo. Todo esto no debe desagradar a un creyente que sabe mejor que nadie su relatividad, porque conoce el que la funda. Dios no es una solución resuelta, sino una exigencia de ir encontrándola sucesivamente al mismo tiempo que la garantía de que no es un absurdo en definitiva el buscar un sentido y realizar una obra: el trabajo es tanto más obligatorio cuanto que es el mediador necesario para una contemplación que no es la del mundo. Si yo siento tanto agradecimiento a mis amigos ateos es porque me han enseñado a no engañarme. El hombre no es un dios, no es toda la verdad, sino la primera y más indispensable. Una crítica radical de todos los absolutos humanos era sin duda necesaria para destacar el único auténtico. Demasiados creyentes han querido jugar a la divinidad o ponerse ellos en su lugar. No fue inútil el depurar nuestras representaciones para mejor asegurar nuestra visión.

EL PROBLEMA DE LA CULPA Y EL ATEISMO

El problema de las relaciones de la culpabilidad y del ateísmo se encuentra implícitamente planteado en el pequeño volumen que el doctor Hesnard consagró en 1954 a la «Moral sans peché», que es el complemento natural de su gran obra de 1949 sobre «El universo mórbido de la falta». El hombre, tal y como lo concibe Hesnard, no vive fundamentalmente bajo el signo de la preocupación, la sensualidad o el poder, sino de la culpa: «Hay en todo hombre—escribe—una predisposición a la culpabilidad y a la acusación, dos reacciones humanas primordiales y conjugadas de la angustia». Toda interpretación del psiquismo humano se encuentra renovada en un sentido, desde luego previsto por Freud, pero del cual no se permitió éste sacar todo el partido posible debido a su «mecanicismo psicológico» y que según el cual, puesto que toda conducta humana tiene un sentido moral inmanente, las psicosis y las neurosis expresan una auténtica desviación o perversión de la moralidad. La enfermedad del espíritu es propiamente moralidad mórbida.

La tesis del doctor Hesnard es que la moral ordinaria, la que el autor llama moral o más bien «mitomoral», tiene las mismas fuentes y en el fondo caracteres análogos que la del enfermo. El hombre de la ética común, así como el neurótico o psicópata, viven el mismo universo mórbido. Por ello la raíz común de la ética mórbida y de la ética normal es una mala conciencia irreal contra la cual el hombre se defiende continuamente. Esta mala conciencia irreal en su origen es lo que el doctor Hesnard llama pecado. A la «mitomoral» del pecado opone Hesnard lo que él llama la moral concreta, una moral según sus palabras «desmitificada, sin demonio ni tabúes, sin supersticiones ni malignidades, una moral alegre y fecunda...».

Hesnard se engaña, indudablemente, sobre el sentido de la ética bíblica. Si Dios sólo sondea las profundidades del hombre no es para turbar la gran intimidad del hombre, sino para poner en entredicho perpetuamente el egoísmo y para provocar incesantemente esa humildad sin la cual no hay posibilidad de apertura a los demás. «Hay algo peor que el vicio el orgullo de la virtud», dirá más tarde San Agustín. Y ha sido contra este orgullo contra el que la Biblia puso ya en guardia, no para destruir algo así como una especie de pureza interior, sino porque es la peor falta y el mal radical que provoca el cierre absoluto a los demás.

No deja por ello de ser cierto, a groso modo, que el universo moral del hombre honrado de hoy, e incluso el del cristiano, es frecuentemente un universo mórbido. También «La moral sans peché» puede ser utilizada para lo que Ricoeur llama «una implacable depuración de la falta». Al leer la obra de Hesnard, uno se siente sobrecogido poco a poco por una trágica evidencia: el cristiano moderno es corrientemente alguien que tiene miedo de la acción. Al hacer recaer la responsabilidad sobre el ser y no sobre el hacer, llega fácilmente a desear poner fin al pecado sin obrar. Mediría gustosamente el nivel de su valor moral de sufrimiento, resistencia al mal y no por el remedio que aporta. Peguy denunciaba ya a los católicos en los que la propia oración estaba mixtificada porque se había convertido en un sustitutivo de la acción. También es cierto que una mala conciencia oscura, una preculpa irreal es la fuente principal de acusación.

Ahora bien, admitidas todas estas cosas y algunas más, no es menos cierto que en las afirmaciones del doctor Hesnard hay muchas ambigüedades y oscuridades. En primer lugar, la distinción entre culpabilidad auténtica y culpabilidad mórbida es quizá mucho menos clara de lo que parece. La segunda se puede injertar en la segunda primera y es necesario destruir una sin afectar a la otra. Ahora bien, la principal dificultad recae sobre el problema de la interioridad. Frecuentemente se tiene la impresión, en la obra, de una oposición ficticia entre las «mitomorales» subjetivas de la intención y las morales objetivas del acto. Esto es, olvidar que el propio acto puede llevar a una conducta de irrealidad y que lo que se trata algunas veces no es encontrar al prójimo, sino el huir de uno mismo. Esta separación, sin embargo, es imposible por una razón más profunda, siempre de significación moral en tanto que es asumida por el sujeto, siendo querido por él—sin lo cual ya no es un acto humano, sino un hecho objetivo—y la propia intención, que como la palabra indica, es la dirección hacia el objeto, la atención hacia el prójimo. Cuando Kant declara que no hay una cosa absolutamente buena en el mundo y fuera de él, salvo la buena voluntad, él no entiende la simple voluntad o la preocupación de la purificación interior, sino un querer real, que por depender de él lleva al acto. Por otra parte, en varios pasajes de su libro, el doctor Hesnard lo reconoce claramente y opone categóricamente a la falta mórbida «una auténtica culpabilidad interna o más bien una tendencia externa: la intención culpable». La distinción, pues, no se hace entre el pensamiento y la acción, sino en el interior mismo del pensamiento entre todas las formas de narcisismo y la intención auténtica. El problema entonces se complica extrañamente: no hay ya una moral interna y una moral externa, una moral de la intención y una moral del acto, sino una auténtica culpabilidad interna y una falsa culpabilidad inferna. Que la primera sea demasiado frecuentemente la ocasión de la segunda.

es algo que ya hemos aceptado. Pero no hay que denunciar solamente esta desviación siempre posible, hay también que reconocer la auténtica interioridad, determinar y analizar sus caracteres de autenticidad. De no hacerlo así, se corre el riesgo de mezclarlo todo y de denunciar lo mejor al mismo tiempo que lo peor.

Aquí está el nudo de la discusión: es necesario declararlo categóricamente y no dejarse ir de palabras. Como lo reconoce Kojève en su vigoroso estudio «Tyrannie et Sagesse», el reconocimiento de una interioridad auténtica implica la existencia de Dios. En efecto, en tanto que un hombre es el único en conocer algunas cosas, él no está nunca seguro de saberlas auténticamente. Si, pues, en ateísmo consecuencia reemplaza a Dios por la sociedad y la historia, la interioridad, en tanto que ella no procede de la realidad social, está siempre relegada al dominio de la opinión (doxa). El ateísmo, fuera de la historia, no puede conocerse más que por introspección, y el proceso de esta última no está ya por hacer. En tal perspectiva se comprende que el interior sea el exterior, que todo lo que no es expresado no exista.

Para el cristiano, por el contrario, hay un saber (episteme) del interior, en tanto que es conocido de Dios. No ignora ciertamente que él solo puede tener una opinión y es por lo que él debe evitar todos los meandros de la vida interior. A él no le corresponde, en definitiva, ser juez de sí mismo más que de los demás y él se libera de ello en tanto que deja esta preocupación de juzgar al que penetra en los corazones. Esto no significa que no exista para los cristianos una especie de interioridad pura y como desprendida, que tiene su autonomía propia. Pensar que los actos son secundarios y que el ser íntimo cuenta sólo es ciertamente la peor desviación. El hombre es un espíritu encarnado y se puede sostener que el acto es la verdad de la intención. Ahora también es verdad que la intención hace la verdad. Son dos aspectos de una realidad indisoluble y no se puede ser privilegiado una más que a expensas de la otra.

La interioridad no es, pues, una premisa, una naturaleza completa, sino una dualidad que es necesario incesantemente unificar, un trabajo que nos hace a nosotros mismos comprometernos en el mundo, una intencionalidad, si se quiere que una profundamente el espíritu y su gesto.

El ateísmo consiste en no considerarse responsable más que ante la historia. El cristiano, por el contrario, tiene una doble responsabilidad: ante Dios y ante la historia. Sus propios errores vienen de que desconozca o pervierta la una o la otra. El pecado no es, pues, algo ante uno, sino ante Dios. Al identificar pecado y culpabilidad interna el doctor Hesnard se encuentra condenado a una ambigüedad que no supera nunca. Es á como empujado entre un ateísmo consecuente, que sería negador de todo pecado y un ateísmo auténtico, que le permitiría distinguir la intención auténticamente altruista, ya que se funda en el desenraizamiento radical del egoísmo por la instalación en nosotros de un querer externo y, sin embargo, profundamente nuestro, gracias a esa mortificación que se ha podido decir que era la única «experimentación metafísica» y la falsa culpabilidad interna, puramente psíquica y no espiritual, que es su propio objeto y no cesa de gozar de sí mismo, aunque sea odiándose.

El mayor reproche que se le puede hacer al doctor Hesnard es que costea incesantemente el «naturalismo» e incluso algunas veces los profesa inconscientemente. No está seguro de que la «fraternización sea un hecho natural» y de que, incluso, lo pueda ser alguna vez. Es difícil decir

la «actividad vital» a la «agresividad» si la vida pudiese ser agresiva, y es peligroso afirmar que la «normatividad» invocada por la ética no es más que un aspecto de la normatividad comprobada por los biólogos, y de ello deducir que hay que abandonar la «moralización sexual en provecho de la «normar la «moralización sexual en provecho de la normalización sexual». Es falso decir que las exigencias culturales son la prolongación de las exigencias del instinto y que la cultura transforma el instinto y que éste no es posible más que cuando se ha hecho tan impreciso que la inteligencia pueda suplirlo. También es por lo menos equivoco suponer, como si esto no tuviese discusión, que la moral ha salido de un movimiento natural de la vida. Todas estas fórmulas, si formasen un sistema coherente, definirían un monismo. Ahora bien, no hay moral sin dualismo. En otros términos, el imperativo categórico no expresa ciertamente toda la moralidad, pues no se puede expulsar el deber sin destruirla. «El hombre ha escrito Renouvier en una fórmula profundamente kantiana: «es un animal de preceptos.» Y es precisamente lo que hay de animal en él lo que hace necesario el precepto. Desde el día en que el hombre ha existido es decir, desde el día en que la razón se ha opuesto a la sensibilidad, la libertad a la naturaleza, el problema moral ha existido también. Pues no hay moralidad más que para un ser que se siente doble y que se exige ser uno. Esta ruptura es propiamente para el cristiano la significación moral del pecado original. Nuestro papel no era el de interpetarlo históricamente, sino solamente de recordarlo su sentido ético: es el reconocimiento por el hombre de la obligación de aceptar lo divino.

Solamente el cristiano es el que no vive ya bajo la ley del pecado, sino bajo la ley del amor. Y lo que me hace la lectura de la obra del doctor Hesnard, no solamente útil, sino emocionante y tan fraternal, es el presentimiento a la vez torpe y profundo de la verdad, que le recorre enteramente y que la recuerda sin cesar a los que la han olvidado demasiado rápidamente. El cristianismo es —debería ser— el fin de los tabúes, pues para él la culpabilidad no nace de la violación de la ley, sino de la ley del amor. Esto no quiere decir que él nos libere frente a la propia moral. Porque decir que el cristiano no vive ya bajo la ley del pecado, sino bajo la ley del amor, es afirmar que ha sido rescatado, es decir, que esta entrega que hay en nosotros puede y debe ser superada y que incluso ha sido superada. En el fondo, lo que yo reprocho al doctor Hesnard es creer en la moral fácil y esperear de ella demasiado. El mundo moral es un mundo duro y difícil, en el que el esfuerzo para unificarse siempre es provisional y está en entredicho. La moralidad ciertamente es necesaria. El problema moral está inserto en lo más profundo del hombre, y querer superarlo sin pasar por él es arriesgarse a caer bajo él. Pero yo diría que es precisamente ahí donde reside el pecado original. Es siempre a partir de esta enmañaramiento entre el animal y el hombre, y lo animal y lo humano, donde el hombre deberá indefinidamente proseguir intentar conquistarse. Y es porque el universo moral es el lugar de esta división y de este esfuerzo por superarlo por lo que es también el lugar de los fracasos y de las turbaciones. La consciencia moral arriesga siempre el caer en la desesperación y la angustia, si la consciencia religiosa no le muestra cuál es el lugar de la reunificación y que la reconciliación existe y que puede llegar el reinado del amor. Es así, dentro de esta perspectiva de amor, como el pecado toma todo su sentido dramático. El cristiano auténtico no puede estar angustiado si comprende verdaderamente que la idea madre del cristianismo no es la del pecado, sino la de la remisión de los pecados.

SUSCRIBASE A

«EL ESPAÑOL»

64 páginas

:::

3 pesetas

“LAS CARTAS DEL SARGENTO BASILIO”

Entre novela y periódico, entre realidad e imaginación, un libro de José García Luna sobre la División Azul



Verano de 1943. El autor, en uniforme de campaña de los voluntarios españoles de la División Azul

HA llegado la hora de rellenar en el carnet de identidad ese casillero que dice «profesión», y sólo existe una palabra: periodista. Porque se trata de José García Luna, periodista. Bueno, en realidad lo de José García Luna es algo así como el nombre de guerra, la firma con que da la cara día a día en la guerra del periodismo. Su nombre completo es el de José Julián García de Eulate y Luna. Demasiado largo para que los lectores pudieran retenerlo.

García Luna está ahora aquí, frente a nosotros, bajo el cielo azul del Mediterráneo, con sol limpio y sin aire casi. García Luna, luego de haber pasado por otras Redacciones, es desde hace varios años redactor jefe del «Diario Español», de Tarragona. Apenas si ha cumplido los treinta y ocho y parece más que nunca ese profesor de Instituto, un poco poeta, que siempre debe haber parecido físicamente.

Lleva a la mano una cartera grande, oscura, con cerraduras niqueladas. Una cartera excesivamente voluminosa para lo pequeño del único libro que contiene. Aunque de verdad, de verdad, pequeño o no por fuera, el libro constituye hoy por hoy razón y señal de vida de José García Luna, periodista.

El libro éste, «Las cartas del sargento Basilio», contiene dos centenares y medio de páginas hablando de aquellos españoles que fueron a jugarse la vida con alegría y con fe en el frente del Este. No se trata de la historia grande, de la épica escondida en la gesta de la División Azul. García Luna es un periodista que sabe bien hasta qué punto la historia pequeña de las cosas sirve para que las gentes palpén la realidad de las mismas. Por eso el libro es sólo en rigor una reunión de cartas, trozos de cartas separados por ladillos donde se cuentan menudas incidencias, cosas mínimas.

En una de estas cartas García Luna escribe así: «He leído con atención tu carta, tu «historia diminuta». A mí se me antoja muy interesante esa clase de historia porque creo que es así, con mayúscula. Del «diminuto» heroísmo de unos hombres suelen nacer las grandes concepciones de la Historia.» Por esto mismo, combinada la realidad y la imaginación, el libro presenta con viveza y autenticidad a los personajes que por él desfilan.



García Luna y el sargento Basilio, con sus respectivas esposas, comentan el original del libro días antes de entregarlo a la editora

«Yo no estoy muy de acuerdo con el carácter mítico o retórico que algunos endosan a la División, como si únicamente fuese cosa del pasado —dice otro de los pasajes del libro—. Bien están los injertos pretéritos, pero lo que esencialmente necesitamos crear es una conciencia divisionaria actual en España, tan lejos ya del campo de batalla.» Ahí está, con sencillez, la lección que José García Luna ofrece a todos en su obra.

DOS AÑOS DE DIVISION AZUL

Una de las anécdotas reales que cuenta es la de la incorporación del propio autor a la División. García Luna, con sus gafas redondas, de cristales como fondos de vaso, había sido excluido por esto de las dioptrías del servicio militar. De esta forma, a la hora de marchar a Rusia, hubo de recurrir a una pequeña tretita para ser declarado útil. En realidad no fué muy complicado. Bastó con tener un amigo sin miopías ni astigmatismos, capaz de dar un paso adelante cuando el capitán médico leyero, García Luna se hallaba en la lista de voluntarios.

—Yo estaba entonces en la Escuela de Periodismo, y la dejé para marcharme a Rusia con Ignacio Díaz de Rada. Los dos nos encargamos de la redacción en el frente de la «Hoja de Campaña». La dirigía Antonio de Zubizarre, ahora lector de castellano en una Universidad alemana, y entonces teniente de la División.

Los talleres estaban en Riga, en plena retaguardia, a 300 kilómetros del campo bélico. Durante los dos años de División, desde el día del Pilar del 41 hasta el del 43, los originales hubieron de llegar sin falta, semana tras semana, hasta aquel taller de Riga. En la misma imprenta tiraban los alemanes un «Pravda» anticomunista, en lengua rusa, imitando al auténtico «Pravda». Al pronto nadie hubiera dicho que no era el original, pues sólo cambiaba el subtítulo: el

«Proletarios de todos los países, uníos», llevaba tres palabras más: «Uníos contra el comunismo».

De todos los héroes de aquella lucha de entonces, García Luna ha querido rendir especial homenaje en su libro a los suboficiales españoles de la División. Y no sólo a ellos, sino también a los soldados anónimos, valientes como pocos. «A un soldado de Zapadores de Asalto que luchó en el Wolchow y luego fue embajador y más tarde llegó a Ministro», reza la dedicatoria preliminar.

—No está dedicado al ministro, sino a aquel soldado de zapadores que luego ha llegado a ministro—explica el escritor.

Por otra parte, el sargento Basilio que ha dado título a la obra es personaje de existencia real, buen amigo del autor. Se trata del primer sargento ante el que, ya declarado útil para ir al frente, hubo de cuadrarse. El utilizar su nombre forma parte del homenaje que Luna quiso rendir a los suboficiales y soldados que fueron compañeros suyos.

LA EMOCION DE LOS ANTIGUOS COMPAÑEROS

José García Luna, natural de Oarriz, una aldea navarra que ni siquiera está en los mapas, de familia labradora antigua, comenzó a escribir en los periódicos allá en los años del 36 y el 37. Marchó después a la Escuela de Periodismo, que abandonó para ir a Rusia, y en la que continuó a su vuelta. Luego su dedicación profesional le ha llevado a periódicos de Huesca, Burgos, Málaga y Tarragona.

«Las cartas del sargento Basilio», escritas en esta última ciudad, son un libro de gestación lenta. Pensado hace años, ha necesitado el paso de éstos para conformarse tal cual es. Cuando la «vuelta de Rusia, «La Estafeta Literaria» hizo una encuesta con el título de «En el frente del Este si hubo novedad». Preguntaba a varios de los divisionarios si pensaban escribir algo sobre la campaña. El nombre de Luna no

faltaba lógicamente entre los incluidos en la encuesta.

—Yo contesté que sí, porque pensaba escribir algo, aunque no supiera qué en concreto. Luego, cuando iban apareciendo libros sobre la División, mis propósitos se fueron haciendo cada vez más difíciles.

Poco a poco, sin embargo, el plan del libro se fue concretando. El paso del tiempo, además, sirvió también para perfilar y dar visión histórica a lo que se iba a contar. Un buen día, García Luna se decidió por fin a escribir materialmente lo pensado. Fueron unos meses de brega continua, de escasas horas de sueño, de trabajar sin pausas. Pero al cabo de todo ello el escritor se encontró ante su obra terminada. Tuvo suerte al intentar la aventura editorial y casi en seguida «Las cartas del sargento Basilio» se asomaron a los escaparates de todas las librerías.

—He recibido cartas emocionantes de antiguos compañeros y también de algunas personas desconocidas para mí...

García Luna, que es uno de esos hombres que arrastran por la vida un gran fondo sentimental, confiesa esto con emoción también. El concede un gran valor a estas cartas espontáneas que recibe. Más que con las críticas que le publica la Prensa, él se emociona con estas otras de antiguos amigos que creen verse retratados en cartas que quizá no se escribieron pensando en ellos. La madre, la novia, la madrina de guerra, el amigo, la hermana..., forman en la galería de personajes universales que se mueven con vida propia a través del libro.

—Hay una carta con la que he visto llorar a dos hombres—me dice Luna en voz un poco más baja de lo normal, mientras se quita los suplementos oscuros de las gafas. Luego se disculpa por haberse olvidado del tabaco y

tenerle que dar un nuevo tiento al mío.

Sin embargo, esto de la emoción es algo que viene después de la mano de la primera intención del autor. Luna ha querido sólo lograr un libro que rebose serenidad, cordialidad, sin tremendismos necios. No se trata propiamente de «literatura de guerra», ni constructiva, al estilo de un Lazlo Passuth; ni destructiva, como la de Erich Remarque. «Las cartas» pretenden ser sólo un libro cordial, sereno, que se pueda leer por quienes lo inspiraron y por quienes no lo inspiraron. Aunque, inevitablemente, la emoción nos venga en muchos párrafos y se nos cuefe dentro sin casi darnos cuenta: «A nuestros caídos se les entierre con todos los honores posibles. Nada de tumbas colectivas; cada uno la suya, con su cruz, su nombre y apellidos...Y sobre la cruz, el casco, como para protegerla de la nieve y el hielo...»

UNA TRILOGIA EN PROYECTO

«Las cartas del sargento Basilio» no se quedarán en el libro que ahora son. García Luna tiene intención de llevar a cabo una trilogía sobre el tema. Hasta ahora el gran libro sobre la Di-

visión que él ha pensado ha quedado sólo en el primer tomo. Pero aunque apretado de contenido, en él no ha podido entrar todo lo que la División significó y significa. «La guerra—dice una de las páginas—creo yo que no ha terminado. No, no ha terminado. Creo que esto es lo que dirán los hombres, los pueblos todavía sujetos al duro carro del vencedor...»

—El tomo segundo contendrá algo así como las memorias de un personaje que nunca ha existido realmente, pero que ha tenido una existencia casi real en la imaginación de muchos soldados. Se trata de Lili Marlen, una Lili Marlen imaginada a la española por uno de nuestros divisionarios...

García Luna, que tiene ya en puertas la edición alemana de las «Cartas», quizá lance antes en alemán que en castellano esta historia de Lili Marlen, aun sin título. Queda para después el tercer tomo de la trilogía, que narrará las vicisitudes amargas del cautiverio en un campo de concentración. Con ello la historia azul de los que fueron a Rusia quedará completa en el plan inicial de García Luna.

—Sin embargo, todo son proyectos, por ahora. Tengo poco tiempo libre para dedicar al li-

bro. El periódico me lleva muchas horas. Y, además, entre unas cosas y otras, apenas si tengo calma para leer, que es lo que me ha gustado siempre.

EL PERIODISMO, UNA VOCACION

Pálido, con las venas azules adivinándose bajo la piel, García Luna siempre declara con ardor sus vocaciones. Una, la lectura; otra, el periodismo. Se entusiasma hablando de libros y periódicos, que es lo suyo. Confiesa que ha leído no sé cuántas veces ese venero del idioma que es el Quijote. Habla de sus dos hijos, ya lectores impenitentes, pese a sus pocos años.

—Mi mujer también es navarra; nos casamos en el 47. Yo viví en Pamplona hasta el 42; antes sólo había salido a Oarriz y a Eulate. Fue aquí donde me cogió la guerra y donde por vez primera vi cascos de acero, que me impresionaron mucho...

Tiene un hermano que estudia Filosofía, otra hermana que está casada y, como buen navarro, otra hermana misionera. Luna, que siempre ha hecho periodismo y que sólo ahora se ha atrevido a efectuar una escapada al libro, al reportaje novelado, confiesa que alguna vez escribió versos, algún soneto, ya traspapelado. Pero esto no es lo suyo, y con su sonrisa de hombre, en el buen sentido de la palabra bueno, casi se disculpa por haber caído en la tentación del verso.

—Yo soy periodista y he hecho de todo en el periodismo: depoules, toros, editoriales... Un editorial sobre el Dos de Mayo es lo primero que escribí en Huesca recién salido de la Escuela de Periodismo.

En Tarragona, donde vive ya ya para la docena de años, hace también de todo en el periódico, como segundo de a bordo. De patrón del «Diario Español» está Domingo Medrano, otro buen periodista, también excelente escritor. A ambos les ha acudido la inspiración en Tarragona y ambos quieren a Tarragona entrañablemente. Hay y personas que requieren el sosiego de las ciudades tranquilas para mejor escribir, y tanto Medrano como García Luna son de ellas. Este quizá lo sea precisamente por haber estado en otros tiempos redactando tantos meses sus crónicas en la trinchera misma.

Así ahora, con paz y sin prisas es como Luna ha escrito este libro suyo que, sin retóricas, sin trampas ni cartón, a través de lo pequeño y lo intrascendente, clava verdades grandes y trascendentales. «Ha habido felicitaciones y las primeras Cruces de Hierro. Y las primeras de madera, chico. También de las de madera...», dice una carta.

Periodista de cuerpo entero. Luna sabe del arte de contar así. Acostumbrado a ordenar día a día noticias del mundo entero, no podía haber escrito un libro si no de esta forma, entre novela y periódico, entre realidad e imaginación. Pero una imaginación entera, con el gesto firme y los pies asentados en el suelo.

Antonio GOMEZ ALFARO



A la izquierda, el escritor en uno de los escenarios donde se desarrolla la acción de la novela

MUSICA EN COMPOSTELA

ARTISTAS Y COMPOSITORES DE VEINTITRES PAISES,
EN LAS JORNADAS DE INFORMACION E INTERPRETACION

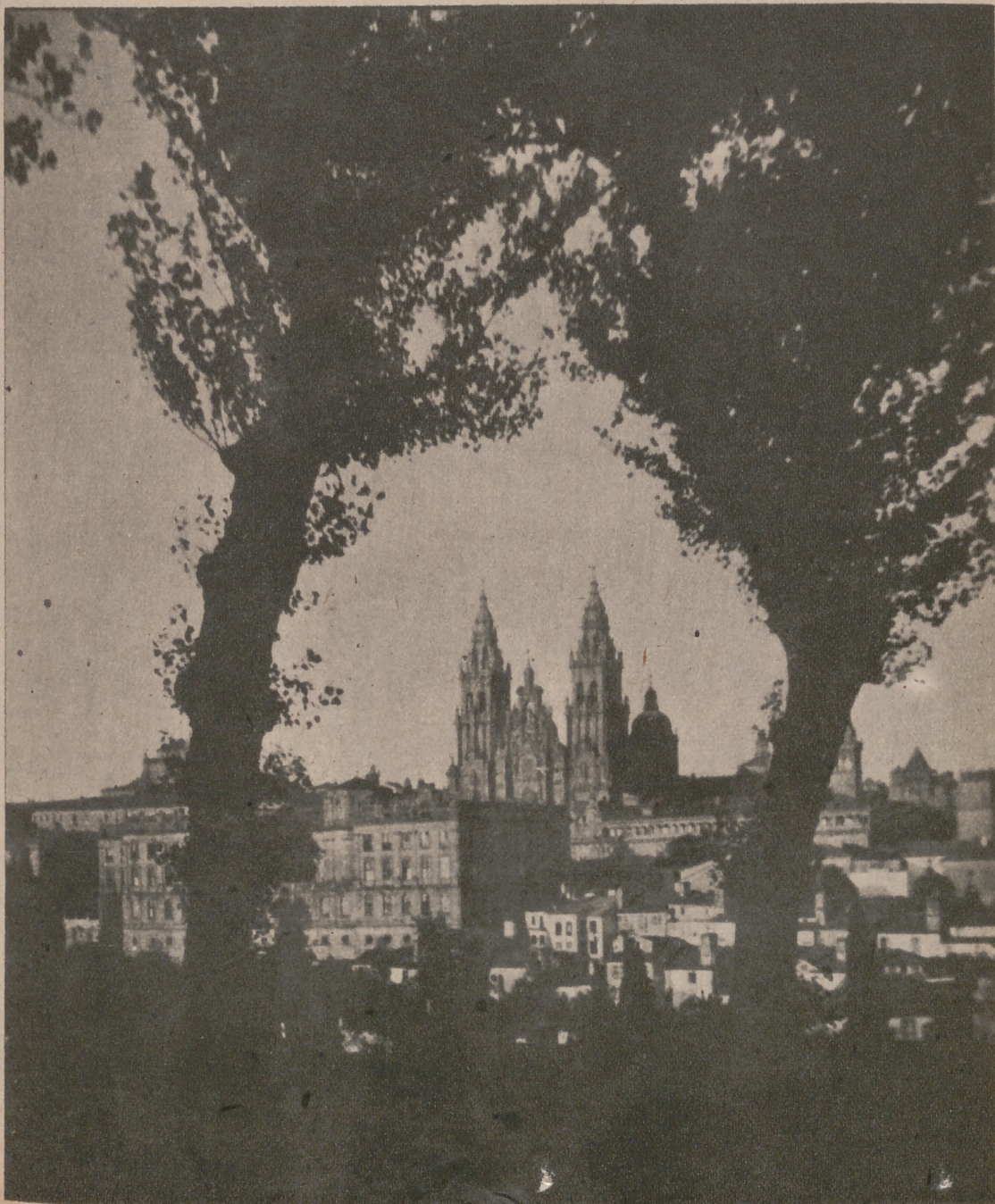
LOS "GRANDES" DEL ARTE ESPAÑOL VINIERON
DESDE TODOS LOS RINCONES DEL MUNDO

LA música y Galicia eran de antiguo amigas. La música y Santiago de Compostela son como valvas de la concha hermética del celtismo.

Crearon los gallegos melodias nostálgicas. De sus voces profundas brotó la «saudade».

Fue música de siempre Galicia. Por eso a ella debía de volver

la Música, así, con mayúscula, y en ella debían de tener lugar estas Jornadas de Información e Interpretación Musical, que serán ya inolvidables.



«Música en Compostela», las titularon.

Y he aquí lo que hubo.

COMPOSTELA Y LOS MAESTROS

Vinieron los grandes maestros del mundo. Las sombras de los soportales abrigaron el andar lento de Andrés Segovia. Gaspar Cassadó, Antonio Iglesias, Alicia Larrocha, fueron también piedra, musgo y viento en estos días.

Como la ciudad, como Santiago de Compostela.

Piedra, su técnica inigualable, fuerte y bella.

Musgo, su decir suave.

Viento, su arte, que escapa a los dedos no predestinados.

Un violonchelo y dos pianos que han llenado de ecos el mundo.

Compostela ha guardado a estos maestros. Ellos vinieron a enseñar durante toda una semana a discípulos escogidos, discípulos de renombre que conocen la fama, el sabor de los aplausos, la deslumbradora luz de las candelabras.

Los discípulos se sentaron muy serios en sus sillas a escuchar la corrección, la sugerencia, el matiz indefinible.

Era en el Hostal de los Reyes Católicos, marco incomparable de estas lecciones, que organizara Relaciones Culturales.

Ya decimos: Vinieron los maestros, los grandes maestros.

Fueron Victoria de los Angeles—muy presurosa, siempre agitada por los contratos, con su carita redonda y su melena morena—, Conchita Badía, Jolivet y Tausman.

Luego llegó Joaquín Rodrigo

NO VINO ESPLÁ

Quien no ha estado entre los doscientos participantes de estas Jornadas ha sido Oscar Esplá. El compositor español no ha venido a escuchar su música para piano que iba a ser explicada, desmenuzada, analizada para los participantes extranjeros, que los había de veintitrés países.

Y es que hay cosas que tienen que ser explicadas. Es una sesión a la que uno siente haber faltado.

Pero había, ha habido para todos: canto, piano, violín, música de cámara, composición y música.

Esto de la musicología es una especialidad conmovedora que sirve para todo.

DODECAFONISMO A PLACER

Las palmeras altas de los macteros lucieron su pompa verde en la inauguración. Habló el di-

rector de Relaciones Culturales, señor Ruiz Morales, y hubo silencio, atención y entusiasmo por parte de los músicos.

Luego cada mochuelo a su olivo. Cada cual a lo suyo. Cada maestro a su grupo de discípulos.

Alicia de Larrocha y Antonio Iglesias, tienen la más nutrida matrícula de alumnos. En este grupo están Carmen Díaz Martín, Ramoneta Sany, Pedro Espinosa, Ana María Gorostiaga, María Teresa Martey, Conchita Rodríguez, Matilde Urriaga.

Grupo bullicioso, trabajador, lleno de entusiasmo, colaborador de los conferenciantes que en la tarde toman la palabra.

El piano sirve para todo. Para acompañar a los adjetivos del señor Fernández-Cid. Para explicar a Falla. Para discutir sobre dodecafonismo.

Los del dodecafonismo eran inofensivos. Unos contra otros y siempre los mismos y lo mismo.

Novedades que se van quedando viejas.

CANTAR CON VICTORIA

Resina a los arcos, toques a las clavijas.

En la clase de violín hay nombres famosos, como el de León Ara y el joven violinista canario que ha triunfado en Europa y a quien los Festivales de España han presentado ya como gloria a los grandes públicos. Allí estaba aprendiendo. Y allí Víctor Martín, tan chiquillo, y Moreno de Haro, con sus gafas montadas al aire, y Josef Zivoni, un israelita de dieciocho años discípulo de Gertler, como Ara, y que toca como los ángeles.

Como los ángeles también cantaba Victoria. Era una clase muy concurrida, llena de sillitas colocadas aquí y allá.

Ha sido típico de las Jornadas el que la gente no quisiera «perder comba», el que hayan venido con ánimo de trabajar y asimilar. Una clase dada por Victoria de los Angeles no podía ser desaprovechada. Así que el ceremonial durante el poco tiempo que Victoria estuvo en Santiago fue poco más o menos el mismo: mucha alumna, Conchita Badía centinela del piano, Victoria al teclado y la muchacha que canta, vocaliza, corrige.

Ella, por su parte, cantó—lección insuperable—canciones españolas. «Así deben de ser dichas.»

Y el Anónimo que se ha hecho clásico a través de Rodrigo quedó por Compostela:

De los álamos vengo, madre de ver cómo los meneas el aire.

El aire meneaba, además, muchas otras cosas. Una música de violonchelo, como cosa del otro

mundo. La música que hacían Cassadó y sus discípulos frente a frente: Enrique Correa, Carlos Baena, Antonio Campos, los dos Ericuren. Sabrosos mano a mano de intérpretes de vocación.

MUSICA Y MUSICOS

Los músicos han llevado en Compostela una vida agitada.

En las horas de asueto, en las comidas, en los pasillos, cundía el buen humor y la camaradería. Y sobre todo—¡lo que puede charlar un músico!—, charlaban, charlaban, charlaban. Andrés Segovia con la Badía, Victoria con las muchachas, Iglesias con todo el mundo. Y de aquí todas las combinaciones posibles. Otro buen conversador es Joaquín Rodrigo, y otro tan grande como él, Fernández-Cid. La diversión de los músicos es charlar... ¿Saben ustedes de qué? Pues... de música. Los músicos, como los médicos, siempre hablan de su profesión.

—Este pasaje, ¿recuerdas? La la, la... Yo creo que hay oyendo más.

—Y el otro.

—Aquella interpretación del Cuarteto Margand...

Cristóbal Halffter además de charlar acciona y lleva una raya en el pelo muy rara. Cristóbal discutió a gusto en las comidas, en los pasillos, en las excursiones con Olmos, con Asensio, con Berguerel, con Bernaola y Garcés.

Olmos se quedaba de vez en cuando pensativo. Pero no se daba por vencido. Alto y delgado se avalanzaba de vez en cuando sobre Echevarría Bravo, que parecía llevaba encima todo el cancionero manchego por él recopilado en su inseparable y abundosa cartera.

—¿No cree usted...?

Y por ahí, hasta donde ustedes quieran. Los eternos distraídos seguían, seguían sordos a todo, metidos en su actividad y su arte. Ha habido quien como autómata ha subido en un «aftpullman» y ha sido transportado como en sueños a los sitios previstos como lugares de excursión: Villagarcía, La Toja, Ribadeo, Pontevedra y Lugo, para continuar ya en el lugar de destino casi sin enterarse.

—Lo que yo digo es que si la tónica...

Luego despertaban del sueño. El artista está preparado para toda clase de sorpresas. No se preguntaban: «¿Cómo he llegado hasta aquí?» Simplemente exclamaban:

—¡Caramba! ¡Qué bonito es esto...!

DE LAS CANTIGAS A FALLA

El músico es joven siempre. El verdadero artista es eternamente maestro y eternamente discípulo. Por eso quizá la falta de caracterización en grupos de jóvenes y viejos. Ha sido más fácil la asociación por instrumentos, por preocupaciones.

Se trataba de hacer, de explicar, de exponer, cómo se interpreta y matiza la música española. Qué quiere decir, qué expre-

Suscribase a EL ESPAÑOL

Tres meses 38 pts.

Seis meses 75 »

Un año 150 »

Administración: PINAR, 5 MADRID

sa. Y esto se ha dicho para todos los instrumentos y para todos los intérpretes que desde fuera o para afuera quieren hacer música de España propagan la música de España.

En el Hostal de los Reyes Católicos han resonado desde las viejas cantigas de la Polifónica Pontevedresa hasta la brillante música de Falla.

Fernández-Cid explicó para todos, Albéniz y Granados.

Cristóbal Halffter dirige la sesión de Falla con un repertorio original y bien llevado que incluía «Psyché» y el «Concerto»

SOLISTAS POR LOS PASILLOS

Como había guitarrista inglés, pareció complemento el flautista escocés.

El guitarrista inglés, el John Williams, a quien ya hemos citado, es un genial intérprete de la música española, un «decidor» genial y castizo con una guitarra clásica que le «hizo» Segovia. John Williams puede por eso decir, de manera acertadísima, las difíciles páginas de Milae, Narváez o Mudarra. Las frases de Tárrega.

Españolas se quisieron hacer a través de su música las componentes del Cuarteto femenino Margrand, cuatro delicadas pianistas. Para el Cuarteto Clásico de Radio Nacional, según las lecciones de Cassadó, es un privilegio.

Las caras conocidas por todos los melómanos, nuestros mejores solistas se encerraban en los saloncitos del Hostal, trabajadores y hambrientos de cosas nuevas.

¡Qué de cosas se han discutido, aceptado o combatido!

Así, el día que actuó Gertler, el gran violinista tan preocupado por la técnica de su instrumento. Los violinistas no dejaron dedo, posición, altura de codo, golpe de arco por ser de ejecutar así o de la otra manera. «Staccatos», «saltillos», «pizzicatos» y ligados fueron objeto de estudio. Este pasaje. El otro y el otro.

Como siempre: discusiones, discusiones, discusiones.

Las discípulas de canto, tranquilas y bien preparadas. Algunas muy jóvenes y ya triunfadoras.

La aparición de Federico Mompón fue muy discutida en este grupo.

Las de las muchachas eran voces ya conocidas: la de Rosa María Valero, que abandonó hace tiempo su bufanda enorme de colegiala, las de Rosario Granados, Francisca Callao, María Rosa Bolay...

¿Por qué abundarán siempre más las voces femeninas? Hasta para el extranjero es válida la pregunta: Patricia Brow y Grumel Ohlson, por Estados Unidos y Suecia.

Dos hallazgos.

DOCTORADO EN MUSICA

«Música en Compostela» ha significado muchas cosas y ha de significar más aún.

En primer lugar, no se trata de una reunión cara al público,



Lección de canto, Victoria de los Angeles, al piano, y Conchita Badía, a la escucha



Gaspar Cassadó y Carlos Baena, en la clase de violoncello



Las figuras más famosas del arte musical español estuvieron presentes en Santiago. En la fotografía aparecen Victoria de los Angeles, Conchita Badía, Andrés Segovia, Gaspar Cassadó

SENCILLEZ Y AGILIDAD

SI tenemos en cuenta que uno de los factores que pueden cooperar más eficazmente al éxito del Plan de Estabilización a que se ha sometido nuestro complejo económico, es el de la plena información de cada una de sus fases y el máximo esclarecimiento de todos sus elementos teóricos y legales, habrá de reconocerse que las recientes declaraciones del subsecretario de Comercio sobre algunos extremos de dicho Plan constituyen una importante aportación en ese sentido.

Los problemas que se han abordado en estas declaraciones han sido varios. El primero de ellos, por su misma importancia y por el hecho de que días antes había sido dictada una disposición que le afectaba de manera sustancial, fué el del mercado de divisas. En virtud de esa disposición aludida este mercado ha entrado en una etapa enteramente nueva. Su reorganización es una consecuencia lógica e inmediata de nuestro reciente ingreso en la O. E. C. E. En este aspecto de la actividad económica, como en tantos otros más, hemos de ir adaptándonos a los módulos correspondientes establecidos en los países miembros de dicha organización. De ahí, como es lógico, las coincidencias del nuevo funcionamiento que habrá de seguir el mercado de divisas español con el funcionamiento de los mercados de divisas de los países mencionados.

Ciertamente la O. E. C. E. quedaría convertida en una sencilla entelequia si no pudieran alcanzar sus miembros una libertad mínima en el tráfico o intercambio de sus respectivas divisas, si las operaciones de compra y venta de las mismas no quedasen liberalizadas por lo menos entre ellos. En realidad esta liberalización constituye uno de los factores más eficaces y positivos para lograr la unidad económica europea, hoy tan ansiada y en la que tantas ilusiones y de tan diversa significación se tienen cifradas en casi toda Europa.

Pero era también necesario que nuestro mercado de divisas, configurado de acuerdo a una coyuntura económica ya superada, fuese dotado de una mayor agilidad y una mayor sencillez en su funcionamiento, agilidad y sencillez que no pudo alcanzar hasta aquí debido a trámites y requisitos que antes forzosamente había de atender. Era necesario también, como es natural, que su nueva actividad y su mismo cometido res-

pondiesen a las características de nuestra actual problemática económica. La supresión de fórmulas ya innecesarias se hacía inaplazable. Desde este punto de vista es necesario resaltar que representa un verdadero acierto facultar a las entidades bancarias, y consiguientemente a sus agencias y sucursales, diseminadas por todo el país, para llevar a cabo, por delegación del Instituto de Moneda Extranjera, las operaciones de compra y venta de divisas a los particulares, siempre que se trate de aquellas que oficialmente han sido admitidas a cotización en el mercado. Otra muestra de simplificación y lógica administrativa está representada por la anulación del requisito hasta ahora preceptivo, en virtud del cual las licencias de importación, una vez autorizadas por el organismo competente, o sea, la Dirección General de Comercio Exterior, eran remitidas al Instituto de Moneda Extranjera para que éste cumplimentara lo que se denominaba «puesta en circulación».

El interés que han suscitado las nuevas disposiciones sobre inversión en nuestro país de capitales extranjeros fué otra de las cuestiones abordadas en dichas declaraciones. Indudablemente este interés es muy explicable. Las disposiciones aludidas pueden representar el comienzo de una etapa de inmensas posibilidades y de un vasto alcance para nuestra política de inversiones. La aportación, en un volumen adecuado, de capitales extranjeros al proceso de desarrollo económico que sigue nuestro país desde cuatro lustros puede facilitar sustancialmente ese desarrollo y puede también acelerarlo en la medida conveniente. Pero además este nuevo ordenamiento para las inversiones de capital extranjero en España responde, como sucede con la nueva regulación del mercado de divisas, al espíritu de unidad y de coordinación económica que anima a la nueva Europa. La misma O. E. C. E., como es sabido, tiene su origen en un hecho de este tipo, es decir, en la necesidad de utilizar lo más perfectamente posible capitales extranjeros, los suministrados por los Estados Unidos a través del Plan Marshall, en la recuperación económica de los países que la constituyeron, subsiguientemente a la conclusión de la última contienda mundial, de la que habían salido terriblemente quebrantados.

al gran público. No se trata tampoco de mantener posiciones o intereses a ultranza.

Los músicos acuden como simples cursillistas, sin otro objeto que el de seguir su curso de alto perfeccionamiento.

La música española tiene en «Música en Compostela» su máximo exponente profesional.

Y puesto que de profesionales se parte, el nivel del curso puede sospecharse. No se trata de profesionales de cualquier traza, sino de altos profesionales.

¡Cuántos artistas, verdaderos artistas en el Hostal de los Reyes!

¡Cuántas manos calladas, humildes, revoloteando nerviosas aquí y allá en un gesto, en una exposición!

Y son las manos capaces de arrancar al pentagrama a todos los matices, todos los secretos.

Todos estos músicos sólo quisieran seguir un curso de información e interpretación de la música española.

Alguien llamó a la reunión «doctorado».

Yo diría «doctorado» de los mejores.

Maestros sin igual, los «grandes» del arte español vinieron desde todos los rincones del mundo, saltando por encima de contratos y conciertos.

Como Andrés Ségovia, que ya va siendo un incondicional de estos acontecimientos.

Como Cassadó y Victoria de los Angeles.

ANTES DE QUE EL MIÑO CALLARA

Todo Santiago de Compostela se ha abierto al acontecimiento.

Por todos los monumentos, plazas, pasajes y calles han estado los músicos. Con sus bromas, su aire sin prisas, sus miradas perdidas.

Tanto barullo se ha armado en este Santiago recogido e íntimo, que hasta en casas particulares se han alojado los cursillistas.

Condición «sine qua non» para pianistas o compositores es que hubiera piano. Los violinistas, los violoncelistas, el resto, llevan el instrumento, cuidado, vitrio, consigo siempre.

Santiago ha tenido un revivir de músicos. Ecos mil veces repetidos. Se les oía y se les veía.

A puerta cerrada, pequeños recitales «por amistad» de los grandes...

En una misma sesión han intervenido a veces dos o tres, «a la limón».

A las conferencias, todos, porque para todos eran.

De «Música en Compostela» se han dicho muchas cosas.

Para «Música en Compostela» se han deseado más. «Que no muera», es la más ferviente.

De ella han salido muchos proyectos. Los hacia Antonio Iglesias.

¿Pueden ustedes imaginarse la música «euxebre» en plena Ribera?

El Miño, que ha estado acallado y manso allá abajo, y la piedra húmeda de Santiago absorbieron música y lluvia.

María Jesús ECHEVARRÍA
(Fotografías de Arturo.)



"LUNIK II", EN EL MAR DE LA TRANQUILIDAD

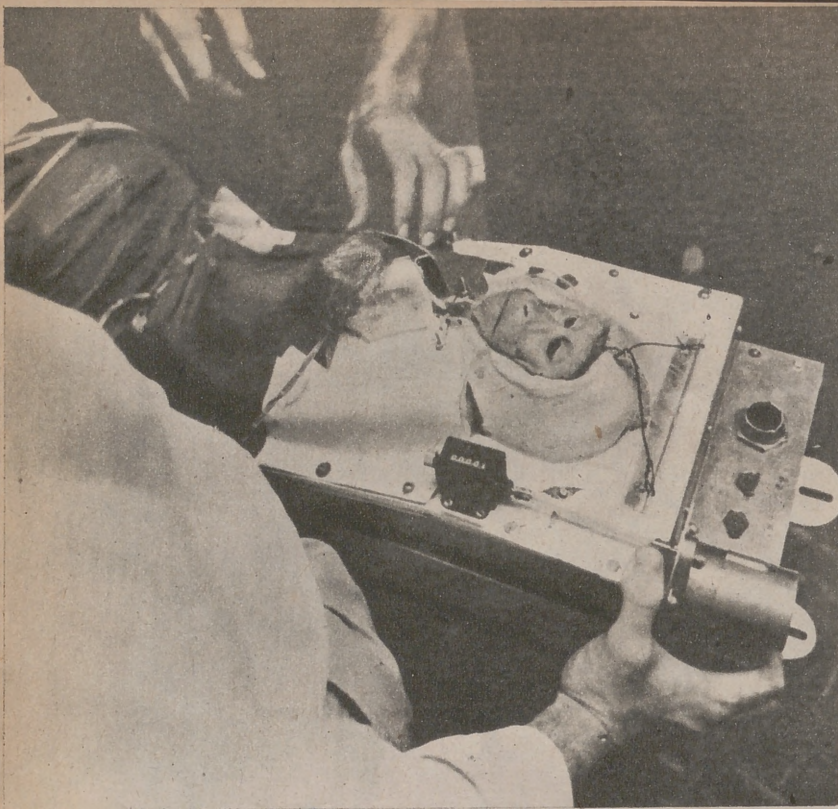
**HASTA UNA HORA ANTES DE SU ARRIBADA
EL PROYECTIL FUE GUIADO DESDE LA TIERRA**

**LA RECUPERACION DE LA CAPSULA AMERICANA,
UN PASO DECISIVO HACIA EL LANZAMIENTO DEL
PRIMER SATELITE TRIPULADO**

NO hay aire, ni ruido, ni nada que agite la inmensa llanura desértica. Sólo hay calor, todo el calor de los rayos solares que llegan hasta el suelo sin atravesar la pantalla de una atmósfera inexistente.

El desierto reverbera hasta el horizonte extrañamente próximo. Es mucha la luz que llega hasta aquí, la del Sol y el gran reflejo de la Tierra, blanco y brillante. Así es el Mar de la Tranquilidad, un "mar", como todos los de la Luna, sin olas ni peces, porque en ese satélite no hay probablemente una sola molécula de agua y porque no existe, casi con toda seguridad, el menor rastro de vida.

Tras los escasos montículos que se alzaban en la superficie había sombras extrañas y violentas; no existían penumbras. Las zonas iluminadas se cortaban bruscamente para dejar paso a la oscuridad más absoluta. Ese era uno de tantos efectos de la falta de atmósfera.



Los experimentos americanos con animales preparan el lanzamiento de un hombre al espacio

De la misma manera el cielo que se alzaba sobre el Mar de la Tranquilidad era negro, de un negro intenso, donde además del Sol y de la Tierra brillaban los fuertes resplandores, siempre iguales de las estrellas. Pero entre ellos había una luz desconocida, que a cada hora que pasaba aumentaba su brillo. Aquella luz no llegaba de un planeta ni de una estrella. Era la de un pequeño cohete metálico de 1.511 kilos de peso, que a diez mil kilómetros por hora se acercaba a la superficie lunar. Pronto la atracción de la Luna hizo crecer la velocidad del cohete y aumentar su tamaño y su brillo. El proyectil ya no recorría el espacio; caía hacia la Luna. Unos segundos más tarde, su cabeza, brillante y afilada, se hundía entre el polvo finísimo del Mar de la Tranquilidad. Tras ella siguió rápidamente el resto del cohete, que cayó en un cráter gigantesco.

Las tierras, inmutables desde hacía miles de años, y el polvo depositado sobre ellas y jamás agitado por la más ligera brisa, se conmovieron violentamente. Grandes cantidades de polvo fueron levantadas hasta gran altura, y luego, lentamente, porque la fuerza de gravedad era más débil que la de la Tierra, comenzaron a descender. Unas horas más tarde habían cubierto con su ligera masa la superficie plateada y metálica del primer proyectil lanzado por el hombre a las tranquilas y solitarias extensiones del satélite del tercer planeta. En la Tierra, hora de Moscú, eran las cero horas, dos minutos y veinticuatro segundos del día 14 de septiembre.

LA FRONTERA DEL ESPACIO

Desde un lugar no señalado de Rusia hasta otro no menos impreciso situado, aproximadamente

entre los mares de la Tranquilidad y de la Serenidad, es decir, quizás desde las proximidades del Cáucaso terrestre a las del Cáucaso lunar, situado no muy lejos de donde ha caído, el proyectil ha recorrido unos 384.000 kilómetros.

Durante ese trayecto el cohete se ha movido a velocidades muy distintas, que aumentaron rápidamente, todavía en las altas capas de la atmósfera, hasta llegar a la velocidad de liberación, superior a los 40.000 kilómetros por hora. A partir de entonces, el proyectil en ruta hacia la Luna disminuyó sensiblemente su velocidad. Se había agotado ya, probablemente, la mayor parte del combustible y el impulso recibido era frenado por la fuerza de la atracción terrestre. A 318.000 kilómetros de la Tierra la velocidad del «Lunik II» comenzó a aumentar; este era, en realidad, el punto crítico del viaje. Si «Lunik II» hubiera marchado hacia él con un impulso menor no hubiera podido alcanzarle y la fuerza de la atracción terrestre le habría hecho regresar a la Tierra.

A 318.000 kilómetros de nuestro planeta está la frontera entre la atracción de la Tierra y la de la Luna. No es que ambos planetas no ejercen una influencia sobre los objetos situados en las proximidades del otro, porque ahí está, por ejemplo, el efecto de las mareas terrestres, obra de la Luna, sino que en ese punto queda marcado precisamente el destino de un cohete en el espacio. Permanecer a un lado significa la caída hacia la Luna; al otro, hacia la Tierra.

Más allá de ese punto, la velocidad de «Lunik II» ha crecido progresivamente a medida que la Luna estaba más próxima. Los 66.000 kilómetros de esa zona han sido cubiertos así a una velocidad cada vez mayor, que ha

desaparecido bruscamente cuando del cono del cohete chocó violentamente con la superficie, desintegrándose casi con toda seguridad.

El Observatorio de Budapest pudo señalar a la hora prevista para la llegada la presencia de un halo oscuro, determinado precisamente por la presencia de gran cantidad de polvo levantado por el cohete. No ha sido éste, sin embargo, el único rastro visible de su presencia fuera de la Tierra. Desde Europa, África, Oriente Medio, India y grandes zonas de China y Rusia pudo ser observado durante parte de su recorrido, si bien con la ayuda de instrumentos ópticos, localizándolo en línea con la estrella Alfa de la constelación de Acuario.

Más tarde, y cuando el cohete se hallaba a 78.000 millas de la Tierra dejó escapar automáticamente el sodio contenido en un depósito, que se repartió fácilmente, gracias a la ausencia de presiones exteriores, por una amplia zona del espacio, hasta cubrir un diámetro de 360 millas en unos cuantos minutos. Esta experiencia, indudablemente espectacular y que fue observada desde diversos Observatorios tiene como objeto indudable averiguar con toda precisión el comportamiento de los rayos luminosos en aquella zona del espacio, conocido, naturalmente, el índice de reflexión del sodio. No es, sin embargo, la primera vez que se realiza; los soviéticos la han realizado varias veces, y antes que ellos, los americanos ejecutaron las primeras experiencias con anterioridad al lanzamiento de su primer satélite artificial.

Esa primera prueba americana consistió en el lanzamiento de centenares de pequeñas bolas de aluminio, que fueron alojadas en el interior de un recipiente colocado en el cono de la última sección de un cohete. Cuando se agotó el impulso de éste, entró en funcionamiento un dispositivo que lanzó violentamente al espacio y en todas direcciones a las pequeñas bolas de aluminio. Algunas retornaron a la Tierra, otras se desintegraron en la atmósfera y, finalmente, algunas, gracias al nuevo impulso obtenido, lograron alcanzar la velocidad de «liberación», emprendiendo la marcha hacia el Sol.

Pese a su diminuto tamaño, pudieron ser fotografiadas desde varios Observatorios. Naturalmente, sólo el ojo avezado de un astrónomo podía distinguir en las placas fotográficas el brillo de algunas de las bolas del de las estrellas, hasta que empalideciendo sucesivamente concluyeron por desaparecer.

«ORDENES» AL «LUNIK»

Se ha señalado que la precisión en el lanzamiento del cohete ha sido la que ha permitido a su sección final alcanzar la superficie de la Luna. Ello no es, sin embargo, enteramente cierto, toda vez que gran parte del éxito de la prueba se debe a la intervención de los hombres que desde Tierra han guiado a «Lunik II».

El cohete soviético no era un simple proyectil balístico cuya

trayectoria estuviera fatalmente determinada por un cierto número de circunstancias como la velocidad, peso, ángulo de lanzamiento y efectos de las atracciones del Sol, la Luna y la Tierra. Por lo menos hasta una hora antes de caer sobre el Mar de la Tranquilidad, la trayectoria de «Lunik II» ha podido ser corregida desde la Tierra. En esa última hora seguramente ya no fué posible dirigir el cohete, puesto que la fuerza de atracción lunar, cada vez más grande, restaba progresivamente importancia a la acción del pequeño motor de la última sección.

A bordo de «Lunik II» han funcionado tres aparatos emisores de señales de radio que transmitían en distintas frecuencias. Uno de ellos emitía señales de tipo telegráfico con una duración que oscilaba entre 0,8 y 1,5 segundos en frecuencias de 20,00 y 19,997 megaciclos. El segundo transmitía señales de duración comprendida entre 0,2 y 0,8 segundos en frecuencias de 19,993 y 39,986 megaciclos. El último aparato emisor transmitía en 183,6 megaciclos de frecuencia.

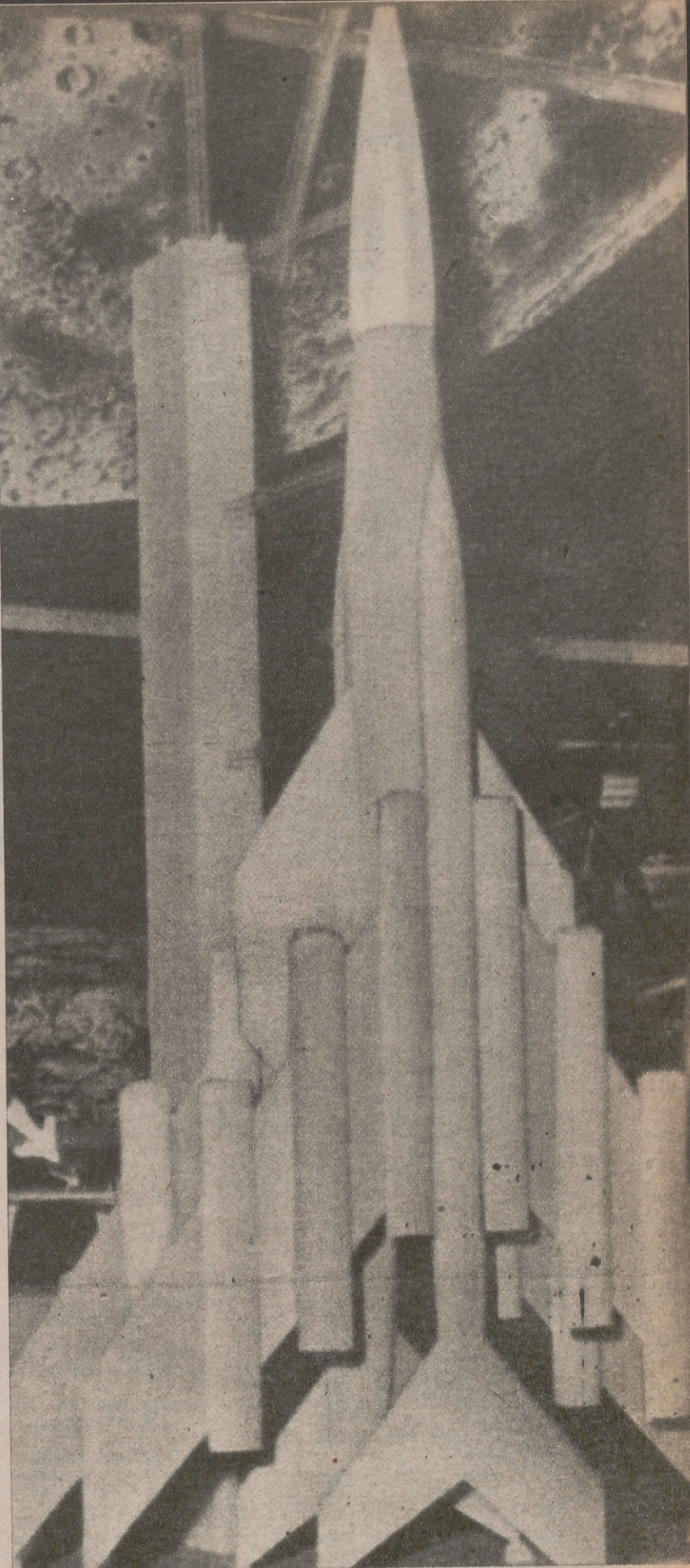
Aun cuando nada se ha dicho, todo hace suponer, en razón de los datos técnico sfacilitados sobre el recorrido, que «Lunik II» recibía asimismo una serie de señales de radio, a través de las cuales llegaban las «órdenes» de la Tierra. En realidad, tales «órdenes» pudieron consistir simplemente en unas convenientes alteraciones del sistema de alimentación de los motores. Disminuyendo o aumentando su velocidad se variaba igualmente el objetivo del cohete, a una velocidad inferior a los 11.200 metros por segundo, el cohete hubiera vuelto a la Tierra describiendo una parábola sin llegar siquiera a las proximidades de la Luna. Si el impulso hubiera sido más fuerte del que ha recibido «Lunik II» habría sido colocado en órbita en torno de la Luna, y si hubiera sido aún mayor habría pasado sin detenerse en dirección hacia el Sol, puesto que la fuerza de atracción de la Luna no hubiera bastado para detener los efectos de su impulso.

Por eso resalta el carácter propagandístico de las alabanzas dirigidas por Radio Moscú a los combustibles empleados por los científicos soviéticos en el «Lunik II». De todos los hombres de ciencia occidentales era conocido el hecho de que los rusos poseían combustibles capaces de impulsar a proyectiles fuera de la Tierra. La sorpresa, si la habido, no podía estar ahí, sino precisamente en el empleo de un sistema de teledirección.

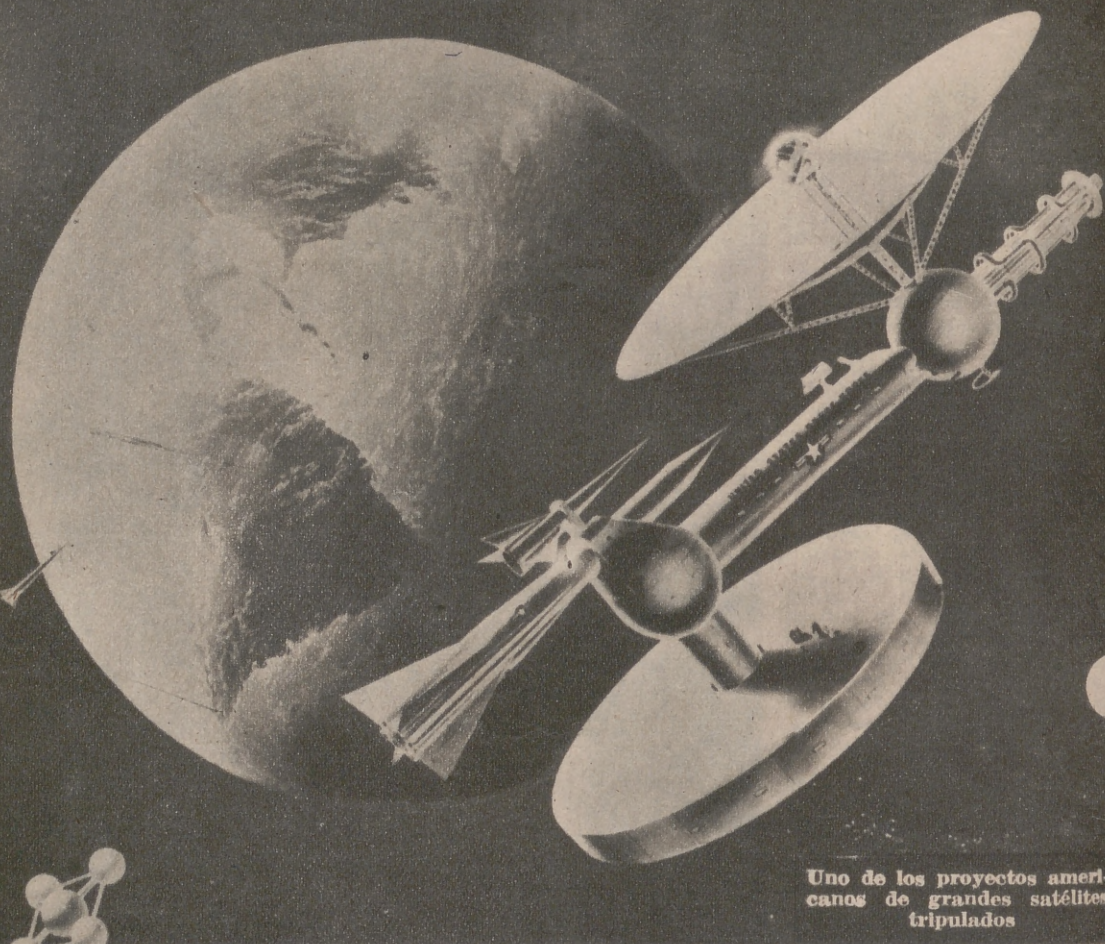
DEMASIADO SILENCIO

Los rusos, a través de Radio Moscú y de la Agencia Tass, han puesto un gran empeño en, informar al mundo de la marcha de su cohete hasta que concluyó estrellándose en el Mar de la Tranquilidad. Desgraciadamente, y como es norma habitual en las informaciones soviéticas de carácter científico, han omitido precisamente los datos que pudieran ser más interesantes.

Falta mención de la hora exacta y del lugar de donde partió el



Los rusos no han divulgado las principales características del proyectil que llevó a «Lunik II». Se ha especulado sobre la posibilidad de que fuera semejante a este modelo



Uno de los proyectos americanos de grandes satélites tripulados

«Lunik II». Con respecto a la estructura del proyectil en el momento de despegar de la Tierra la ignorancia en que ha mantenido la U. R. S. S. al mundo es casi total. Han mencionado que se trataba de un cohete múltiple, lo que equivale prácticamente a no decir nada, puesto que en el estado actual de la técnica todos los cohetes, americanos o rusos, han de ser forzosamente múltiples si se desea obtener con ellos la llamada «velocidad de liberación». Quizá el descubrimiento en el futuro de nuevos métodos de propulsión pueda hacer variar este sistema hoy por hoy inmovible.

Silenciando toda referencia a la longitud, peso y número de las secciones del cohete, los rusos evitan que los hombres de ciencia occidentales puedan llegar a calcular la fuerza de los combustibles que emplean, asimismo desconocidos, pero probablemente de tipo sólido.

Únicamente se han decidido a comunicar algunos datos, bien pocos en verdad, sobre el material científico contenido en la última sección, y cuyo peso alcanzaba los 390,2 kilos.

No sería de extrañar este silencio si los americanos entrañan una competencia política, si no militar, con los Estados Unidos, pero dado el carácter de competición científica que la propaganda rusa concede a estas pruebas la paradoja es bien evidente. Su primer objetivo es, naturalmente, tratar de demostrar al mundo entero la superioridad de la ciencia

soviética, que si en realidad ha ganado este «round» sobre la de Occidente, puede perder el próximo. Por otra parte, las actividades científicas no se limitan sólo a las experiencias espaciales. En otros terrenos, la superioridad de Occidente es bien manifiesta; pero ellos quieren ahora hacer de su victoria un ejemplo de las excelencias del sistema comunista.

Así, por ejemplo, al día siguiente de la llegada a la Luna del cohete ruso, el diario chino «Ta Kung Pao» publicaba un artículo que más tarde fue difundido por Radio Pekín, en el que se incluían estas alabanzas que no necesitan comentario:

«Este nuevo éxito soviético demuestra el desarrollo rápido de la técnica de cohetes en la U. R. S. S. y el «dominio de las leyes del universo» por los sabios soviéticos. Señala igualmente el predominio del Este sobre el Oeste y representa una importante garantía en la victoria del comunismo sobre el capitalismo»

MEJOR ESTABA EN LA ORBITA

Se ha dicho, en sentido figurado, que el cohete soviético apuntaba a Washington en vez de a la Luna. Con ello se quería señalar que sobre los objetivos científicos de la prueba han prevalecido los políticos. En vísperas de la llegada de Krustchev a los Estados Unidos, los rusos intentaron que su «Número Uno» cortara con un claro resorte propagandístico. A la hora de escribir

estas líneas ya se ha anunciado que Nikita Krustchev es portador de una copia exacta de la placa que ha sido depositada sobre la desolada llanura del mar de la Tranquilidad.

Pero como era natural, la intención política no ha sido realizada sin mengua de los objetivos científicos. Los hombres de ciencia de la Unión Soviética, indudablemente coaccionados por órdenes expresas del Kremlin, se han arriesgado a efectuar la prueba en el momento menos favorable. Para ejecutarla con todas las garantías que hubieran necesitado deberían haber aguardado dos semanas más hasta que la distancia entre la Tierra y la Luna hubiera sido mínima. Esto, naturalmente, no podía interesar a Nikita Krustchev. Si la prueba ha sido un éxito no ha sido precisamente por sus desvelos en pro de la ciencia.

Para inmensas masas de la población del mundo es naturalmente muy accesible a su comprensión el hecho de que el cohete ruso haya sido el primer objeto fabricado por el hombre que ha conseguido llegar hasta la superficie del satélite de la Tierra. Los científicos de muchos países, probablemente con inclusión de los rusos, hubieran preferido que la sección final del cohete no se destrozara rápidamente sobre el Mar de la Tranquilidad, sino que se hubiera situado durante varios días, semana o meses terrestres, en una órbita en torno de la Luna.

Los rusos podían haber co-

seguido este resultado, puesto que el estado de su técnica es lo suficientemente avanzado para ello. «Lunik II», girando en torno de la Luna hubiera podido transmitir a las estaciones soviéticas interesantísimos datos sobre el campo magnético lunar, sobre las condiciones físicas de la cara del astro, perpetuamente oculta a los ojos de los habitantes de la Tierra y suministrar, en fin, unos informes preciosos que habrían permitido dar en pocos meses un gigantesco salto en astronáutica.

Ha sido preciso renunciar a ello en aras del interés propagandístico y limitarse a obtener los datos transmitidos por «Lunik II» durante su rapidísimo viaje. La indudablemente costosa fabricación del proyectil no ha podido ser compensada con la recogida de abundante información científica. Paradójicamente, y desde un punto de vista exclusivamente científico, fue mucho más interesante la experiencia realizada por los dos cohetes ruso y americano que cubrieron, respectivamente, 300.000 y 374.000 kilómetros en el espacio enviando datos a la Tierra hasta que la distancia se hizo demasiado grande. Esos dos cohetes que erraron el tiro en la Luna pudieron parecer un fracaso desde el punto de vista propagandístico, pero fue mucho más fructífero para los hombres de ciencia.

Durante el trayecto Tierra-Luna, el cohete soviético ha podido enviar datos sobre la actividad de los campos magnéticos de los dos astros, sobre la intensidad de las radiaciones cósmicas y, lo que es muy importante para los futuros navegantes del espacio, sobre la importancia de las nubes de meteoritos que recorren el espacio.

GERMENES EN EL DESIERTO

La salida del hombre al espacio exterior ha sido considerada ya por muchos cuestión muy simple cuya resolución no podrá diferirse por mucho tiempo. La realidad es, sin embargo, que rusos y americanos trabajan todavía para tratar de garantizar el regreso a la atmósfera terrestre de cualquier navegante del espacio. Todo parece señalar que son los americanos los que están más cerca de la solución. La cápsula espacial que fue hallada el día 10 en aguas del Atlántico meridional había sido lanzada previamente desde Cabo Cañaveral hasta una altura de 160 kilómetros. Un examen posterior de los recuperados instrumentos reveló claramente que la temperatura interior de esa cápsula, análoga a la que transportará a uno de los hombres del «Proyecto Mercurio» hacia una órbita en torno de la Tierra, había permanecido constante en los 37,7 grados centígrados durante el viaje de regreso a través de las altas capas de la atmósfera.

Los americanos saben que esa prueba no puede ser definitiva, que todavía será preciso realizar muchas más hasta que un día el hombre pueda remontar la atmósfera más allá de las alturas alcanzadas a bordo de globos y aviones.

Hace solamente unas semanas, y en estas mismas páginas, se daba cuenta de la preocupación de los científicos reunidos en el Congreso de Astronáutica de Londres por impedir la contaminación de otros astros con bacterias procedentes de la Tierra; esos gérmenes podrían transformar totalmente las condiciones físicas generales. En el corto espacio de una semana esa preocupación ha dejado de ser una lucubración sobre la futura astronáutica y se ha convertido en una realidad.

Varios científicos norteamericanos no han dejado de manifestar sus temores de que «Lunik II» haya sido portador de gérmenes a la Luna. Es evidente que aun cuando en ella no existen al parecer formas de vida se ignora por completo las consecuencias que puede tener de uno u otro modo la arribada de los gérme-

nes terrestres. Los rusos han respondido afirmando, naturalmente, que se habían tomado todas las precauciones necesarias para impedir la contaminación. Admitiendo por completo sus afirmaciones, ¿hasta qué punto se pueden considerar como exactas? Los especialistas americanos encargados de esterilizar los conos de proyectiles y las superficies exteriores de cohetes saben que en ningún caso es posible certificar una total ausencia de gérmenes que puedan producir contaminaciones. De cualquiera uno u otro modo la realidad es que «Lunik II», con gérmenes o sin ellos, está en la Luna y de poco importa preocuparse ahora sobre esa cuestión, pues si la contaminación se hubiera producido, nada podría hacer ya el hombre por evitar sus ignoradas consecuencias.

W. ALONSO



De acuerdo con los datos científicos, así será el paisaje lunar.
Al fondo, la Tierra

EN LA CALLE, UNA JUVENTUD SIN FRENO

CAUSAS:

FAMILIAS SIN DIOS,
HOGARES
DESUNIDOS,
LA VIOLENCIA
GLORIFICADA

REMEDIOS:

VIGILANCIA,
CAMPOS DE
INTERNAMIENTO,
CENTROS DE
REEDUCACION

LOS cinco muchachos avanzaban tranquilamente con las manos en los bolsillos. No hablaban ni reían; tenían la mirada puesta en otro joven que unos metros por delante de ellos caminaba tranquilamente entre la multitud que en aquellas primeras horas de la noche llenaba el barrio de Shinjuku.

Hombro con hombro los cinco muchachos casi ocupaban toda la acera. Los numerosos transeúntes con quienes se cruzaban habían de saltar a la calzada o arrimarse a las fachadas de las casas. Ellos no se apartaban ni se detenían. Empezaban la caza del hombre.

Pero la posible presa ya se había apercibido de que era seguida. Les conocía muy bien y tal vez por eso apretó disimuladamente el paso. Los otros hicieron lo mismo. Poco a poco el perseguido y los que le seguían comenzaron a correr. Los cinco muchachos se separaron. Unos siguieron tras la víctima y otros se adelantaron por la otra acera. Estaban concluyendo el cerco.

Cuando el perseguido vio ante sí a los que le habían precedido comprendió que tenía que hacerles frente. Cinco contra uno. No pidió socorro. Simplemente se acercó a la fachada de la casa más próxima, y allí, espalda contra el muro, esperó la llegada de sus cinco atacantes.

Estos le acometieron al unísono, con una precisión diabólica. Por los costados y de frente, siempre con las manos en los bolsillos. Cuando le tuvieron a su alcance descubrieron sus dedos. Cuatro de los muchachos, cuya edad no alcanzaba a los veinte años, empuñaban trozos de vidrio. El quinto llevaba un puñal. Todos atacaron al mismo tiempo. Un segundo después la víctima,

totalmente desfigurada y con un puñal clavado en el estómago, se derrumbaba agonizante.

Nadie se había dado cuenta de nada. Con sus cuerpos los cinco asaltantes ocultaron a la vista de los viandantes el desarrollo del asesinato. Cuando consumaron su crimen huyeron rápidamente en distintas direcciones. Ninguno pudo ser alcanzado. La Policía llegó demasiado tarde. Ahora sus hombres patrullan por Shinjuku tratando de evitar que se produzcan nuevas violencias entre las bandas de delincuentes juveniles, porque el muchacho caído la noche del 11 de septiembre era uno de los que viven al margen de la ley, afiliado a esas bandas que se reparten los barrios de una ciudad. Había cometido el terrible delito de penetrar en el "territorio" de otra banda y pagó con la vida su intento.

Entre los que forman esas bandas hay miles de muchachos sin trabajo, sin hogar, mas también abundan los que disfrutan, gracias a sus padres, de una holgada situación económica, pero quieren «sensaciones fuertes» o están «hastados de la vida burguesa».

Muchos de ellos se disfrazan con extrañas vestiduras copiadas de las publicaciones para adolescentes. El jefe de la banda, que ha cometido recientemente diversos asesinatos en Nueva York vestía completamente de negro y sobre sus hombros llevaba siempre una capa también negra, con forro de color rojo vivo. Se hacía llamar "Drácula" por sus subordinados.

En Francia también es el color negro el que priva, hasta el extremo de que ha dado su nombre a los "blousons noirs": cazadora de cuero negro, pantalón



En la noche, dos bandas rivales se enfrentan en una calle de París



Gamberros griegos con un cartel que proclama su condición

iones ajustados, tipo "vaquero", a menudo también negro y un cinturón adornado con estrellas de cobre y calaveras a discreción. En la mano, el arma casi reglamentaria, la cadena de bicicleta que sujeta un mango de madera que se puede comprar por diez francos en el "Mercado de las Pulgas" de París.

DOS MESES EN LA COSTA AZUL

Por Menton, Saint Tropez, Niza o Cannes han pasado este verano veinte hombres de aspecto vulgar. No iban juntos ni llevaban uniforme; no intervinieron en acciones espectaculares ni en grandes tiroteos, pero gracias a ellos ha podido conocerse cómo viven los jóvenes que durante los meses veraniegos permanecen en las playas de lujo sin recibir dinero de sus casas ni trabajar en una ocupación conocida.

Cada uno de estos veinte policías, todos ellos padres de familia

tenía una misión bien definida. Divididos en cuatro grupos, al llegar a una localidad se repartían por las pensiones modestas y medias. Como un perfecto turista, el policía de turno permanecía poco tiempo en su alojamiento; a él se le podía encontrar en la playa, en la barra de un bar, haciendo «camping» durante unos días, observando con interés los «chalets» aislados o bailando en una «bolte».

Casi durante las veinticuatro horas del día los policías no tenían otra cosa que hacer sino mirar y mirar incansablemente, hasta descubrir algo sospechoso en la conducta de un menor. Después venían las detenciones e interrogatorios, amables, sin escándalos, si el menor no se resistía, o con el despliegue de toda la fuerza policiaca de la localidad, que debía ayudarles en cuanto se dieran a conocer. Las cifras han dejado buena constancia de la labor de estos hombres. En los dos meses que ha durado

la «Operación Costa Azul» han interrogado a 2.384 jóvenes, de ellos 2.610 franceses y el resto de diferentes nacionalidades. Como consecuencia de estos interrogatorios, se realizaron 125 investigaciones para esclarecer supuestos hechos delictivos, que dieron lugar tan sólo a 38 procesos.

No han faltado los que, al hacerse públicos los resultados de la «Operación Costa Azul», han estimado que ha sido realizada con excesiva benevolencia; se ha señalado que los procesamientos no eran, en realidad, el fin inmediato de la Operación. Son muchos, sin embargo, los que creen que ha pasado ya la hora de estos estudios y ha llegado la de constituir una poderosa defensa que impida la proliferación de los blousons noirs.

El comisario Yserman, que ha mandado ese grupo de veinte hombres, no se ha dedicado sólo a estudiar a los delincentes juveniles de ese tipo, sino a los de los más diversos. Las consecuencias de su informe son realmente aterradoras. Para mantener un veraneo de dos meses, han utilizado los más infames medios, entre ellos el homosexualismo; figuran en segundo lugar por su importancia las raterías y pequeños robos, y en tercero, la prostitución.

DE LA BANDA AL «GANG»

La colonia de puertorriqueños residentes en Nueva York es responsable del 8 por 100 de los crímenes que se registran cada año en Nueva York. Es un índice demasiado alto de acuerdo con la población de la colonia, pero aun es más sorprendente que las gentes, en su mayoría honradas, entre las que se albergan algunos criminales procedan de un país donde prácticamente no existe la delincuencia juvenil.

La mayor parte de los delincentes juveniles han acudido a Nueva York sin la compañía de su familia; quieren trabajar en alguna fábrica o estudiar, pero muy pronto el ambiente vence a muchos e ingresan en una de tantas bandas que se disputan después su «territorio» a tiros y navajazos, fuman marihuana y se acostumbran a beber whisky caro. Para esto, naturalmente, no alcanza un jornal, y hay que buscar otros medios: robos en los muelles, atracos a transeúntes en calles poco concurridas, y al final, como meta suprema, el «racketeer», la organización delictiva que «protege» a los comerciantes de un barrio mediante el pago de una suma, al que nadie se puede negar.

En América hay ahora millones de padres que se estremecen pensando en el futuro de sus pequeños retoños. A esos millones de hombres y mujeres se les había predicado durante muchos años las ventajas de la autoeducación, del reconocimiento de la «autonomía» de los hijos. Y los hijos, en algunos casos, que ahora empiezan a ser más frecuentes, se convirtieron en pequeños tiranos a los que nadie podía oponerles. Así se transformó toda la concepción de la familia.

Para muchos «blousons noirs»

franceses, «teddy-boys» ingleses o «D. J.» americanos, papá, que a menudo se encuentra en buena posición económica, es sólo un hombre muy ocupado fuera de casa, que cuando está en ella sólo habla de política; mamá es la que da el dinero y hace la comida; el hogar es el lugar adonde se va a dormir hasta el día siguiente.

A esos padres americanos se les ha acusado ahora de ser los que han permitido con su blandura la proliferación de la delincuencia juvenil. Ellos no son, sin embargo, los únicos culpables, ya que las responsabilidades tienen que ser también para policías, jueces, psicólogos y profesores, que han mimado siempre al «D. J.», tratándole como a un simple descarriado al que unos consejos y un trato suave podían hacer retornar al buen camino. Los resultados de estos procedimientos han sido, casi no es preciso decirlo, lamentables. Los «D. J.» se reían a veces en las propias barbas de sus reformadores y sabían sacar buen partido de sus doctrinas.

En lo que va de año, las bandas juveniles han provocado en Nueva York, al menos ocho muertes. A estos delitos es preciso agregar el tráfico constante de estupefacientes y la serie de pequeños robos; había, pues, motivo suficiente para emprender una operación de tal alcance que proteja a la ciudad de esos muchachos. Las autoridades neoyorquinas como las de otros países saben que la delincuencia juvenil es el camino habitual para adquirir la «profesionalidad». Muchos de los jóvenes del West End de Nueva York que forman parte de esas bandas pasan después a formar parte de los «gangs» de pistoleros que aun operan en diversos sectores y cuyo aumento podría significar la vuelta a la Edad de Oro del gangsterismo de la Prohibición.

En Francia ocurre otro tanto. Ahí está como ejemplo el caso de un muchacho que operaba en una banda de descuidados de coches, dirigida por una mujer de veintinueve años. Ambos fueron descubiertos por la Policía y consiguieron escapar de la Costa Azul utilizando sucesivamente cuatro automóviles robados. Sorprendidos nuevamente hicieron frente a la Policía. El resultó herido en una mano, pero ambos consiguieron ocultarse en un suburbio de París, donde se les busca afanosamente.

Muchos de estos descuidados de coches pasan después a integrar las pequeñas bandas dedicadas a desvalijar los establecimientos de la «Caisse Postale».

En Notting Hill, en Londres, en el barrio portuario de Amsterdam, junto a los canales de intenso tráfico de Estocolmo o Berlín, ocurre otro tanto.

ALARMA EN LA VIA

El día 3 de septiembre, entre las agujas de un cambio de vías de la línea París-Lila fue hallado un bloque de cemento de seis kilos de peso. No hubo daños porque logró descubrirse a tiempo el sabotaje, pero el agarrotamiento de las agujas pudo oca-

THEATRE TICKETS !!
BRITISH RAIL-COACH TOURS



Batalla en Trafalgar Square: la Policía lucha contra los «teddy-boys»

sionar una grave catástrofe ferroviaria.

Cinco días más tarde, en Saint-Pierre-à-Gouy (Somme), en la línea París-Boulogne, la locomotora de un tren de mercancías tropezó con una bancha fluvial, de unos 80 kilos de peso, a la que empuja durante unos 600 metros y después rechaza sobre un talud. Son las dos menos cuarto de la madrugada, y no hay rastro de los saboteadores.

Pero las gentes comienzan a inquietarse, sobre todo las 100,000 personas que diariamente toman el tren en París. Comienzan a correr rumores e historias sobre hombres muy morenos que han sido vistos en las proximidades del lugar de los sabotajes. Se empieza a hablar del F. L. N...

«Esto sólo puede ser la obra de unos niños o de unos tontos», ha dicho M. Gurville. El es el hombre que entiende más de todas estas cuestiones. Aunque en la actualidad se encarga de mantener en buen estado muchas líneas férreas, hubo un tiempo en

que su misión consistía precisamente en todo lo contrario. Hoy es ingeniero jefe de la red ferroviaria del Sudeste, pero en la Resistencia fue uno de los pocos saboteadores especializados en el ataque a las vías férreas.

«Un verdadero saboteador —ha añadido Gurville— posee los medios o conoce los métodos que permiten hacer saltar un tren con plena seguridad. Ellos no «juegan» con bloques de cemento robados de alguna fábrica. Cada mes, sobre mi red ferroviaria, son muchos los que ponen objetos en los raíles o lanzan piedras sobre un tren; esperan estúpidamente lo que puede suceder. Un verdadero saboteador hace saltar un tren con una barra de acero de doce centímetros.

No existen pruebas de ninguna clase, pero todos los indicios parecen señalar que los sabotajes han sido cometidos por alguna banda juvenil o quizá más posiblemente por un nuevo miembro de alguna que tenía que hacer

UNA POLITICA DE REALIDADES

CUATRO provincias al noroeste de España ponen una gran mancha verde en el mapa. Cuatro provincias que a todos se anuncian como un mar de verdor, montes y vegas rientes abiertas entre ríos, de aguas cristalinas todos, y en cuyos lechos de piedras limpiísimas aparecen coleando los mismos peces. Este es el tópicó, la visión general que los españoles tenemos de esa bella región de nuestra Patria, que muy bien ha sido llamada la Suiza española.

Pero Galicia es algo más que esto. Se olvida que también tiene en sus tierras colinas ancianas, tierras yermas, bancales que trepan por los riscos en porfiada lucha de crear riqueza. Se olvida que ese mismo paisaje riente lleva en sí mismo el drama; que las montañas que el paisaje decora sólo permiten el paso de los arados hasta muy escasa altura; que en lo hondo de las vegas los campesinos han de medir palmo a palmo la tierra, cuidarla con mimo si quieren sacar provecho del calendario eterno de ara, siembra, escarda y recolección de esperanzas.

La región más bella de España, la región donde el verde aflora en todo el año, bajo el tamiz del agua fina de las nubes, no rinde cuanto debería. Esta es la verdad auténtica, la realidad dicha sin tacha, donde la emigración perenne que Galicia registra en sus hombros tiene su clara.

Y no está todo en la parquedad de la tierra. Está también en los métodos, en las zonas donde hasta ahora, por falta de recursos, las semillas no daban lo que debían; en los minifundios agotadores de energías, desperdigando fuerzas en sus escasos surcos; ne cesitaban abonos, abonos y maquinaria en presupuestos prohibitivos para los miles y miles de pequeños propietarios.

El Estado, fiel a su política agraria de aprovechamiento intensivo de nuestro campo, abordó en su día este problema y lanzó en la alta empresa de llevar a Galicia la maravilla de las técnicas e instrumentos de la agricultura moderna, el polvo nutritivo de los abonos, también la ordenación y roturación necesaria de los terrenos para que todo germinase al máximo.

No se han hecho esperar los resultados. En el último Consejo de Ministros celebrado en el Pazo de Meirás, don

Cirilo Cánovas, titular del departamento de Agricultura, dió cuenta al Candillo de las realidades conseguidas y los caminos en marcha en el sólo plazo de los dos últimos años en la tarea nacional de mejorar la agricultura y ganadería de Galicia, tan estrechamente vinculadas la una a la otra, como es sabido.

Jalones decisivos y realidades concretas en esta obra son las tareas que se vienen realizando en Lugo, Orense, Pontevedra y Zamora —enclavada esta provincia, a los efectos de programas agrícolas, en las cuatro gallegas—, donde anchas zonas han sido puestas en riego; otras, concentradas, con mejor roturación que la penosa que hasta ahora padecían, y han visto mejorar su cabaña ganadera, en tanto surgen praderas artificiales y explotaciones agrarias familiares, que reparten seguridad y riqueza.

Precisamente en ese mismo Consejo de Ministros se dictaron diversos decretos que complementan la pacífica operación de recuperar la agricultura de Galicia. Fueron declaradas de utilidad pública las concentraciones parcelarias en las zonas de San Esteban de Cobas y Santo Tomás de Arnés, con su Consejo de San Cristóbal de Tapia, San Pelayo de Lens y Santa María del Salto, localidades todas de La Coruña, entre otras de diversas provincias.

La puesta en servicio de la fábrica de abonos de nitrogenados de Puentes de García Rodríguez, cuya producción duplica automáticamente el consumo actual de fertilizantes de toda la región gallega avala los programas en marcha con la confianza de disponer en medida suficiente del hoy primer factor para obtener cosechas fecundas, para someter los campos al régimen intensivo de aprovechamiento que los tiempos exigen.

La dulce Galicia, el rincón de la Península del más bello paisaje, ha de ser también un enclave de riqueza. Sus posibilidades son infinitamente mayores que las que pueden esperarse de los pobres arados arrastrados por bueyes en trozos de terreno vedado para el gran tren industrial de la agricultura moderna.

La energía y espíritu de sacrificio de sus hombres, la hora viva de nuestra Patria lo exigen. El Gobierno ha puesto las armas. Todo está en marcha.

méritos que justificasen su ingreso.

Al nuevo delincuente le agrada la publicidad, no esconde la cara ante las cámaras fotográficas y responde con insolencia a sus interrogadores. Si sus hazañas no son divulgadas, se enfada; cree que el silencio les resta su principal "mérito".

EL MAL POR EL MAL

Ese afán de publicidad del moderno delincuente juvenil es precisamente el que le incita a realizar "hazanas" e incluso a emular las de otros delincuentes.

Roger Frey, ministro francés de Información, en una carta dirigida a varios periódicos pidiéndoles que cesaran de glorificar a los delincuentes juveniles relatando detenidamente sus fechorías, señalaba textualmente que «la popularidad que supone dar cuenta de sus actos es más probable que estimule la imaginación de estos adolescentes que les frene en sus desmanes».

En Francia, dos de cada tres hechos delictivos cometidos por adolescentes o jóvenes son realizados casi inmediatamente después de salir de un cine. Muchas de estas bandas, muestran una admiración frenética por Marlon Brando, por James Dean, que han encarnado en la pantalla papeles de jóvenes "desplazados" a los que su ambiente no les satisfacía.

Es una terrible plaga caída sobre muchos países del mundo, entre los cuales no se cuenta por fortuna España, porque el delincuente juvenil de aquí carece del sentido colectivista o de banda. Sus hechos delictivos, salvo raras excepciones, no tienen ese sentido que se podría calificar de diabólico, de hacer el mal por el mal en sí, de robar un automóvil disponiendo ya de uno que le regaló su padre, de apuñalar a un transeúnte simplemente porque le había resultado antipático.

RUGBY PARA LOS "BLOU SONS NOIRS"

La ola de delincuencia juvenil que azota al mundo este año no constituye un mal exclusivo de los países de América y del Occidente europeo. Bandas de jóvenes malhechores abundan también en las grandes ciudades situadas tras el "telón de acero" o más allá aún: En Varsovia, Moscú, Leningrado, Tokio, los policías tienen que enfrentarse con los mismos problemas que los de Nueva York, París, Amsterdam o Londres. Tampoco es un mal nacido hace unos meses; a este respecto las estadísticas sobre delincuencia juvenil proporcionan datos aterradores respecto de los últimos años.

En los Estados Unidos un menor de cada cuatro es considerado como delincuente. En Francia de cada diez muchachos comprendidos entre los catorce y los dieciocho años de edad, uno por lo menos ha estado complicado en delitos más o menos graves.

¿Remedios? En primer lugar, el más inmediato, la represión de las actividades de las bandas armadas, cuya autoridad sustituye

ye en la mente del menor a la del padre. En Nueva York, después de varias entrevistas entre Rockefeller, gobernador del Estado; el alcalde de la ciudad, Wagner, y diversos representantes, entre ellos uno del cardenal Spellman, se ha acordado la adopción de diversas medidas, entre las que se comprende en primer lugar el aumentar en unos 1.500 policías las fuerzas destinadas a reprimir la delincuencia juvenil; catalogar e identificar a las distintas bandas de la ciudad con detención de todos los sospechosos, simplificar los trámites judiciales de tal modo que permitan un rápido proceso, tras del cual el reo, si es culpable, es destinado por un período variable de tiempo a campos de internamiento y trabajo o a centros de regeneración, según la categoría del delincuente.

Por su parte, M. Papon, prefecto de París, ha decidido reanudar operaciones masivas de limpieza para acudir en socorro de algunos distritos que, como el XVI, han tenido que organizar recientemente grupos de defensa constituidos por vecinos que se enfrentan a los «blousons noirs».

Precisamente ha sido en París donde han surgido opiniones que tratan de señalar la insuficiencia de todos esos remedios. No es posible aumentar las plantillas policiales hasta un tamaño monstruoso; tampoco proteger a cada ciudadano del ataque de un delincuente juvenil. Es necesario además, detener la ola de delincuencia juvenil buscando para la juventud otros derroteros que no sean los de la jungla de asfalto.

"Antes de castigar debemos proporcionar medios para el rescate", ha dicho Maurice Herzog, alto comisario francés, delegado de Juventudes y Deportes. Herzog ha propugnado la constitución de clubs en los barrios donde habitualmente proliferan las bandas juveniles. Estos clubs fomentarían la práctica de deportes muy diversos, incluyendo los más violentos, como el rugby y el boxeo.

LOS PADRES, ACUSADOS

El diario "Paris-Presse" ha descrito recientemente la actividad de algunos clubs fundados por particulares en diversos barrios de París y cuya actividad, extendida y financiada por diversas organizaciones, podría llegar a constituir un remedio eficaz contra la delincuencia juvenil.

En uno de ellos se trata de atraer a los jóvenes desorientados, intentando complacerles en su más ferviente ilusión.

"Lo que más me gustaría sería montar en un reactor", dijo uno de ellos. Y el director del club realizó visitas, movió influencias y consiguió que un día aquel muchacho llegara a satisfacer su ilusión. Otros desearían realizar alguna exploración submarina, y el comandante Cousteau da satisfacción a su ilusión. El es, como algunas otras personas, uno de los que han dedicado parte de sus esfuerzos a procurar el desarrollo de las nuevas asociaciones juveniles.

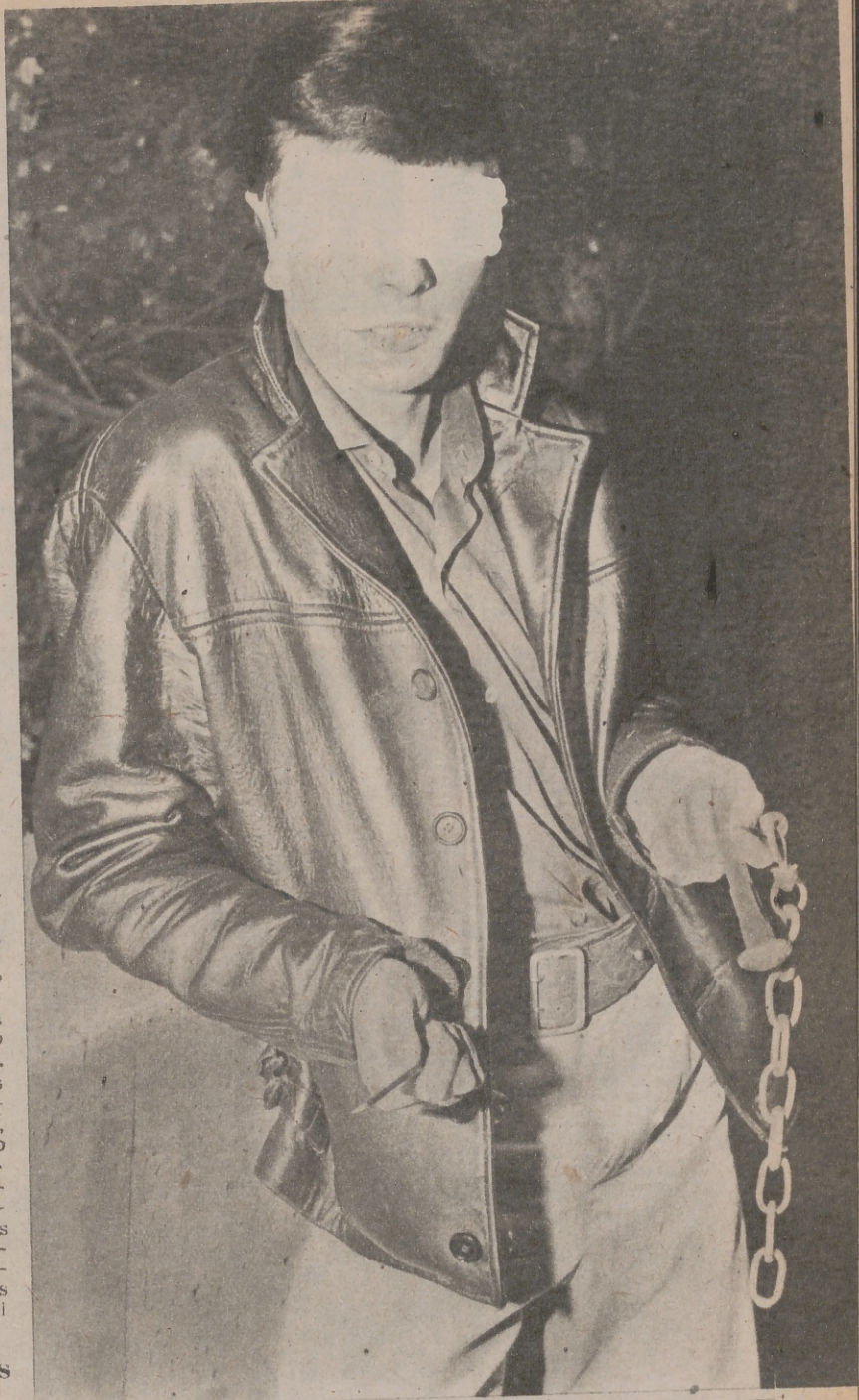
En otro barrio de París fun-

ciona un club cuyo fundador, M. Pierre, se dedica a constituir equipos de fútbol entre los jóvenes que han hecho de la calle el centro de su vida. El paga las botas, los balones, las camisetas y el alquiler de los campos. Ha conseguido así deshacer las bandas juveniles, cuyos antiguos miembros sienten ahora más ilusión por la victoria del equipo a que pertenecen que por volver a realizar las antiguas rechorias.

Se ha señalado, sin embargo, que la verdadera solución tiene que estar en una cristianización de la familia, en que los padres recuerden que sus deberes para con los hijos no pueden estar solamente en proporcionarles una existencia material cómoda, sino en vigilar su formación moral. Es preciso, se dice, educar a los

padres. En un noventa y nueve de los casos, lo prueba la encuesta realizada en Francia, el padre es en mayor o menor grado responsable de los delitos cometidos por los menores. Ocho de cada diez de éstos pertenecen a familias desunidas, cuyos padres se divorciaron mucho tiempo antes o que viven bajo el mismo techo como dos extraños o en medio de altarcados casi continuos. En este ambiente el menor busca forzosamente otro ambiente y la calle se ofrece siempre como el más próximo. Para permanecer en ella tiene que afiliarse a una banda que le exige probar su capacidad con alguna hazaña. Y a partir de entonces comienza su carrera de delincuente.

Guillermo SOLANA



El uniforme del «blouson noir»: cazadora de cuero, cinturón ancho. En las manos, estilete y cadena

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año,

EN LA CALLE, UNA JUVENTUD SIN FRENSAS



CAUSAS

FAMILIAS SIN

HOGARES

DESUNIDOS

LA VIOLENCIA

GLORIFICADA

REMEDIOS

VIGILANCIA

CAMPOS DE

INTERNAMIENTO

CENTROS DE

REEDUCACION